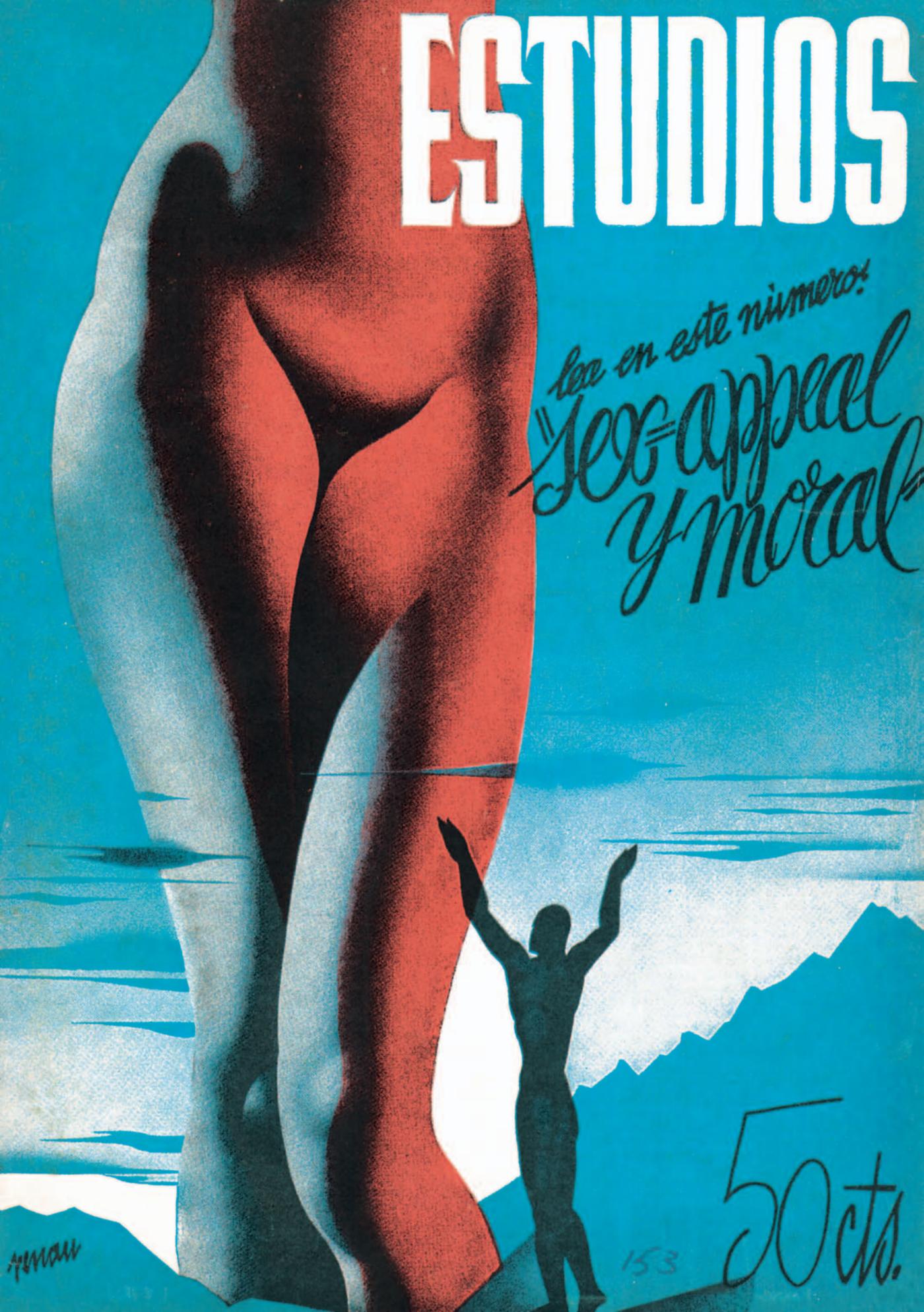


ESTUDIOS

lee en este número:
*Sex-appeal
y moral*



Renau

153

50 cts.

Lector: Esta Revista se debe a un noble propósito cultural y no a interés particular alguno. Sus páginas no están supeditadas a conveniencias inconfesables de bandería o de secta. Su única misión, misión honrada y digna, es la de aportar al conocimiento de sus lectores cuantas enseñanzas se consideren útiles y necesarias para una vida racional e higiénica, libre y feliz.

Dicho está con ello que esta publicación no tiene, ni los admite, otros ingresos que los estrictos de la venta de sus ejemplares.

Como estos ingresos no llegan a compensar, ni en mucho, el coste y demás gastos de su confección, rogamos a los lectores compren y recomienden los libros de su Biblioteca-Editorial aquí anunciados, y difundan por todas partes esta Revista.

La Biblioteca-Editorial de ESTUDIOS editará siempre obras de indiscutible valor literario, cultural y científico, sin más interés que ayudar al sostenimiento de esta Revista.

LA REDACCION

Biblioteca de ESTUDIOS

CONDICIONES DE VENTA

ESTUDIOS (SERVICIO MENSUAL).—Desde cinco ejemplares en adelante, el 20 por 100 de descuento, libre de gastos de envío (excepto en los envíos para Francia, cuyo descuento se aplica a gastos de envío). Los paquetes para el extranjero deberán abonarse por anticipado. Los paquetes para España se abonarán sin falta todos los meses, por giro postal.

Libros (SERVICIO SOBRE PEDIDO).—Las ventas se hacen en firme y no en comisión.—No se envían libros en depósito.—Para todo pedido de libros es condición indispensable el pago anticipado o a reembolso.—Los gastos de envío van siempre a cargo del comprador.—Los corresponsales, libreros y suscriptores directos de ESTUDIOS tienen derecho a los siguientes descuentos: 30 por 100 en las obras en rústica, y 20 por 100 en las encuadernadas.—Los pedidos de particulares cuyo importe sea de diez pesetas en adelante se servirán libres de gastos, pero sin descuento alguno.

Toda correspondencia, giros, etc., deberán ser dirigidos al administrador: J. Juan Pastor, Apartado 158, Valencia (España).

EDUCACION E HIGIENE

Todos los libros de esta sección son escogidos especialmente de entre los de más alto valor cultural y científico, y son, por tanto, de gran utilidad para la superación mental y física del hombre. Su esmerada presentación, unida a lo selecto y provechoso de su texto, la hacen indispensable en la biblioteca de toda persona culta.

	PESETAS	
	Rústica	Tela
La Belleza de la mujer, Carlos Brandt (ilustrada)...	5'—	7'—
Tratamiento de la Impotencia sexual, doctor Isaac Puente (ilustrada)	6'—	8'—
El exceso de población y el problema sexual, doctor Gabriel Hardy (ilustrada)	10'—	12'—
Medios para evitar el embarazo, doctor Gabriel Hardy (ilustrada)	3'50	5'—
Enfermedades sexuales, doctor Lázaro Sirlin	1'—	2'50
Educación sexual de los jóvenes, doctor Mayoux	2'—	3'50
La mujer nueva y la moral sexual, Alejandra Kolontay	1'50	3'—
Amor sin peligros, doctor W. Wasroche	2'—	3'50
Generación Consciente, Franck Sutor	1'—	—
El veneno maldito, doctor F. Elosu	1'—	—
Libertad sexual de las mujeres, Julio R. Barcos	3'—	4'50
El A B C de la Puericultura moderna, doctor Prunier	1'—	—
El alcohol y el tabaco, León Tolstoi	1'—	—
La maternidad consciente, Manuel Devaldés	2'—	3'50
La educación sexual, Jean Marestán	3'50	5'—
La mujer, el amor y el sexo, Jean Marestán	1'—	—
Sexualismo libertario, Eugenio Pagán	1'—	—
Lo que debe saber toda joven, doctora Mary Wood	1'—	2'50
Albores, Albano Rosell	3'—	4'50
Educación y crianza de los niños, Luis Kunhe	0'75	—

ANTOLOGIA

DE LA FELICIDAD CONYUGAL

(CONOCIMIENTOS ÚTILES PARA LA VIDA PRIVADA)

Esta nueva publicación tiene una finalidad elevada y digna: aportar al conocimiento de las parejas humanas las más útiles enseñanzas para su compenetración afectiva e íntima y para su felicidad sexual.

En pequeños volúmenes exquisitamente presentados, a tono con lo selecto de su texto, ofrecerá las más bellas páginas, las mejor logradas y más provechosas de cuantas han producido los hombres que dedicaron su ciencia y su saber a convertir en manantial de dulces placeres y de sanos deleites lo que es hoy motivo de amargos

sinsabores debido a la ignorancia y a los prejuicios subsistentes en la vida sexual.

Ni autores mediocres ni obras groseras o cínicas ocuparán estas páginas. Por el contrario, queremos contrarrestar, con la divulgación metódica y selecta de estos conocimientos de alta eficacia cultural y de utilidad práctica indiscutible, la labor nefasta de esa literatura morbosa, halagadora de bajas pasiones, que viene explotando el sexualismo sin escrúpulo alguno.

Estamos seguros de que esta serie de libritos constituirá la dicha de muchos hogares, que la tendrán en gran estima.

Van publicados:

Breviario del Amor Experimental, doctor Jules Guyot ...	1 Pta.
La Cópula, doctor Van de Velde	1 »
En preparación:	
La Anafrodisia (Sus causas y sus remedios), doctor Garnier ...	1 »
El placer recíproco, doctor Smolenski	1 »

CONOCIMIENTOS UTILES DE MEDICINA NATURAL

Cómo se previenen y cómo se curan toda clase de enfermedades por la Medicina Natural. Cualquiera de estos pequeños volúmenes equivale a un tratado extenso sobre la enfermedad de que trata, poniendo al lector en condiciones de poder curarse a sí mismo. Cada tema está tratado por un médico naturista especializado en la afección o dolencia tratada, escrito expresamente para esta Sección en lenguaje sencillo para el profano y con honradez científica irreprochable.

Van publicados los siguientes:

La Tuberculosis, doctor Roberto Remartínez	1 Pta.
Enfermedades del Estómago, doctor Eduardo Arias Vallejo ...	1 »
El Reumatismo, doctor Eduardo Alfonso	1 »
La Fiebre, doctor Isaac Puente	1 »
La Impotencia genital, doctor Eduardo Arias Vallejo	1 »
El Estreñimiento, doctor Roberto Remartínez	1 »
Higiene sexual, doctor Félix Martí Ibáñez	1 »
La Alimentación humana, doctor Lucio Alvarez Fernández ...	1 »
La Delgadez, doctor Eduardo Arias Vallejo	1 »
La Obesidad, doctor Enrique Jaramillo	1 »
La Sífilis, doctor L. Bastos Corbeira	1 »
La Higiene, la Salud y los Microbios, doctor Isaac Puente ...	1 »
Los Vegetales, doctor A. de Vasconcellos	1 »
Las enfermedades del Corazón, doctor J. M. Fontanals ...	1 »
La Apendicitis, doctor José Pedrero Vallés	1 »
Las enfermedades del Hígado, Dr. Eduardo Arias Vallejo ...	1 »
Puericultura, Prof. Samuel Velasco y Llamas	1 »
Enfermedades de la Mujer, doctor J. M. Fontanals	1 »
La Calipedia (Arte de engendrar hijos sanos y bellos), doctor Roberto Remartínez	1 »
Enfermedades Nerviosas y Mentales, Dr. J. M. Fontanals ...	1 »

— Mayo
1 9 3 6

Año XIV - Núm. 153

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN
APARTADO 158. — VALENCIA

Estudios

Revista ecléctica

Publicación mensual

monleón

Actualidad



Dionysios

MUCHA gente se muestra contenta de la reforma agraria que está llevando a cabo la República en su nueva etapa. Tal vez sea una solución para algunas familias. Negarlo sería negar la propia evidencia. Pero en sí, en su esencia, esa reforma es perjudicial. Claro está que desde un punto de vista social, que es el único que interesa. De ningún modo desde un punto de vista republicano, o, dicho de otra manera, conservador.

Si fueran sólo los republicanos los que se mostraran contentos de la reforma agraria, nada habría que decir, por tanto. No sucede así. Hay también socialistas y comunistas que no ocultan el agrado con que la ven. Esto me parece error profundo. Cuantas más gentes tomen cariño a la tierra como propia, con más resistencia tropezará el régimen socialista o comunista hacia el que se va, hacia el que nos llevan más que nada las circunstancias.

Dar tierra a tales o cuales hombres de los que en los pueblos se mueren de hambre no es resolver el problema del campo. Cuanto más, es evitar el hambre de esos pocos hombres. Pero, es al mismo tiempo, hacerles burgueses, poco importa que míseros. Aquí es donde reside lo profundamente perjudicial de la reforma. El burgués es el hombre que se opone a todo cambio, que se resiste a todo cambio, que defiende lo que posee, poco o mucho, hasta el último extremo, frente a todo cambio. Cuando llegue el trance, a todas luces próximo, en que la República tenga que dejar franco el camino al nuevo régimen, forzosamente de carácter social,

todos los favorecidos por la reforma serán un obstáculo, no difícil de vencer, desde luego, pero tampoco fácilmente salvable.

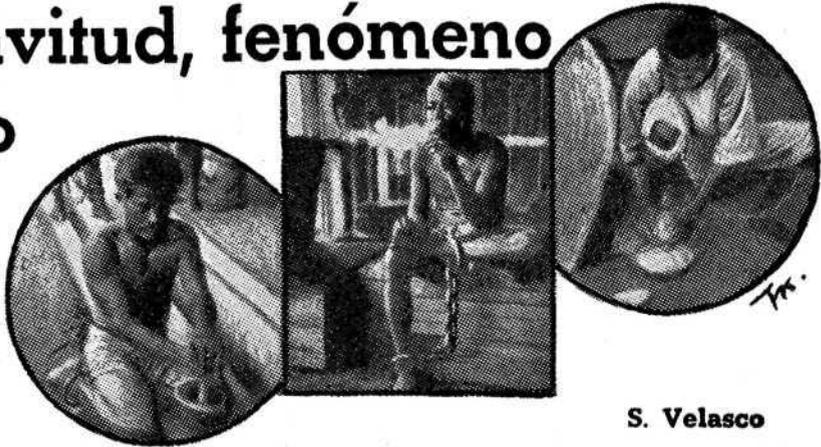
Si fuera posible conceder a los fautores de la reforma una agudeza de la que, en general, no han dado apenas pruebas, podría creerse que con ella se habían propuesto crear futuros defensores de la República, tal como ésta es ahora. En el fondo, no otro será su resultado.

Por eso sorprende ver que socialistas y comunistas la juzguen con benevolencia y hasta, no pocos, la aplaudan. El bien que hace, innegable, es a particulares, bien, por tanto, de significación burguesa, y entraña un mal para la colectividad, tal vez no visible hoy, claro está que para quien no analice las cosas en su raíz, pero que se revelará mañana, con no escasa potencia, cuando se trate de hacer prevalecer por encima de todo el interés de la colectividad: el poseedor particular se alzaría contra este interés con todos los medios que tenga a su alcance, como se ha alzado siempre.

Se va, quíerese o no, a la supresión de la burguesía ya que no tiene nada que hacer en el mundo, y que aunque no hubiera aparecido en él no hacía ninguna falta. Se habría llegado al momento de tener necesidad de socializarlo todo sin la existencia de la burguesía. En esto, la tesis marxista no es cierta. En el primer país en que se ha intentado la socialización —aunque después las cosas hayan tomado un camino que no es, ni mucho menos, el de la socialización— apenas había burguesía en el sentido marxista. Se va, repito, a la supresión de la

La esclavitud, fenómeno histórico

El cristianismo no libertó al hombre, sino que restauró la compra-venta de material humano



S. Velasco

EN el libro de la historia hallamos aquí y allá, dondequiera que se dirija la mirada escrutadora, al lado de los refinamientos más exquisitos, las lacras sociales más terribles y abrumadoras, como la esclavitud, y, pueblos que significaron en el desenvolvimiento del linaje humano las cumbres más elevadas, no vacilaron en someter al régimen de cautividad a millones de sus semejantes para constreñirles a realizar un trabajo agotador que agostaba tempranamente la existencia de su prójimo, con objeto de gozar ilimitadamente de los pingües beneficios que el trabajo de los forzados les reportaba. Es, pues, incontestable que la esclavitud es un viejo achaque de la especie como lo prueba el hecho de que los sistemas religiosos la hayan tolerado, y que incluso la escuela escolástica la sostuviera y justificara.

Al analizarse la labor esplendorosa de los imperios asiáticos, que fueron asombro del mundo,

y en los cuales las artes y la filosofía culminaron, adquiriendo un desenvolvimiento formidable, en algunos aspectos no superado ni aun en las épocas de mayor progreso de la mecánica, la ingeniería y la técnica, se ha visto cómo no hallaron otro recurso que asentar su grandeza sobre la miseria de sus hermanos, y no sólo no supieron acabar con la esclavitud, que era el cáncer que las corroía, sino que incluso la adoptaron como norma y como eje de su sistema social. Como en la época contemporánea, no obstante los audacísimos avances de la feminidad, subsiste todavía el meretrizaje en sus formas más siniestras, abyectas y criminosas.

Lo realmente doloroso en la obra augusta de la cultura, a través de las edades, es el no haber logrado crear, todavía, un tipo de civilización en el que desaparecieran los contrastes acentuados. Así, al lado de las maravillas arquitectónicas del Egipto fastuoso, se encuentran

burguesía. Que los republicanos creen innumerables burgueses en los campos, aunque sin clara conciencia de lo que hacen es explicable. Que socialistas y comunistas, por el bien inmediato que para un número determinado de hambrientos supone esa creación de burgueses, olviden sus postulados, siquiera sea momentáneamente, no tiene explicación. La resolución del problema social no consiste en hacer a unos pocos explotados poseedores, ni aun en hacer a todos los explotados poseedores: está en abolir la posesión individual. Hacer donde había un poseedor, cien, es cualquier cosa menos encaminarse a un régimen socialista. Se corrige una injusticia, evidentemente, porque un solo poseedor, donde puede haber cien, es una indecencia. Pero la corrección de esa injusticia, o sea hacer que coman cien personas donde no comía más que una, no es todavía la justicia, ni de cerca. No sería la justicia ni aun en el caso de que todos los que dependían del primer poseedor fueran convertidos en poseedores. Porque no es ése el camino. No hay otro camino que el de abolir la posesión, y éste, el camino que se va a seguir más bien pronto que tarde. Y en él se tropezará, donde hasta ahora no existía más

que un enemigo, con muchos. He ahí el mal que va a traer la reforma, tan bien vista porque beneficia a unos pocos. No es injusto, de ningún modo, que vivan cien hombres donde sólo vivía uno. Menos injusto sería que vivieran todos, los cien y los que ahora van a depender de los cien. Pero esta justicia parcial se opone a la justicia total. Se ha perdido de vista ésta, y por eso a socialistas y comunistas satisface la reforma, casi sin reservas. Con su beneplácito se están creando, por tanto, adversarios de la revolución que, por otra parte, propagan, y que aunque no la propagaran es inevitable.

No creo que este comentario sea leído, con el espíritu que lo anima, por aquellos a quienes se trata de hacer ver que su complacencia está reñida con lo que postulan. Me ha parecido, sin embargo, que no había nada, en este momento, más digno de interés. Ni siquiera la destitución de Alcalá Zamora, peripecia exclusivamente política, ni el primer discurso de Azaña en el Parlamento, afirmación del propósito, nada sorprendente, de asegurar la vida de la sociedad burguesa. Por fortuna, no hay ya quien pueda asegurársela.

2. — Estudios

las más degradantes y envilecedoras costumbres que enervaron la raza y sumieron al pueblo en la molición, facilitando la destrucción de aquella admirable civilización, llena de bellezas incomparables y majestuosa por las masas ingentes de elementos que logró asociar para la erección de monumentos cual las pirámides, las esfinges y sus templos magníficos. Lo mismo puede decirse con respecto a Babilonia, la ciudad luz de su época, la de los jardines colgantes y del arte depurado y amable, que no pudo extinguir de su seno la podre moral que hubo de minar los más sólidos cimientos en que se asentaban sus ágiles concreciones de los principales módulos de su vida colectiva.

La historia del error humano alcanza mayor magnitud que la de las conquistas de la verdad. Una prueba fehaciente de ello es el que por una superfetación difícil, no sólo de escudriñar, sino de hallarle el antídoto, porque se trata de un sutil veneno, Grecia, la incomparable, la civilización más bella, elegante y polimorfa, encanto de los sentidos y deleite del pensamiento, hallóse abocada al vacío de la conciencia, porque al lado de las sorprendentes y admirables creaciones de la idea mantuvo la esclavitud y halló en algunas de sus mentalidades próceres, cual Aristóteles, una explicación conformista de esta lacra. Por este motivo, ningún hombre de espíritu moderno puede ser admirador del filósofo estagirita, porque con su justificación del esclavaje evidenció no poseer una visión clara de la convivencia humana, porque, como es sabido, la igualdad entre los hombres ha sido, luego, la base de toda campaña ennoblecedora, constructiva y grandiosa.

Ha de tenerse en cuenta, además, que todos los pueblos en los que estuvo en auge la esclavitud, sin percatarse de los peligros que llevaba aparejados el sistema, labraron la propia infelicidad, porque es ilusorio pensar que se puede conquistar la dicha siempre y cuando haya millones de individuos que se hallan sometidos a la férula de cualquier norma de patronaje, que en ningún caso es tutela, sino opresión y vandalismo.

Roma, el pueblo matriz del Derecho y de todas las grandes construcciones jurídicas, fué también diestro en el arte infame de dar nuevas modalidades a la esclavitud, cuando convertía en esclavos a los prisioneros de guerra, confundiendo con el botín. Superó incluso al pueblo heleno en estas tareas porque tenía un mayor sentido conquistador y porque las gentes del Lacio poseían menos escrúpulos que los de la Hélada. Fueron más hábiles sistematizadores, ya que los mercaderes iban en pos de los ejércitos y adquirían a los desdichados esclavos en masas compactas y, luego, vendíanlos al mejor postor.

Refiérese con referencia a esta costumbre,

que una pareja de esclavos o el poseer una mujer cautiva, constituía un singular elemento de riqueza, porque, así, se aseguraban una progenie de parias sobre los cuales tenían derecho de vida y muerte, además del de explotación inicua y vergonzosa. La persistencia de la esclavitud en sus formas más abyectas fué uno de los factores que más contribuyeron a la depotenciación del imperio, puesto que minaron sus bases las guerras intestinas que hubo de sostener para sofocar las rebeliones de esclavos, una de las cuales, y la más importante, fué la capitaneada por Espartaco.



Las religiones, por lo mismo que han hecho prevalecer en sus preceptos el concepto tutelar de la divinidad y la noción de ultratumba, no pudieron descubrir ni proyectar luz sobre las causas de los males terribles que afligen a la humanidad, los cuales tan sólo podrán hallar remedio, a nuestro entender, en el pleno disfrute de la moral laica, en el hedonismo integral, epicúreo y sensitivo, porque no hay bien mayor que aquel que logra emocionarnos a nosotros mismos ante una acción provechosa para el prójimo, que luego depara, a aquel que la realizara, una satisfacción máxima, porque así proyecta su personalidad en torno a cuantos le rodean y coadyuven con él al logro de las finalidades supremas que son la verdadera dicha.

Por este motivo el cristianismo, al establecer la tesis monoteísta y precipitar la ruina del mundo antiguo, no solamente no liberó a los esclavos, sino que, al conquistar la adhesión de los bárbaros que asolaron el Imperio romano, transmitióles todas las lacras de la sociedad antigua, y, entre ellas, la más vergonzosa, la de la esclavitud. Y es que los bárbaros, dotados de un impulso acometedor formidable, se encontraron presos de improviso en las mallas sutilísimas de la tela de araña del tejido jurídico romano y adoptaron la esclavitud porque comprobaron que constituía una fuente de pingües ingresos y beneficios innumerables para el poderoso.

El mar Mediterráneo ha sido testigo, en el curso de las edades, del surgimiento de civilizaciones esplendentes, del derrumbamiento de otras y de innumerables acaecimientos importantísimos de la historia humana. Presenció catástrofes horribles, pero había de ser un país de rancio abolengo cristiano, España, la cuna de la trata de negros. Y fué precisamente un clérigo, el famoso padre Bartolomé de las Casas, el iniciador de este inicuo sistema de explotación. Nada tiene de extraño que naciera en nuestro suelo este individuo perverso, puesto que en otro orden de cosas un cerebro privilegiado, el príncipe de las letras españolas, el gran Lope de Vega, hiciera, en otra ocasión, el elogio del Santo Oficio.

IMPORTANTE PARA LOS SUSCRIPTORES. — *Sin que podamos evitarlo de ningún modo (hemos probado ya todas las formas), son muchos los ejemplares de ESTUDIOS que se pierden y que no llegan a manos de los suscriptores, algunos de los cuales achacan a olvido nuestro tal falta. Hemos de aclarar que no es nuestra la culpa. Lo que ocurre es que ESTUDIOS encuentra en su camino muchos suscriptores honorarios que, sin duda, después de leerlo se quedan gratuitamente con el ejemplar, en vez de entregarlo a su destinatario, como es su deber. Contra estos beneméritos lectores, lo único que cabe es hacer los envíos certificados, pero ello resultaría caro. No hay más remedio, pues, que enviar otro ejemplar a quien no lo reciba, mientras pensamos en formular una seria protesta a la Dirección General de Correos.*

Al día con la Ciencia

EXPLOSIVOS



Alfonso Martínez Rizo

Advertencia previa

Al leer que algún día nos ocuparíamos en estas columnas de los explosivos, muchos lectores han puesto de su parte una gran dosis de malicia. Uno de los tópicos más manoseados es el que hace creer que el régimen capitalista ha de ser derribado a fuerza de explosivos, al estallido de las bombas. Y yo debo hacer constar aquí mi convicción de que se trata nada más que de una patraña nacida del miedo de la burguesía.

La dinamita que ha de volar hecho añicos el actual régimen tiene un nombre: CULTURA. Y una fuerza expansible invencible. La explotación y la violencia organizada únicamente pueden sustentarse sobre una base que necesitamos demoler: LA INCULTURA DEL PROTETARIADO. El día que todos los hombres piensen y razonen con serenidad, extirpados todos los dogmas y todos los lugares comunes, todos, absolutamente todos los proletarios, llegarán al acuerdo de que las cosas no pueden continuar así, y bastará con ese acuerdo unánime para cambiar el rumbo de la Humanidad.

Yo podré experimentar en ocasiones ramalazos de ira, de santa ira, ante la infamia de la injusticia ambiente. Pero cuando mi razón funciona de una manera serena y ecuánime, experimento la profunda convicción de que la cultura general, que cada día se va difundiendo con más ímpetu, ha de ser el elemento aglutinante que una en un solo bloque compacto e invencible todo el proletariado. Y hasta llego a pensar que tal vez nuestros anhelos revolucionarios nos alejan de la meta a la que aspiramos llegar, porque separa de nosotros con una valla infranqueable, tanto a los tímidos y asustadizos, cuanto a quienes, sin serlo, son enemigos de la violencia, por temperamento, o por convicción.

No vamos, pues, a publicar en este artículo un formulario para la fabricación de bombas. Aquellos a quienes les interesa fabricarlas, demasiado saben ya cómo hacerlas, y las bibliotecas públicas están llenas de enciclopedias en donde poder documentarse. Vamos, sencillamente, a continuar nuestra labor de difundir la cultura, socavando así los cimientos del régimen ya bamboleante, y ocupándonos de un tema sugestivo, al mismo tiempo que dejamos ver las grandes posibilidades que la técnica moderna ha

puesto a la disposición de industrias tan importantes como la de las minas y la de las canteras.

Los explosivos y la guerra.—Se trata de una invención de finalidad guerrera, a la que más tarde se le han encontrado finalidades pacíficas, como las de quebrantar las rocas con fines extractivos. Como veremos, al hablar de la pólvora negra, fué ésta, al principio, nada más que un perfeccionamiento de los elementos incendiarios empleados por los combatientes.

Y la historia de la guerra y la de los explosivos caminan paralelamente a lo largo del tiempo íntimamente unidas. Los explosivos han ido perfeccionándose para atender a necesidades militares, y conforme ha ido perfeccionándose la técnica de los explosivos, han ido modificándose la táctica y la estrategia; el modo de ser de la guerra, hasta llegar al día de hoy.

Y en el día de hoy ya van perdiendo los explosivos importancia como elemento militar, porque la ferocidad humana, nacida hija de la ambición fecundada por el egoísmo de los intereses privados, ha encontrado elementos más eficaces para sembrar la muerte y la desolación.

También la difusión de la cultura hace cada día más difícil la guerra y también acabará con ella. Y si la guerra ha sabido inventar los explosivos materiales más poderosos y dóciles, el explosivo espiritual, que es la CULTURA, acabará con ella para siempre y sabrá utilizar los explosivos materiales para fines nobles y humanos, como los de horadar las montañas para acercar unos pueblos a otros, quizá algún día, para impulsar a los cohetes que nos puedan poner en comunicación con otros astros.

La pólvora negra.—La invención de la pólvora es una de las cosas sobre la que más se ha fantaseado. En cierta época se tenía como artículo de fe el que había sido inventada en China, en remota antigüedad, antes de la era cristiana; pero hoy ya se sabe positivamente que eso es falso y que los chinos no conocieron las armas de fuego hasta que los portugueses les regalaban tres cañones.

También se ha fantaseado mucho atribuyendo la invención a determinados frailes, habiendo sido publicados libros antiguos apócrifos, análogos a nuestros falsos cronicones, dando pelos y señales de tal invención.

4. — Estudios

Hoy parece estar establecido de una manera rigurosa que fueron los árabes los primeros que la utilizaron, aunque no para disparar armas de fuego, sino para arrojar cohetes incendiarios sobre sus enemigos.

Desde tiempos antiquísimos había hecho el hombre uso del fuego como arma de combate y había numerosas fórmulas a base, generalmente, de pez, resinas y estopas. Los árabes fueron los primeros que acertaron a incorporar a tales mezclas incendiarias el nitro. Una vez obtenida así una especie de pólvora fué utilizada como elemento propulsor de cohetes. Más tarde, sin que se pueda precisar cuándo ni dónde, se comenzó a usarla para lanzar proyectiles que eran al principio flechas, llegándose así, poco a poco, hasta la invención de los cañones.

Como fruto empírico de los primeros tanteos, la fórmula de la composición de la pólvora negra fué establecida con extraña firmeza que ha llegado hasta nuestros días. La técnica de la fabricación ha realizado notables progresos, como ya veremos, pero la fórmula de seis, as y as no ha sido alterada, y la pólvora que usaron los moros para bombardear a Tarifa, como la que usó Napoleón en su incesante batallar, como la usada en la Gran Guerra, y como la que actualmente se fabrica para los cañones de grueso calibre, o para las escopetas de caza, todas han contenido siempre las mismas proporciones, seis partes de nitro, una de azufre y otra de carbón.

Ahora bien, que la pólvora primitiva estaba constituida por la simple mezcla de estos tres componentes, finamente pulverizados, notándose pronto la conveniencia de un grano más grueso. El modo primitivo de obtenerlo era amasar con agua los polvos finísimos resultado de la mezcla, dejar secar la masa, partirla a mazazos y, luego, separar por cernido, en diferentes cedazos de diversos espesores, los granos de diferentes gruesos.

Después se fué perfeccionando la técnica y, con ella, la de las armas de fuego, llegándose a darle al grano de la pólvora, ya obtenido por procedimientos más prácticos e industriales, el pavonado, y fabricándose la pólvora de gruesos granos exagonales perforados. Hoy una fábrica de pólvora es un gran establecimiento industrial, con una maquinaria muy perfecta, y para cada cañón es fabricada una pólvora especial, no por su composición, sino por su grano, de tal modo que las presiones en el interior del cañón sean las más eficaces para darle al proyectil la mayor velocidad, lo que depende de la forma y del tamaño de los granos.

Asimismo, el graneado varía en la pólvora utilizada en los barrenos, según la naturaleza y dureza de las rocas a romper, viéndose que la técnica de su fabricación ha alcanzado ya casi una perfección absoluta.

Terminaremos manifestando que en la pólvora negra el fenómeno de su deflagración se debe a la combustión del carbón con el oxígeno que cede el nitro con gran facilidad, y que el azufre cumple la misión de asegurar una buena conservación al mismo tiempo que también obra como combustible y hace más bajo el calor necesario para que la deflagración se inicie.

Otras pólvoras de combustión.—Conocidas las funciones que desempeñan el nitro, el car-

bón y el azufre, les ha sido sumamente fácil a los inventores encontrar una inmensidad de fórmulas nuevas para otras tantas pólvoras.

En primer lugar, han podido alterar las proporciones clásicas para lograr determinados fines. La llamada pólvora parda es la misma pólvora negra en la que el carbón es rojizo, y es una pólvora más lenta, aplicable a determinadas piezas de artillería.

También los inventores han intentado sustituir el carbón y el azufre por otros cuerpos; sobre todo con miras a la baratura y otras veces para la obtención de pólvoras de determinadas características. Así, a veces, se ha reducido y hasta suprimido el azufre y se ha sustituido el carbón por serrín fino de madera, por almidón, por azúcar o por alquitrán.

Más audaces han sido los intentos de sustituir el nitro por otros cuerpos que, como él, contengan mucho oxígeno y lo cedan fácilmente.

La primera y más interesante fué la inventada por uno de los padres de la química moderna, Bertholet, en la que el nitro era sustituido por clorato de potasa. Su fórmula contenía setenta y cuatro partes de clorato, doce y media de carbón y doce y media de azufre, que corresponde casi exactamente a la fórmula seis, as y as de la pólvora negra, con la mera sustitución del nitro por el clorato. Tal pólvora tuvo una época de gran auge en Francia, hasta que ardieron con espantosas explosiones varias fábricas y se abandonó su fabricación por ser excesivamente peligrosa.

En las llamadas pólvoras blancas, el nitro es sustituido por el clorato, y el carbón, por el azúcar o el almidón, incorporándoseles generalmente, en vez de azufre, algo de prusiato rojo de potasa.

Y los inventores han desbordado su fantasía, dando nacimiento a incontables mezclas de cuerpos fácilmente combustibles con otros propensos a ceder el oxígeno necesario para la combustión, como el bicromato de potasa, el permanganato sódico, etc., llegando así hasta conseguir substitutivos de los fulminatos con una mezcla de clorato y fósforo rojo.

Y todas esas pólvoras pueden tener una aplicación indicada en cada caso determinado, a pesar de la competencia que les hacen las otras pólvoras y explosivos modernos de que nos vamos a ocupar, caracterizados por el hecho de que en ellos no se verifica, como en la negra y las otras reseñadas, una combustión aceleradísima que ocasiona un gran volumen de gases a alta presión, sino que se trata de cuerpos inestables que en determinadas circunstancias, fáciles de provocar, se descomponen, dando lugar también a un gran volumen de gases.

La nitrocelulosa.—El primer explosivo que encontró el hombre al azar realizando empíricos experimentos de química, fué la nitrocelulosa, llamada también proluxita y algodón pólvora.

Cuando la celulosa, que constituye casi la totalidad del algodón, del papel y de casi todas las fibras textiles de origen vegetal, es sometida por breve tiempo a la acción de una mezcla en partes iguales de ácidos sulfúrico y nítrico concentrados, y sometida después a abundantes lavados para eliminar toda traza de ácido, se transforma en un cuerpo nuevo dotado de cu-

rias propiedades y, entre ellas, la de descomponerse cuando se eleva su temperatura, ocasionando una violenta explosión al transformarse repentinamente en una masa de gases muy voluminosa y a altísima temperatura.

También estuvo mucho tiempo de moda este explosivo y también ocasionó horribles catástrofes, por lo que fué abandonado casi por completo su uso durante un largo periodo.

Con posterioridad, la química ha establecido, tras de numerosas experiencias metódicas, la técnica exacta de la nitrificación de la celulosa, de la que resultan diferentes productos, unos peligrosos y otros no, más o menos solubles en diferentes disolventes, en algunos de los cuales (mezcla de alcohol y éter) algunos productos nitrocelulósicos, sin llegar a disolverse, sufren un principio de gelatinización que los hace sumamente estables. Así ha sido establecida la técnica moderna de la fabricación de las pólvoras sin humo, que son sencillamente algodón pólvora o nitrocelulosa de nitrificación perfectamente dosificada, empapada muchas veces de nitroglicerina.

Porque cuando el proceso de la explosión es, como en estos cuerpos, debido, no a una combustión, sino a una descomposición que ocasiona únicamente productos gaseosos, naturalmente, los disparos no producen humo.

Y este adelanto guerrero de la pólvora sin humo, utilizada por los fusiles modernos, es algo horrible al permitir en la guerra herir al enemigo traidoramente, sin que la nubecilla de humo del disparo denuncie el sitio de donde partió.

Siempre ha sido algo horrible la guerra. Pero cuando se hacía a cintarazos y vencía el más bruto, o el más corajudo, contenía algo de lógica. No así cuando la pólvora sin humo concede la victoria a la astucia y a la mala baba.

Nitroglicerina y dinamita.—Fué grande el asombro y el susto del químico que mezcló al azar glicerina y ácido nítrico, notando que se depositaba en el fondo un líquido oleaginoso que estallaba con desconocida violencia al menor choque. Tal es la nitroglicerina, de la que se pensó, durante mucho tiempo, que sería el explosivo ideal, por su enorme potencia, si fuese manejable y de fabricación no peligrosa.

Hasta que Nobel, estudiando con todo género de precauciones la nitroglicerina y sus propiedades en su laboratorio químico, descubrió que, cuando se encontraba dividida en incontables gotitas microscópicas, como ocurría cuando era absorbida por un cuerpo poroso, era sumamente estable y no estallaba por los choques ni aun por el calor de la lumbre, y sí lo hacía mediante un fulminante, conservando en tal explosión su potente fuerza explosiva. Así nació la dinamita, que sólo es nitroglicerina empapando tierra de infusorios u otro cuerpo de análoga gran porosidad. Y así realizó el inventor una fortuna colosal que, al morir, arrepentido de las numerosas víctimas que la guerra había hecho con su invento, legó para los conocidos premios que tienden a evitarla fomentando la cultura.

Pero si, una vez transformada en dinamita, no es nada peligrosa la nitroglicerina, en el proceso de la fabricación de este producto ha de ser manejada la nitroglicerina líquida, y la fabricación es peligrosísima, con peligros que únicamente se logra evitar siguiendo con rigor

extremado las minuciosas prescripciones de la técnica y manteniendo los locales a una temperatura constante.

En las pólvoras ordinarias, para obtener efectos rompedores, es necesario que los gases no tengan escape. Así, por ejemplo, si cargado un barreno no se atraca, al prenderle fuego la mecha funcionará como un cohete lanzando un chorro de humo y gases, pero sin romper la roca. Y esto ocurre porque la pólvora tarda cierto tiempo en arder y la combustión da tiempo a que los gases se escapen a la atmósfera, produciéndose efectos rompedores únicamente cuando la presión alcanza altos valores por no haber escapes, o ser éstos insignificantes.

En cambio, la dinamita estalla con tal rapidez que los gases ejercen su presión en forma de choque brusco contra cuanto se encuentra en su proximidad, sin dar tiempo al escape. Así, un barreno de dinamita sin atracar rompe también la roca. Si los barrenos de dinamita se atracan, es para evitar la pérdida de una insignificante parte de los efectos explosivos. Para volar un árbol basta rodear su tronco con una salchicha formada por cartuchos de dinamita, y hacerlos estallar con mecha o explosor. El árbol sale despedido hasta una gran altura, cayendo luego pesadamente a tierra.

Otros explosivos nitrogenados.—No son sólo la celulosa y la glicerina los cuerpos que, tratados por el ácido nítrico, originan explosivos. Son numerosos los cuerpos orgánicos que al nitrificarse constituyen una serie de explosivos que la química ha estudiado con todo detenimiento encontrándoles numerosas aplicaciones prácticas.

Un producto nitrogenado es el ácido fulmínico que, combinado con los metales pesados, da los fulminatos correspondientes, dotados de la propiedad de ser bastante estables, pero de estallar fácilmente por el choque. El fulminato de mercurio es el generalmente empleado para la fabricación de fulminantes destinados a provocar la explosión de los otros explosivos.

Hay otro compuesto orgánico nitrogenado que ha sido considerado durante mucho tiempo como uno de los cuerpos más pacíficos e inofensivos, empleado corrientemente en tintorería y hasta en farmacia, y que luego ha resultado ser un explosivo de los más violentos. Tal es el ácido picrico, cuya fórmula es $C^6H^2(OH)(NO^2)_3$.

Sus cristales amarillos, tras de ser fundidos, constituyen la llamada en otras partes melinita, por su color de miel, y entre nosotros, por su origen, picranita, uno de los explosivos más rompedores y enérgicos. Pero tiene la particularidad de que es tan estable que, si se le aplica un fulminante ordinario, al estallar éste, rompe la picranita en pedazos, cual si fuese una piedra inerte, sin hacerlo estallar, necesiándose, para conseguirlo, un fulminante triple.

En general, todos los explosivos orgánicos están formados a base del nitrógeno. Su fundamento es la escasa afinidad de este elemento con el oxígeno, pudiéndose así acumular en los productos nitrogenados grandes cantidades de oxígeno combinables con otros cuerpos y que el nitrógeno deja fácilmente en libertad.

De aquí la altísima importancia que tienen en la industria de los explosivos las primeras materias nitrogenadas. Estas, antes de la Gran Gue-

rra, procedían casi exclusivamente de Chile y de sus grandes criaderos de nitro. Pero, durante dicha guerra, imposibilitada Alemania de importar nitro de Chile y dificultada la importación a los países aliados, por el bloqueo submarino, fué necesario buscar otras fuentes de productos nitrogenados, creándose así la industria de la fijación del nitrógeno atmosférico.

Tal industria, que ha ocasionado una horrible crisis económica en Chile, y que fabrica en Europa los nitratos más baratos que los que antes se importaban de allí, está en España en estado rudimentario, de manera que somos tributarios en lo que a estas primeras materias se refiere, de Chile o de las industrias sintéticas de otros países europeos. Esto, en caso de guerra, pudiera ser para España un grave contratiempo, porque necesita los productos nitrogenados, no sólo para fabricar explosivos, sino también para abonar los campos.

En cuanto a la fabricación de explosivos, la última palabra de la técnica permite prescindir de los productos nitrogenados mediante el empleo del oxígeno líquido, conforme vamos a explicar.

La oxilíquida.—En los explosivos nitrogenados más poderosos, como en la dinamita, no se aprovecha en la explosión más que una parte de la energía de combustión correspondiente, por que el nitrógeno es un estorbo y hace falta gastar la energía correspondiente a su unión con el oxígeno. Así, en la dinamita, sólo se aprovecha un 43 por 100 de la energía total.

Así es que se ha pensado en utilizar directamente la energía de combinación de los cuerpos combustibles con el oxígeno empleando éste en forma líquida, tal y como la técnica moderna sabe producirlo con escaso gasto.

Así, mientras que un kilo de nitroglicerina no desprende más que 1.580 calorías al estallar, un kilo de oxilíquida —nombre dado a este nuevo explosivo— desprende 2.000.

En estos nuevos explosivos el oxígeno líquido juega el papel del ácido nítrico en los explosivos nitrogenados, con la ventaja de que, no existiendo el nitrógeno, la afinidad es mayor, a pesar de la temperatura bajísima. Si se empapa en oxígeno líquido un trozo de algodón, queda transformado en algodón pólvora mucho más energético que el fabricado por los procedimientos ordinarios, sin más desventajas que las de tener que usarlo inmediatamente, antes de que el oxígeno líquido se evapore. Y lo mismo ocurre con cualquier cuerpo combustible. Igualmente se puede mezclar con oxígeno líquido polvo de carbón y aceites minerales, con la presencia de sustancias inertes, como arcilla, o sin ella. Tales mezclas arden al fuego sin hacer explosión, pero son explosivos poderosísimos con la acción de un fulminante.

La industria se ha apresurado a emplear este explosivo que viene a resultar a la mitad de precio que la dinamita, porque, aparte del polvo de carbón, o del combustible que se emplee, y de la mano de obra y la amortización de los aparatos, no consume más que fuerza motriz, muy barata en los países en donde abundan los saltos de agua.

Después de algunos tanteos ha sido establecida una técnica muy completa para el empleo de este explosivo, permitiendo una gran elasti-

cidad de actuación que le ha consentido ser empleado en barrenos aplicados a rocas tan duras como las del túnel transpirenaico de Puymorans, igualmente que a rocas tan blandas como los minerales de hierro de Lorena.

El oxígeno líquido se prepara a partir del aire líquido en el que el nitrógeno se evapora con mucha más rapidez que el oxígeno, como ocurre con la evaporación del agua y el alcohol.

Y el aire líquido se obtiene en el mismo sitio de empleo, sin más gasto que fuerza motriz, utilizando el gran enfriamiento debido a la expansión del aire comprimido.

El enfriamiento del aire, al expansionarse, viene a ser de la cuarta parte de un grado centígrado por cada atmósfera de diferencia de presiones. Por otra parte, el aire es incapaz de liquefactarse a una temperatura superior a su punto crítico, que es 140 grados bajo cero. Y, a la presión atmosférica, esta liquefacción no es obtenible más que a la temperatura de 191 grados bajo cero. Así es que serían necesarias presiones inaceptables para conseguir el aire líquido con una sola compresión y expansión, por lo que se emplean compresiones y expansiones escalonadas y sucesivas, y el aire circula por tubos dobles o triples concéntricos cediéndose mutua y sucesivamente el frío adquirido por las sucesivas expansiones, hasta llegar a la liquefacción.

Esta es la última palabra en materia de explosivos, empleados en la Gran Guerra en mortíferos proyectiles disparados por obuses.

Pequeña ciencia

I.—NOTICIAS, DESCUBRIMIENTOS, NOVEDADES, PEQUEÑOS INVENTOS, PROCEDIMIENTOS, FORMULAS, RECETAS, ETC.

FÍSICA INDUSTRIAL.—*Un nuevo hielo.*—La industria frigorífica ha lanzado hace ya algún tiempo en los Estados Unidos un nuevo hielo al mercado.

Está constituido por ácido carbónico solidificado. Este gas (anhídrido carbónico) se solidifica a una gran presión y una baja temperatura que viene a ser de 110 grados Fahrenheit bajo cero. Es el gas que disuelto en el agua a cierta presión forma las llamadas bebidas gaseosas, y su precio es sumamente bajo, permitiendo vender dicho nuevo hielo a precio aceptable.

Se le llama hielo seco y es de un blanco nívco, mucho más frío que el hielo ordinario y, aparentemente, no se funde. Y es que el ácido carbónico pasa directamente del estado sólido al gaseoso, de manera que el hielo seco va disminuyendo de volumen por evaporación, pero sin producir líquido alguno.

Pero ocurre que se evapora con bastante dificultad, de manera que un pedazo de hielo seco dura muchísimo más que un pedazo de igual volumen de hielo corriente, sobre todo cuando se le aísla del aire caliente de la atmósfera con un paño u otra sustancia aisladora del calor. Esta es una ventaja muy grande cuando se trata de transportar el hielo a gran distancia. En aquel país se ha hecho la experiencia de colocar un sorbete dentro de un pequeño bloque de hielo seco, meterlo todo en una caja de cartón, enviarlo como paquete postal desde Nueva York a Washington, llegando en condiciones de ser servido en la mesa.

Su precio, al por mayor, viene a ser de cinco centavos la libra (454 gramos), pero hay que tener en cuenta que en condiciones apropiadas su poder refrigerante es quince veces mayor que el del hielo ordinario, teniendo, además, la inmensa ventaja de no chorrear agua.

Y no se trata solamente de una mera curiosidad, sino que ha encontrado el nuevo hielo interesantes aplicaciones industriales. Así, por ejemplo, para transportar un camión de pescado desde New England a Detroit se necesita una primera carga de 12.000 libras de hielo ordinario y 1.200 libras de sal, siendo necesario en el camino reponer parte del que se va fundiendo, con un consumo total de 17.000 libras de hielo y 1.800 de sal. En cambio, con el nuevo hielo seco, sólo hay que emplear 1.200 libras. La economía en peso transportado es considerable.

Parece ser que también ha resultado ser un serio compe-

tidor de los aparatos de refrigeración por el gas o por la electricidad, mediante el uso de neveras en las que tarda muchísimo en evaporarse, pudiéndose tenerlas frías durante mucho tiempo con muy poco gasto y menos molestias.

ELECTRICIDAD.—La *teledifusión en Inglaterra, Bélgica y Suiza.*—El placer que puede proporcionar un buen aparato de radio con varias lámparas, además de las molestias que ocasionan los parásitos industriales y atmosféricos, se encuentra limitado por la dificultad de obtener una buena audición cuando se trata de emisoras muy lejanas, por lo que son innumerables los similitistas que se limitan a escuchar los programas de sólo unas cuantas emisoras próximas, prefiriendo una buena recepción al placer algo deportivo de oír las lejanas en malas condiciones.

Atendiendo a este hecho, en Inglaterra, en Bélgica y en Suiza han sido establecidas importantes estaciones para recibir en condiciones óptimas un determinado número de programas y retransmitirlos por hilos a sus abonados.

Para conseguir esto se han adoptado dos sistemas: uno llamado de «redifusión» y otro llamado de «teleprograma».

En el primero, la estación central receptora escoge ocho o diez programas y los recibe cada uno en su antena con un aparato especial de modo que la recepción sea lo más perfecta posible; después amplifica dicha recepción y la envía a los abonados por un circuito especial con hilos de ida y vuelta. Se entiende que cada abonado tiene un circuito especial para cada programa, de manera que únicamente necesita escoger y enchufar su altavoz en el circuito que le interese, no teniendo que manejar más aparato que dicho altavoz y teniendo asegurada una excelente recepción.

Pero en tal sistema resulta la instalación de tantas líneas especiales demasiado cara, por lo que la cuota de abono ha de ser elevada también, y esto es lo que ha intentado evitar el sistema de «teleprograma», utilizando la telefónica para la distribución de los programas de radio recibidos en las condiciones señaladas.

El problema se complica un poco por el hecho de que el abonado necesita tener en su casa un amplificador, aunque sea solamente de una sola lámpara, porque como en las líneas telefónicas no hay hilos de ida y vuelta, si se enviase por ellas la potencia de 50 a 100 milivatios que necesita un altavoz para funcionar, la inducción mutua impediría un buen funcionamiento.

También necesita el abonado el empleo de un aparato seleccionador que automáticamente le ponga en comunicación con el programa que desee, y la instalación está dispuesta de modo que las llamadas telefónicas corrientes desconecten de un modo automático la transmisión del programa.

Tales instalaciones son muy recientes y no comenzaron a ser establecidas hasta el año 1931. Y al final de 1934 las cifras de abonados en los diferentes países son las siguientes:

Austria, 1.220; Bélgica, 5.231; Suiza, 31.820, e Inglaterra, 152.000.

ARTES Y OFICIOS.—*Plateado de espejos.*—Son muchos los lectores que han preguntado cómo se platea el vidrio para la obtención de espejos, y voy a contestarles a todos de una vez. Entre las numerosas fórmulas que existen, daré a conocer la que a mí me parece mejor y más sencilla, porque la he empleado personalmente con éxito, que es la inventada por los hermanos Lumière.

Mantenido el cristal bien horizontal, tras de limpiarlo pulcramente con ácido nítrico químicamente puro y abundantes lavados para que desaparezca toda traza de ácido, se vierte sobre él la mezcla siguiente:

Agua destilada	75	centímetros cúbicos
Alcohol de 90 grados	25	»

*Todas las cantidades que se indican corresponden al plateado de un cristal de 18 por 24 centímetros y vienen a ser de unos 10 centímetros cúbicos por cada decímetro cuadrado de cristal. Para otras dimensiones, deberán ser alteradas proporcionalmente. Vertidas las soluciones sobre el cristal bien horizontal, se extenderán sobre él formando un menisco por capilaridad en los bordes sin verterse.

Esta mezcla de agua y alcohol se dejará que permanezca sobre el cristal algunos momentos, durante los cuales será preparada la solución siguiente, que no puede ser preparada de antemano y que llamaremos «líquido para platear»:

Formol comercial al 40 por 100	10	gotas
Alcohol de 90 grados	10	centímetros cúbicos
Agua destilada	10	»
Solución de plata	20	»

La temperatura debe ser mantenida entre 16 y 20 grados centígrados.

La que hemos llamado solución de plata, que puede ser preparada de antemano, se prepara como sigue:

Nitrato de plata	10	gramos
Agua destilada	100	»

En esta solución se añadirá gota a gota amoniaco líquido. Las primeras gotas producirán un precipitado oscuro

que se irá volviendo a disolver conforme se vaya añadiendo más amoniaco. Pero se tendrá buen cuidado de no añadir amoniaco de más, sino exclusivamente el justo para que desaparezca el precipitado y quede el líquido transparente.

Una vez conseguido esto, se añade:

Nitrato de plata	3	gramos
Agua destilada	100	»

Después se añade más agua destilada hasta obtener el volumen de un litro, se agita, se deja digerir cinco minutos y se filtra varias veces hasta conseguir una clarificación perfecta.

Únicamente debe ser empleada agua destilada, para todo, incluso para los lavados.

Una vez preparada la «solución para platear», se vierte la mezcla de agua y alcohol inclinando para ello la placa, y, puesta otra vez horizontalmente, se vierte sobre ella, en igual forma que antes, la «solución para platear». La plata comienza a depositarse entre los 90 y los 120 segundos y se completa la precipitación a los tres minutos.

Si, durante la operación, se enturbiara el líquido, habría que verterlo y poner líquido nuevo.

Como el formol comercial no tiene una graduación muy exacta, hay que hacer algunos tanteos hasta encontrar el número justo de gotas que conviene emplear. Si hay demasiado formol, el depósito es rojizo y se cubre de numerosos agujeritos.

Terminado el depósito, se lava abundantemente con agua, que ya no hace falta que sea destilada, se deja secar y se recubre el depósito con el siguiente barniz:

Goma Dammar	1	gramo
Betún de Judea	10	»
Ocre rojo	20	»
Bencina	100	centímetros cúbicos

La solución amoniaca de nitrato de plata no conviene conservarla mucho tiempo, porque puede depositarse en ella fulminato de plata, que es un explosivo peligroso.

En todas las manipulaciones debe emplearse la más extremada limpieza.

II.—PREGUNTAS Y RESPUESTAS

Pregunta de Fructuoso, de Grazalema.

Respuesta.—En los varios catálogos de librerías y editoriales que tengo en casa para poder contestar a preguntas análogas a la tuya, sólo encuentro dos obras que recomendaré, que son:

Elementos de Botánica, del profesor Otto Schmeil, 6 pesetas. Librería Bosch, Rambla Universidad, 11, Barcelona.

Introducción al estudio de la Botánica: La Planta, por el profesor A. Hansen, volumen número 2 de la Colección Labor de «Iniciación Cultural». Editorial Labor, S. A. Plaza de la Independencia, 4, Madrid.

Pregunta de Francisco Fumadó, de Barcelona.

Respuesta.—Te recomiendo: *Manual práctico del montador electricista*, por J. Laffargue. Precio: 18 pesetas. Lo encontrarán en cualquier librería de Barcelona y, de seguro, en Librería Bastinos, Pelayo, 52.

Pregunta de José Gravina Ramos, de Oliva de la Frontera.

Respuesta.—No te dejes engañar. Ese médico, si lo es, trata de aprovecharse de la depresión de tu ánimo y de tu incultura para sonsacarte nada menos que 850 pesetas. Las corrientes magnéticas no existen ni curan. Sólo se trata de charlatanería. En tu caso, debes acudir a un buen médico naturista. Mi compañero en Estudios, doctor Remartínez, seguramente podría atenderte enviándote un cuestionario. El pudiera contestar tu pregunta mejor que yo, pero no hace falta ser médico para saber que los imanes no obran sobre el organismo, ni tienen cátodos ni electrodos. Además, la terminología que emplea ese charlatán es un camelo científico. No te dejes asustar por él. Tu caso tiene, de seguro, curación, acudiendo a la medicina natural.

Preguntas de Eugenio Gil Mora.

Respuesta.—Primera: Nadie sabe lo que es la pesantez ni la electricidad y parece que no existe ninguna relación entre ambas.

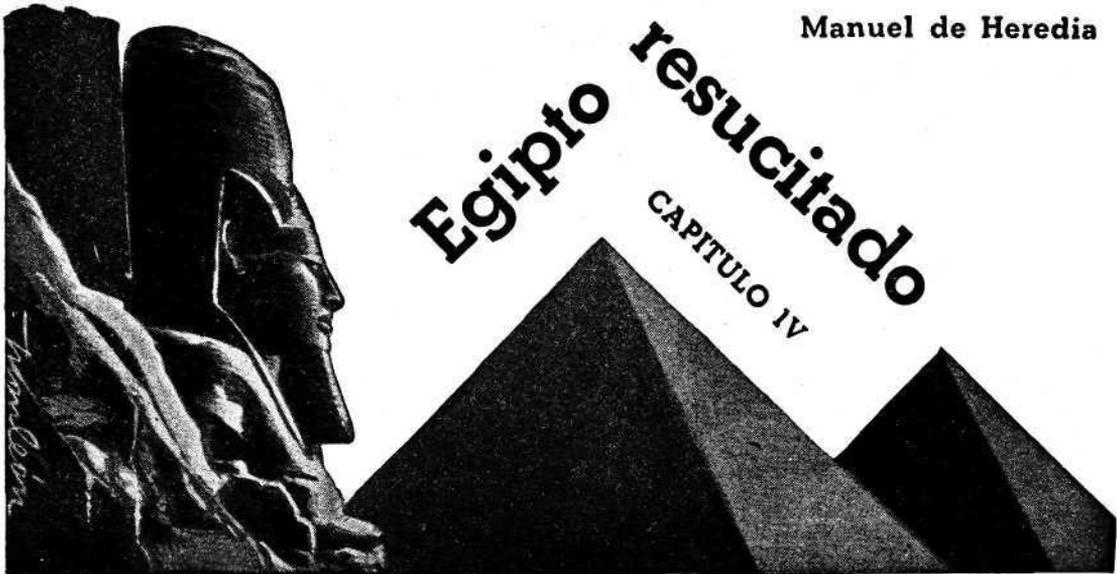
Segunda: Me planteas un acertijo y no tengo tiempo para dedicarme a acertarlo.

Tercera: Tus dos aparatos de galena son idénticos, pero funcionan en condiciones distintas y, por eso, dan resultados diferentes. Un sommier obra, sencillamente, como una capacidad que tanto puede sustituir a la antena como a tierra. El funcionamiento depende de las características del circuito resultante, muy difíciles de precisar en esos casos, por lo que no es extraño que ocurran esas rarezas, difíciles de explicar.

Pregunta de Un cerebro inocente, de Tarragona.

Respuesta.—La esencia de las flores son sustancias gaseosas o polvorientas, en suspensión en el aire, dotadas de la propiedad de impresionar los órganos sensitivos del olfato.

8. — Estudios



El Mediterráneo oriental, ambición suprema de Inglaterra.—Soldados ingleses embarcan para Egipto.—Primeros disturbios en El Cairo y Alejandría.

HEMOS dicho en el capítulo anterior que Inglaterra, por conservar sus intereses, hacía frente a Italia cuando ésta se disponía a invadir Abisinia. El Mediterráneo oriental es el anhelo máximo y esencial de la Gran Bretaña; lord Strabolgi lo afirmó ya y rechazó que los puntos sensibles del almirantazgo inglés estuviesen en el Mediterráneo occidental. Hoy esta gran verdad se ratifica abiertamente: en las proximidades del Mar Rojo se encuentran todas las unidades navales inglesas de mayor envergadura; en la isla de Perins se

efectúan trabajos de fortificación, puesto que representa para el porvenir un magnífico punto estratégico. Mientras, en el Mediterráneo occidental, a pesar de las aprensiones de Francia, Inglaterra ceja en su fiscalización, que no precisa, ya que de momento el acuerdo de Roma, efectuado hace escasamente un año entre Italia y Francia, está virtualmente derogado, debido a la infidelidad de la segunda potencia con el país fascista, infidelidad lograda por el *Foreign Office*, que se evita así un motivo de preocupación.

El Mediterráneo occidental sólo tiene trascendencia para la Gran Bretaña cuando existe una alianza entre dos países mediterráneos: la tuvo cuando España se unió a Francia y de ahí nació Trafalgar. La ha tenido cuando Italia concertó el tratado con Francia; hoy, esfumado este convenio, Inglaterra mira con indiferencia el problema.

Pero el que indiscutiblemente constituye una constante ambición inglesa es el Mediterráneo oriental; en él está la conclusión definitiva, el «puente de mandos» de la política internacional británica. Por eso ahora, al verlo amenazado por Italia, surge amenazadora, dispuesta a todo, siempre que ese *todo* lo formen países del Africa oriental que con sus medios, sus hombres y sus organizaciones habrán de *alistarse* en la causa inglesa. Causa inglesa que no hay que confundir con la «causa de la justicia» con que pretenden vestir Inglaterra sus diferencias con Italia.

Al estallar el conflicto italoabisinio el Imperio inglés (así lo pregonó su prensa) expresaba el deseo de ver colocadas bajo su intervención, en caso de guerra, todas las Instituciones importantes de Egipto: Ejército, puertos, ferrocarriles, etcétera. El alto comisario inglés, en constantes conversaciones con el Gobierno egipcio, efectuó viajes innumerados de El Cairo a Alejandría, lo que tenía una significación indudable de instrucciones concretas y proyectos graves por parte de su país, Inglaterra, que aprovechando «los cuatro puntos esenciales» conocidos se valía del país *independiente* para sus fines.

Quando se trate de sustancias gaseosas, claro es que están constituidas por átomos, siendo imposible ver éstos con el microscopio.

Si se trata de sustancias pulverulentas, en suspensión en el aire y algo así como en estado coloidal, podrán ser vistas con el microscopio cuando sus dimensiones lo permitan.

Tengo entendido que esta materia está muy poco estudiada aún.

Preguntas de A. Farré Gabarrós, de Vich.

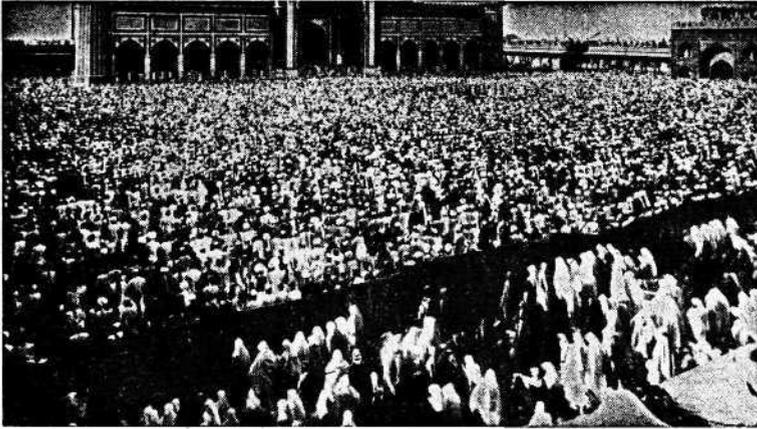
Respuestas.—Tu primera pregunta queda contestada con la fórmula para platear espejos. Fácilmente se te ocurrirá la forma de conseguir las letras plateadas limitando sus contornos con un filete de pintura.

Segunda: Para teñir las pieles de cualquier color, si se trata de teñidos de importancia, debes comprarte un Manual de tintorería y, mejor aún, contratar un oficial o maestro tintorero. Si se trata de teñir en tu casa, lo mejor es que compres los tintes preparados, o en polvo, que venden en todas las droguerías.

Puedo indicarte un libro: *Manual del tintorero y del quitar manchas*, por el doctor R. Lepetit. Precio: 10 pesetas en rústica y 12 en tela. Librería Bastinos.

Pregunta de Eladio G. Riestra, de Murias-Mieres.

Respuesta.—Te contestaré por carta porque tus preguntas sobre ideología interesan poco a los lectores de esta revista, porque todos saben de eso tal vez más que yo. Quizá pueda aclarar algo tus dudas de la lectura de mi novelita *Obito*, acabada de publicar por la revista de Barcelona *Biofilia*.



Más de 16.000 almas se manifiestan para pedir la independencia total

Se nos presenta, pues, absolutamente diáfana la perspectiva de Egipto y comienza la gestación del conflicto angloegipcio el día 15 de octubre de 1935, día en que embarcan para Port-Said setecientos oficiales y soldados del primer batallón del regimiento de Manchester, noticia que provoca en El Cairo y en las demás poblaciones egipcias las primeras protestas contra la intromisión inglesa. Para aplacar los ánimos y tranquilizar a la opinión el periódico *Ahrran* anuncia que el Gabinete de Nessim Bajá ha indicado al Alto Comisario británico su deseo de restablecer la Constitución y concertar definitivamente un nuevo convenio angloegipcio. La sugerencia del presidente del Consejo fué mal recibida por la Gran Bretaña, lo que dió lugar a que Nessim Bajá intentase dimitir, dimisión que no fué aceptada por el rey porque este Gobierno habría de adherirse y aplicar las sanciones económicas y financieras contra Italia, cumpliendo así Egipto los deseos de Inglaterra, muy lejos de ser los suyos, no porque este país no creyese justas las sanciones, sino porque éstas eran impuestas con los fines políticos conocidos y nunca por defender del atropello a otro pueblo débil. Además, Egipto, tomando parte en estas sanciones «completamente falsas» se creaba un enemigo: Italia. En efecto, el ministro del país fascista en el Cairo, Ghigi, dió a entender al presidente del Consejo de ministros egipcio que «Italia no olvidaría la actitud egipcia...» Amenaza en la que hemos de creer firmemente por venir de quien viene y por tener en cuenta que en la sociedad burguesa es ley natural aquello de «Siempre se rompe la sogá por lo más delgado».

Pocos días después, y coincidiendo con la llegada de tropas inglesas a Egipto, el Gobierno del rey Fuad tomaba la decisión de participar también en las sanciones militares contra Italia. Oficialmente se cedía el territorio y la san-gre egipcia a Inglaterra para hacer la guerra.

El pueblo egipcio sólo vislumbraba (acaso con demasiada ingenuidad) un camino para contrarrestar esta «dictadura» monárquica: la Constitución de 1923 y la dimisión fulminante del Gobierno Nessim. Sus demandas tuvieron por respuesta el discurso del ministro inglés de Negocios Extranjeros, Sir Samuel Hoare, en el que anunció de manera rotunda que la Gran Breta-

ña no accedería a restablecer la mencionada Constitución.

Al conocerse en El Cairo estas torpes afirmaciones —más tarde enmendadas por el propio Hoare— todo el pueblo egipcio se pronunció en una violenta protesta extensiva a la política de Nessim Bajá. Los estudiantes declararon la huelga; el Comité ejecutivo del partido wadfista, integrado por todos los diputados, retiró su apoyo al Gobierno, y a pesar del ejército y de la policía que coaccionó el levantamiento del pueblo, éste, en un magnífico alarde de patriotismo, se impuso valerosamente y logró amilanar a los Poderes y preocupar seriamente al Estado inglés; no en vano ca-

yeron en la primer refriega treinta y nueve patriotas heridos y uno muerto

● ● ●

Entramos en uno de los períodos más importantes de la «resurrección de Egipto». Difícil es sustraerse al entusiasmo que forzosamente produce en nuestro espíritu la actitud gallarda de este país del Africa oriental en pro de sus derechos y en contra de la opresión y de la tiranía. Nosotros quisiéramos examinar la cuestión con absoluta frialdad para que no se nos pueda tratar de sectarios; pero es tan brillante el resurgir de la Hija del Nilo, que aun siendo imparciales e incluso pretendiendo sentar plaza de ecuanímes, nuestro trabajo jamás podrá resultar híbrido porque no produzca el sabor acre del partidismo; la sola enunciación de los hechos bastará para emocionar al que leyere, y eso que nuestra pluma carece de pericia y galanura para expresar con la elocuencia que desearíamos cuanto en este lapso de tiempo viene ocurriendo en el luminoso país de Cleopatra.

¡En estos momentos Egipto posee todos los encantos posibles para los hombres modernos!... En el alma, arte; en el cerebro, la ambición, el deseo de conseguir un futuro que anhela toda la Humanidad. Tras los gritos de ¡Viva la revolución!, ¡Viva la huelga! y ¡Viva la independencia!, dados a plena luz, el silencio de la tarde purpúrea, de un rojo sol poniente que se deja mirar sin herir: el mismo sol que hace treinta y cuatro siglos alumbrara a los sacerdotes de Heliópolis, mostrando las recortadas siluetas de sus pirámides altivas y señeras; hiéaticas es-finges que albergan el pasado y otean seguras el porvenir.

Rogamos a todos los corresponsales que no lo hayan hecho aún, nos digan los ejemplares que deseen recibir del segundo volumen de ANTOLOGIA DE LA FELICIDAD CONYUGAL, titulado

LA COPULA

que aparecerá el 15 del actual mes de mayo

El fascismo y la Alianza Obrera



Higinio Noja Ruiz

EL culto que rinde el fascismo a la violencia no puede quedar encerrado en el angosto marco que forman las fronteras del país en que se entroniza como sistema de gobierno. De inmediato, cercena todos los derechos y suprime todas las libertades ciudadanas, haciendo del individuo un ente enteramente sometido al Estado. Nada respeta, ante nada se detiene, lo atropella todo como un vendaval desatado. Pero no tarda en presentarse como un peligro serio para los demás países. Ello explica, quizá, la enemiga que encuentra en los hombres de conciencia recta y espíritu liberal de todos los pueblos.

Cierto que no faltan razones de índole sentimental para protestar de esa entronización de la fuerza sin derecho que se alimenta de la violencia, se sostiene por la violencia y no atiende sino a las sugerencias de la voluntad de dominio. Por abroquelado que uno se halle contra las explosiones del sentimiento, no es posible permanezca indiferente ante el modo brutal con que se ha tratado a las personas en las naciones que han experimentado la desdicha y el bochorno de caer bajo las zarpas del fascismo. Como no es posible permanecer impasibles ante el odio de los fascistas contra todo lo que implica civilización y cultura. Pero hay otras razones para protestar de esa calamidad pública y alzarse contra ella. Es erróneo suponer que la cuestión sólo afecta a los pueblos que están siendo víctimas inmediatas y directas del experimento.

El fascismo es un peligro para todos los pueblos, incluso para aquellos que se consideran absolutamente inmunizados contra los avances de la barbarie y perfectamente garantidos contra su irrupción. Es un peligro cierto que difícilmente podremos soslayar, porque el fascismo, que es la opresión en el orden nacional, es la agresión y la guerra en el área internacional. Aunque no queramos, si los pueblos no lo evitan a tiempo, alzándose con soberano impulso para ver de dar a la civilización nuevas directrices, el fascismo nos llevará a no tardar, dando tumbos y vertiendo torrentes de sangre, por los ásperos y sombríos senderos de la guerra.

No hay exageración en este aserto. El fascismo, rabiosamente nacionalista, es en esencia imperialismo frenético. Tiene de internacionalista su carácter de defensor del capitalismo, mas para sus propósitos de dominio, para desviar la atención de las masas que oprime, de

los problemas internos, cultiva el nacionalismo y la patriotería y procura que toda la atención se concentre allende las fronteras. Esto, unido a la política de bravatas y al delirio armamentista, no puede desembocar lógicamente sino en la guerra, una guerra mucho más atroz y desastrosa que lo fué la de 1914-18.

No es, como opinan algunos, la belicosidad del fascismo una postura adoptada para dar sensación de fortaleza. Ya hemos visto su culto a la violencia y su odio a todo lo pacífico que, naturalmente, no es sino una derivación de dicho culto. Vamos a reseñar ahora, tomando frases de fascistas y filofascistas, de Alemania e Italia, de qué manera van preparando la nueva guerra, que probablemente destruirá la civilización de Occidente, si nosotros no evitamos la explosión dando a esa civilización un sentido nuevo.

Ya hemos dicho que el fascismo procura por todos los medios exaltar y mantener vivo en el individuo todo lo que late en él de más groseramente primitivo. Se cultiva en él el amor a las glorias efímeras de la fuerza y de la audacia, se le envenena dándole una falsa idea de la patria y se le inspira el odio al extranjero al mismo tiempo que se le hace ver la necesidad de guerrear y se presenta como la primera de las virtudes humanas el ejercicio del bárbaro arte de la guerra. Tan consustancial es esto al fascismo que, tanto los *camisas pardas* como los *camisas negras*, emplean el mismo lenguaje, los mismos métodos e iguales argumentos. Veámoslo:

Hablando de la nación alemana, el teórico nazi Franz Schanwecher, dice: «La nación goza de una comunión profunda y directa con Dios... Alemania está en el alma flamenca; Alemania está en las novelas de Cervantes; Alemania está en los dramas de Shakespeare. Alemania es el centro del mundo y el mundo no puede existir sin Alemania. Alemania es el reino de Dios.»

Ardengo Soffici, teórico fascista, refiriéndose a Italia, escribe: «La mayor humillación, después de aquella que consistía en tener que tolerar la presencia entre nosotros de artículos germanos que estaban de moda, y que ahora ha terminado felizmente, consiste en ver hoy a Europa a merced de la raza anglosajona. El venenos nosotros, los antiguos señores de todos los tiempos, Italia y Francia (especialmente Italia) manantiales eternos de sol y civilización, crea-

dores de ideas, formas y costumbres civiles —de todo lo que es grande y glorioso en el mundo— a remolque de grandes mediocridades y de salvajes apenas civilizados.»

En esencia, ambas citas son en un todo coincidentes y las dos se dirigen a la consecución de un mismo objetivo: la exaltación del nacionalismo y la patriotería. Pero, bueno es seguir copiando, para que el lector se convenza, no sólo de que el fascismo prepara perseverantemente la guerra, sino de que la identidad moral entre la svástica y el haz lictorio es completa.

Mussolini, que, según confesión propia y espontánea, es enemigo de todo lo que trascienda a pacifismo, en un discurso pronunciado en mayo de 1927, dijo: «Debemos estar dispuestos en cualquier instante para movilizar cinco millones de hombres y listos para encontrarnos en condiciones de armarlos; tenemos que fortalecer nuestra marina de guerra y también nuestra aviación, en la que creo más cada día, y que debe ser tan numerosa y tan poderosa que el estruendo de sus motores ahogue todo el ruido que se produzca en la península y la superficie de sus alas oculte el sol y oscurezca la tierra.»

No habrá nadie tan sumamente ingenuo que suponga que esto lo necesita el Duce para mantener la paz del mundo. Mas, por si lo hubiera, nos remitimos otra vez al propio Mussolini para que sus palabras nos saquen de dudas. «Somos —dice— cuarenta millones hacinados en una estrecha, pero adorable península... Existen alrededor de Italia países que tienen menos población que nosotros y un territorio doble del nuestro. De aquí se deduce, naturalmente, que el problema de la expansión italiana es un problema de vida o muerte para nuestra raza.»

Ahora se ve claro para qué necesita Italia poder movilizar y equipar en cualquier momento cinco millones de hombres; para qué debe fortalecer su marina de guerra, y para qué aspira a que el estruendo de los motores de sus aviones ahogue todo ruido en tanto que sus alas oculten el sol y ensombrezcan la tierra. Pero todavía se expresa con mayor claridad el teórico fascista Mario Carli, cuando dice: «El fascismo brotó de la guerra y en la guerra debe hallar su campo de acción. Nuestro país nada puede esperar, como no sea de una guerra.»

El lenguaje usado por los nazis es absolutamente idéntico al empleado por los fascistas italianos, como idénticos son los procedimientos puestos en vigor en Italia y Alemania como sistema de gobierno.

Del odio de los nacionalsocialistas alemanes al pacifismo nos habla el corresponsal en Berlín del *The Times*, en el párrafo que damos a continuación, y que apareció en el citado periódico el 11 de abril de 1933. Dice así:

«No es posible hacer demasiados comentarios sobre el proceso de limpieza que se lleva a cabo en Alemania y que va dirigido especialmente contra el pacifismo. Las objeciones de los nazis a los comunistas y otras personas que sienten simpatías por la izquierda se basan mucho menos en sus teorías sociales y económicas, con las cuales tiene mucho de común el lado socialista del nacionalsocialismo, que en su espíritu internacionalista y antibélico. Aunque se evidencia, tomando como guía sólo a la prensa

nazi, que en el movimiento antisemita hay algo que parece dictado por celos profesionales, especialmente en las profesiones médica y jurídica, los mismos nazis admiten que su objetivo principal consiste en *desarraigar* a los intelectuales judíos que se inclinan hacia el pacifismo y el internacionalismo. Este objetivo ha sido logrado ya casi por completo.»

Por su parte, Hitler no oculta sus propósitos de guerra, bien demostrados a través de toda su actuación pública. En *Mein Kampf* expresa claramente que «una alianza que no incluya entre sus propósitos la intención de la guerra es una cosa sin valor y sin sentido».

Los atláteres y lugartenientes de Hitler no se expresan a ese respecto con menos claridad Von Papen, siendo vicescanciller del Reich, en mayo de 1933, decía, filosofando pedestramente

«Ha dicho un filósofo que no es hombre quien no es padre; es mucho más cierto que no es mujer quien no es madre. El sostenimiento de la vida eterna exige el sacrificio del individuo. Las madres tienen que agotarse, a fin de dar vida a los hijos. Los padres deben batirse en el campo de batalla a fin de asegurar el futuro a sus hijos.»

Goering, señalado por psiquiatras y psicólogos de indiscutible autoridad científica como paranoico de la clase más peligrosa, decía ante las organizaciones de trabajadores nazis de Berlín en abril de 1933:

«El nacionalsocialismo representa el servicio que se presta en la periferia del Reich; el socialismo es el servicio que se presta a la nación en el interior. Cuando sesenta y cinco millones de personas viven, como ocurre en Alemania, en territorio reducido, es imposible tratar de resolver los problemas sociales, porque se empieza por carecer de las condiciones esenciales para la solución. La condición indispensable para intentar algo en este sentido consiste en construir la fuerza exterior, capaz de obtener el espacio necesario para la existencia del individuo y la nación como un todo.» (1).

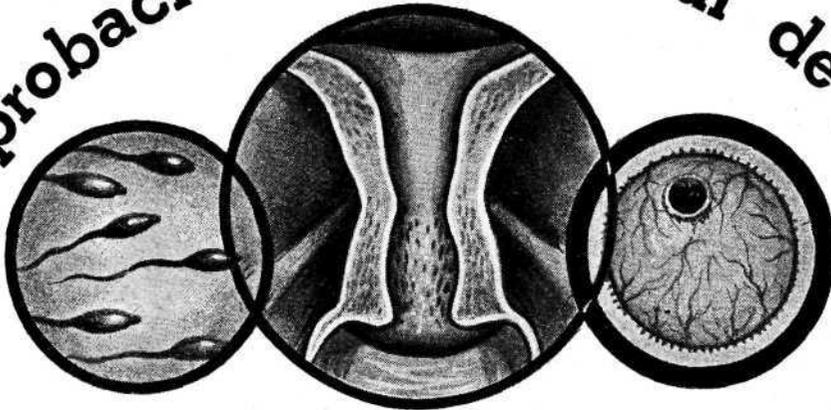
Como puede juzgarse, la identidad de lenguaje que responde a identidad de propósitos, no puede ser más completa. No nos explicamos en virtud de qué causas llegó a creer Emil Ludwig que Mussolini deseaba sinceramente la paz. La verdad es que tanto en Italia como en Alemania, lo que se viene preparando es la guerra. Claro que ésta no se producirá hasta que esos países no se consideren suficientemente preparados para embarcarse en la aventura con probabilidades de éxito. Pero se hará, de eso no puede haber la menor duda. Y se hará cuando menos se espere, sin previo aviso, pues como dice el teórico del nazismo Herr Schwarz van Berk, «la guerra que se avecina, por la conquista de espacio y trabajo, tendrá el carácter de una insurrección. Su preparación ha de llevarse a cabo en secreto y ha de estallar sin formalidades de ningún género».

Véase cómo el fascismo no es sólo una calamidad para los pueblos en que arraiga, sino un serio peligro para la paz del mundo y una amenaza para la civilización de Occidente. Su belicismo responde a la necesidad que impulsa a to-

(1) Estas notas han sido tomadas del libro *La amenaza del fascismo*, de John Strachey.

Comprobación experimental de los períodos de esterilidad fisiológica en la mujer

Dr. Isaac Puente



períodos de esterilidad fisiológica en la mujer

HASTA hoy asciende a cincuenta el número de lectores de ESTUDIOS que han tenido la atención de escribirme comunicándome el resultado de su experimentación de este método anticoncepcional. Tengo, además, referencia de una docena más de casos, aparte la mía personal. Reconozco que no son suficientes aún para obtener deducciones rigurosamente científicas, las que precisan una experimentación más densa y más prolongada. Las experimentaciones se han proseguido en un tiempo variable, nunca mayor de tres años, pues aunque el método ha sido precisado desde hace más tiempo, su difusión entre los lectores de esta Revista es reciente.

Para juzgar del método, me atengo exclusivamente a esta información directa, ya que en la que se puede obtener de otras fuentes hay para todos los gustos, y al lado de estadísticas favo-

dos los dictadores a desviar la atención de las masas hacia el exterior para que no vean las miserias internas que padecen y no se preocupen de buscarles remedio. De otra parte, hay también la esperanza de que el capitalismo salga favorecido de la brutal contienda, y el fascismo, su defensor incondicional, no dejará de ofrecerle esa oportunidad.

Nos llevarán a la guerra del mismo modo que intentan hacernos retroceder a golpes de látigo hacia los tiempos más sombríos de la Edad Media. Nos llevarán si los trabajadores, los hombres de espíritu liberal, los amantes de la paz, fuente de todo progreso, no lo evitamos luchando de común acuerdo contra ese peligro cierto.

Luchar contra el fascio no sólo es luchar contra la barbarie y en favor de la libertad y el derecho, sino que es también romper una lanza en defensa de la paz que el belicismo fascista está haciendo imposible.

rables se pueden presentar otras que lo desacreditan, como la citada por Pierre Ramus, uno de los más apasionados detractores del procedimiento anticoncepcional.

En el artículo anterior expuse las tres condiciones que deben coincidir para que tenga lugar el embarazo. Las tres dependen de la mujer, y las tres tienen relación con las modificaciones periódicas que se operan en su aparato genital. Estas son:

1.^a Que el espermatozoide depositado en la vagina pueda penetrar en los genitales internos, para llegar hasta el óvulo, al que necesariamente debe encontrar antes de que haya penetrado en el tercio medio de las trompas. Existencia del tapón mucoso.

2.^a Que en los tres días siguientes a la penetración de los espermatozoides exista un óvulo maduro; y

3.^a Que el óvulo fecundado encuentre en la matriz condiciones propicias para anidar y para producir por este hecho la supresión de la menstruación.

La primera condición se produce normalmente en días fijos, durando unos ocho días. Por regla general, entre el octavo y el décimoséptimo día, para un ciclo menstrual de veintiocho, contando desde el primero en que aparecen las reglas y hasta que vuelven a presentarse.

La segunda condición, que normalmente suele producirse entre el duodécimo y el decimo-cuarto día, está sujeta a variaciones individuales, y, sobre todo, patológicas o contingentes (como la cópula), por lo cual, actualmente, no se le concede periodicidad, ni presentación única para cada ciclo, ni fijeza en días determinados.

La tercera condición, la más regular y comprobable de todas, no ha sido determinada de un modo experimental. Sobre ella puede decirse que, siendo la menstruación independiente de la ovulación, y teniendo lugar de un modo regular y con periodicidad fija para cada mu-

jer, ha de interrumpirse para facilitar la vida del óvulo fecundado; y para que el estímulo del anidamiento ovular detenga la descamación y el flujo sanguíneo que va a producirse, es menester que tenga lugar con la debida prelación al hecho fisiológico, so pena de ser arrastrado al exterior por el flujo menstrual.

De la necesidad de que estas tres condiciones coincidan para que un embarazo se produzca, se deduce que existen días favorables a la fecundación y a la gestación, y días estériles o desfavorables. Para que esta noción de esterilidad fisiológica pueda tener aplicaciones prácticas es menester que pueda precisarse de un modo general o particular los días del período intermenstrual en que tal coincidencia es mínima. En el estado actual de la cuestión puede sentarse como regla general que los diez días anteriores a la aparición del flujo menstrual son los más estériles, y los ocho anteriores a estos diez, los más fecundos. Esto es lo que resulta comprobado en las informaciones que me han sido suministradas, y es lo que puedo deducir de mi propia experiencia.

Dada la frecuencia con que se observan irregularidades menstruales y la abundancia de mujeres con anormalidad genital, como resultado de una vida sexual accidentada, no son de extrañar anormalidades patológicas en la periodicidad y tiempo de presentarse las condiciones propicias a la gestación, y, por lo tanto, hay que tener en cuenta un porcentaje de errores y de fracasos en la práctica del método anticoncepcional, fundado en el aprovechamiento de los momentos de esterilidad fisiológica.

Los fracasos tienen importancia aleccionadora cuando ocurren en mujeres que reglan con periodicidad regular e invariable, especialmente si lo hacen cada veintiocho días y si se trata de mujeres predispuestas a la fecundidad, ya que no todas lo son en la misma medida, pues aparte de las tres condiciones enumeradas, la fecundidad es determinada por circunstancias constitucionales, endocrinas y alimenticias. (Se ha descrito una vitamina determinante de la fecundidad.)

Los cincuenta casos de experimentación del método que me han sido comunicados por lectores de ESTUDIOS, se dividen así: cuarenta con éxito, en plazos de tiempo que varían de cuatro meses a tres años; diez casos con fracaso, después de un tiempo de éxito variable, no mayor de un año. Estos fracasos han tenido lugar, dos veces, por coito en el octavo día, y otros dos, en el séptimo. En otros dos, el fracaso ha coincidido con ciclos irregulares de veinticinco a treinta y un días y de veintiséis a treinta y cuatro. Los demás no me han dado referencias tan precisas.

Tres, que se me han comunicado como fracasos, no son tales, sino, por el contrario, una confirmación del método.

J. D., de Treceño, tuvo un fracaso, por coito en el quinto día después de la menstruación, o

sea en el octavo o noveno, según que el flujo durara tres o cuatro días (pues no lo explica). La duración del ciclo fué de veinticuatro a veinticinco días, y, por lo tanto, en período de fecundidad.

M. C., de Vigo se refiere a un embarazo, por coito en el undécimo día.

J. J. L., de Zarauz, atribuye el embarazo a rotura de preservativo, en el décimocuarto día.

Me han sido comunicados, además, cinco casos en que la fecundación ha podido ser fijada exactamente, o producida a voluntad, en los días que se consideran como especialmente fecundos, o sea entre duodécimo y el décimosexto del ciclo. A este respecto, son de interés los tres casos que me refiere el compañero F. A., de Rosas (Gerona). Una prima suya se casó el 28 de julio de 1934, teniendo al día siguiente su período menstrual, y dando a luz el 18 de mayo de 1935. Entre la fecha de la última menstruación y el día del parto existen 293 días, y, dada la duración del embarazo de 280 días, resulta que la fecundación se produjo el día décimo tercero del ciclo. Una amiga tuvo sus últimas reglas el día 28 de marzo de 1935, dando a luz el 15 de enero de 1936, quedando entre ambas fechas el mismo número de días que el anterior. En su compañera ocurrieron las últimas reglas el 11 de abril de 1935, y el parto, el 25 de enero de 1936; quedan 290 días, y, por lo tanto, la fecundación parece haber ocurrido el día décimo del ciclo.

Sería demasiado pesado el citar, uno a uno los casos de éxito de que tengo referencia detallada directa, lo que llevaré a cabo en otra ocasión.

Daré fin a este artículo, transcribiendo parte de la carta del compañero J. H., de Velzic, Departamento de Cantas (Francia), condenatorio del método:

«Antes de haber leído en nuestras revistas relativa a los estudios de Knaus y Ogino encontré en el periódico más burgués de Francia esta propaganda anticoncepcional. Este periódico se llama *Gringoire*, propiedad de Chiappe. Antes de esto, ya había practicado los consejos de Hardy. No obstante, me decidí a comprar el periódico y un libro explicativo del método. Al cabo de algún tiempo de practicarlos comprobé que había sido víctima de una banda de embusteros. De esto hace más de un año. Luego leí el artículo de Pierre Ramus, y por sus artículos y por mi experiencia, puedo justificarle que el procedimiento Knaus-Ogino es una de las más grandes mentiras puestas al servicio del capital.»

No caeré en la ligereza de juicio de afirmar que sea un método infalible, aunque tengo una experiencia más amplia que la personal. Creo que es pecar de sectarismo y de simplicidad e suponer al método un oculto designio de estafar al anticoncepcionismo, que no está desarmado contra los fracasos, y cuyo descrédito, de ser sólo un timo, no tardaría en evidenciarse.

LA COPULA - Por el Dr. Van de Velde

Segundo volumen de ANTOLOGIA DE LA FELICIDAD CONYUGAL.

No deje de leerlo. Le proporcionará conocimientos de gran valía para su felicidad sexual.

Pídase en los puestos de venta de ESTUDIOS.

UNA PESETA EJEMPLAR

Los retrógrados



EL país no ofrecía a la mirada ningún aspecto notable, y Psicodoro caminaba indiferente. Pero, en una calle de aquel pueblo, su corazón se sintió repentinamente emocionado a la vista de una mujer. ¡Se parecía tanto a la bien amada perdida!... Era semejante hasta hacer creer en la ilusión. ¿Acaso no era aquélla, resucitada y más joven que jamás la conociera, Athenatima en persona?

Se detuvo y la contempló largamente. De pronto se estremió, ya que, en tanto su razón proclamaba en alta voz que constituía locura toda esperanza, su corazón, en voz baja, esperaba.

Cada vez más tembloroso se dirigió hacia la emocionante aparición, diciendo:

—Mujer, ¿eres acaso aquella a quien amo?

Ella contestó:

—No comprendo qué quieres decirme.

Sin embargo ella era griega y hablaba el griego puro de Atenas. Y la dulce voz que respondía era la misma de Athenatima. La ingenua sonrisa de los labios entreabiertos hizo despertar en Psicodoro profundos recuerdos que, para manifestarse, removían, cual cadáveres amontonados, inúmeros recuerdos más recientes.

Miró, con un extraño deseo de llorar, a aquella muchacha cuya juventud armoniosa vacilaba aún entre las gracias del efebo y las partenianas.

—¡Pícaro! —dijo él—, eres suficiente bella para comprender el significado de la palabra amor, aun sin que quien se dirige a ti lo pronuncie.

Pero ella, a la que pareció oprimir repentina angustia, exclamó:

—¿Por qué te burlas de una pobre anciana? ¿Y qué podrían amar los hombres en una miserable mujer que pasó ya por la edad de ser «tumba»?

El repitió como un eco:

—¡La edad de ser tumba!

Pues era él, en aquel instante, quien no comprendía.

Sólo una cosa le era evidente: que había ocasionado un pesar. La muchacha que se calificaba a sí misma de vieja, lloraba. Y pensó: «Está loca». E intentó consolarla torpemente.

Ella, a través de sus lágrimas, le examinó. Su

mirada recorría ávidamente la faz del extranjero, como una mirada de amor o de curiosidad. Poco a poco un espectáculo, para ella absolutamente nuevo e increíble, aunque presente, la interesaba hasta hacerle olvidar su pena. Y sus ojos, como su sonrisa, se dilataban como si se hallase ante algo inaudito.

—Extraña mujer —dijo Psicodoro—, te pareces a Athenatima en flor y te asemejas, también, a Aristóteles frente a los animales y plantas que le enviaba de lejanas tierras su discípulo Alejandro.

—¡Hombre extraño! ¡Hombre único! —respondió la muchacha.

Pasado un silencio inquisitivo, ella añadió, de manera neta y decisiva, esta tercera exclamación:

—¡Hombre retrógrado!

Luego, cogiéndole del brazo:

—¿Por qué va a decir que estoy loca?

—Pero tú —interrogó él, excesivamente admirado para protestar—, ¿cómo sabes que iba a llamarte loca?

Ella le miró con creciente curiosidad. Luego dijo:

—Es cierto, extraño Psicodoro, que tú no sabes de antemano lo que te van a decir. Los ojos de tu alma, dirigidos hacia atrás, no leen siquiera tus emociones de mañana.

Quizá un momento antes las palabras de la muchacha tenían algún sentido para Psicodoro. Pero en este instante no eran sino sonidos vagos que el oído de Psicodoro, como sirvienta intimidada, no se atrevía a trasladar al cerebro. Ya que éste se hallaba muy preocupado por las primeras palabras.

—Si no eres Athenatima —dijo el filósofo—, ¿cómo sabes que me llamo Psicodoro?

—Es que te oí decir, en un próximo porvenir: «Me llamo Psicodoro».

—¿Cómo puedes oír el porvenir?

—Y tú, ¿cómo puedes oír el pasado?

Pero ella repuso, dulce como la piedad personificada:

—Hago mal en atormentar la debilidad de tu espíritu, pues oigo, en porvenires más o menos lejanos, las palabras que dirás para revelarme. Te oigo asimismo afirmar que los hombres de

tu país están constituidos sin excepción exactamente como tú. Añades que viajas desde hace años y que jamás has visto personas cual nosotros, personas —y repites entre vacilaciones y repugnancias la única palabra definidora— retrógradas.

«Sabe, pues, ¡oh Psicodoro!, la vida en mi país, la vida de los seres armoniosos que caminan hacia adelante, con los ojos fijos en el camino que van a hacer y precedidos de su espíritu como de una antorcha.

»Te crees un ser vivo y me pareces pesadamente real. Sin embargo, solamente puedes ser un fantasma, puesto que estás hecho de pasado, como el tejido de algunos de nuestros sueños; tú que, vuelto hacia el lado de lo que no existe ya, caminas hacia atrás, eres forzosamente un fantasma, puesto que, ¡oh increíble maravilla!, te diriges hacia la pira y la urna del nacimiento.

»Creo ahora comprender cosas consoladoras. Eres, sin duda, lo que nosotros habremos de ser después de la muerte. Cuando el sol se esconde bajo la Tierra, en lugar de estar dormido y descansando, veo que se mueve y camina, triste y fantasmal, a través de extraños desiertos para volver a la gloria del Oriente. Tú eres, ¡oh Psicodoro!, el sol muerto, el alma muerta. Eres la noche que regresa, vacilante, hacia el día. Ya que —me lo afirmarás ahora mismo y tus palabras serán verídicas— debes entrar, convertido en cenizas, en la urna del nacimiento.

»Regocíjate, Psicodoro, las urnas se han hecho para abrirse y las cenizas esparcidas sobre las hogueras adquieren vida entre las llamas. Sin duda alguna tu alma llegará a ser semejante a la de los hombres que se detienen a mi alrededor, acuciados por la curiosidad de ver un retrógrado, un fantasma tejido con pasado, melancolía y pesar.

»Pero me callo, Psicodoro, para que puedas expresar las palabras que quieres decir. Tu ignorancia te hace mover la cabeza. Llamas inútil a lo que es inevitable. Es absolutamente necesario que no seas realmente un sueño y que hagas las preguntas a que ya he contestado, ya que, en un porvenir que cada instante se convierte en presente, las he oído ya.»

Psicodoro, en efecto, como en un sueño de locura, sintió cómo su lengua, a pesar suyo, se movía obedeciendo, no a la baja lógica utilitaria del hombre, sino a la lógica soberana que ata con nobles lazos todas las necesidades.

Ante el conjunto de seres vivos que caminaban hacia un porvenir de luz, explicó Psicodoro la pobre vida tanteante de los hombres que conocía; la vida de aquellos hombres que, entre choques y caídas, caminan en una noche constante llevando su antorcha tras sí.

Permaneció un tiempo en este país. Asistió a algunos nacimientos. Vió abrir las urnas y esparcir sobre las llamas odoríferas cenizas inertes. Cuando las llamas se extinguían, aparecía, ora lo que sus tenaces costumbres llamaban un niño, ora lo que él llamaba un hombre, y, casi siempre, un anciano. Pero los cabellos blancos se convertían en negros y luego rubios. El cuerpo encorvado se erguía luego y, finalmente, disminuía. El hombre, a veces, al

principio sin familia, llegaba a tener, más tarde, aparecidos en hogueras sucesivas, hermanos y hermanas. Una mujer que hubiese llegado antes que él a esta extraña vida, cuidaba su vejez semejante a las infancias conocidas por Psicodoro. El anciano de forma pueril manifestaba a su cuidadora ternuras mezcladas de temores y repugnancias. En sus besos acompañados de lágrimas la llamaba, no «mi madre», sino «mi tumba». Un día llegaba en que el ser así nacido perdía el uso de la palabra, no podía andar y tal vez, dejaba de pensar. Venía a ser, entonces, en brazos de su «tumba», una cosa móvil y llorona. Carecía de dientes para masticar el pan de los fuertes; sin embargo la «tumba» le nutría con leche generosa. Por fin acababa por perder hasta el débil vigor necesario para esta vida vegetativa casi, y, como el grano sembrado en la tierra roturada, se refugiaba en el seno de su nodriza dolorida. Durante algunos meses, «la tumba» debía caminar con un bulto molesto en el abdomen, realmente «embarazada». Pero poco a poco, el «muerto» iba disminuyendo en tamaño hasta desaparecer totalmente, sin dejar rastro.

Sin duda —así, por lo menos, parecía haberlo creído la joven— el desaparecido quedaba solamente desterrado. Debía convertirse, en otra parte, en un hombre semejante a Psicodoro Saldría de algún otro vientre de mujer para ir, a través de una vida cada vez más consciente hacia la hoguera y la urna.

• • •

Creviendo Psicodoro que ya había visto todo cuanto era digno de verse en tal país quiso ausentarse. Atravesó por última vez las calles de la urbe. Pensaba, pletórico de esperanza, en una fábula que referían los egipcios. Y se la recitaba a sí mismo a media voz:

—¡Oh hombres, oh fénix!... Athenatima y Psicodoro, ¿serían acaso un par de fénix que debían renacer y hallarse de nuevo para vivir un nuevo amor en una vida que marchase al mismo compás y en idéntico sentido?

En este instante encontró a la muchacha con quien habló por primera vez, la cual se había convertido en una niña. Se sentó en un portal, tomó entre sus brazos a la chiquilla anciana de gracias pueriles y le dijo:

—Niña que lees el porvenir, dime, ¿no es cierto que después de la tumba existe otro nacimiento? Dime qué es lo que ves al otro lado de la tumba.

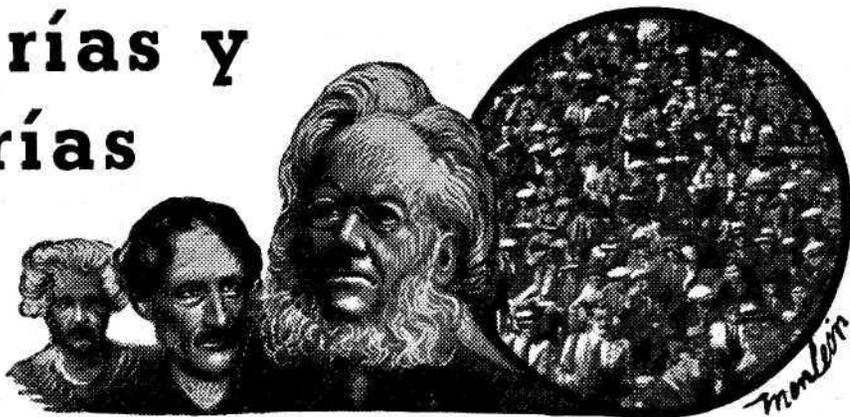
Ella, con lenguaje incorrecto, balbuciente y ceceante musitó unas palabras ininteligibles. Miró al filósofo con ojos ingenuos muy abiertos. Luego sus miradas parecieron fijarse en lo invisible. Por fin balbució:

—La tumba... es un muro... Y no podemos ver lo que hay detrás de las paredes.

**ESTE NUMERO
HA SIDO VISADO
POR LA CENSURA**

Mayorías y minorías

Gaston Leval



CONFIÉSENLO o no, la mayor parte de los hombres que se elevan por encima de su propia condición, de sus propios intereses materiales para ocuparse de los grandes problemas de la especie humana, de los misterios de la vida terrestre y cósmica, para crear en arte, trazar normas morales más nobles y luchar por su triunfo, sienten en sí mismos, cualquiera que sea la escuela a que pertenezcan, una indiscutible superioridad sobre el conjunto de sus semejantes.

El gran número no se desprende, en efecto, de la chatura en que se desenvuelve su vida. Comer, beber, dormir, reproducirse, divertirse sin elevación, he aquí las actividades predominantes en el rebaño humano. Excepcionalmente éste va más allá. Con frecuencia lapida al apóstol. Con frecuencia también los luchadores enmascarados sienten solidariamente la triste soledad que les hermana y les hace tan semejantes en su aislamiento.

En toda la historia han existido los hombres cumbres, según la gráfica expresión española. Los genios atormentados que sondearon todo; Lao Tsé o Platón, Aristóteles o Zenón, Homero, Fidas, Shakespeare y Cervantes, Descartes, Vinicio Morse, Kropotkin y Einstein. Minorías inquietas superiores al nivel común de sus contemporáneos señalaron siempre sendas nuevas, enseñaron siempre verdades inéditas.

Negar lo es negar lo evidente. Quien se beneficia al adular a las masas puede hacerlo. Pero mantiene a esas masas en la ignorancia, en la degradante sumisión. Quien les dice la verdad tiende, en cambio, a incitarlas a elevarse, a superarse, a alcanzar permanentemente las cimas de la dignidad.

Concepto de las masas.—Este lenguaje veraz no significa, ni con mucho, aversión o desprecio a las masas. Preténdalo quien se beneficia del equívoco y del engaño. La historia nos dice que casi siempre el conjunto de los pueblos ha dormido. Bien saben los militantes obreros integrantes de las masas en sentido económico, moralmente desprendidos de ellas, los estériles años de prédica y esfuerzos para movilizar a las legiones de la ciudad y del campo. Años, cuando no decenios.

Pero las masas no son irredimibles. Esto es lo esencial. Quedan sumidas en el error, la miseria y la humillación a consecuencia de su misma

esclavitud, de su misma miseria. Bastarían algunas generaciones formadas en el bienestar y la libertad para que la mayor parte de sus componentes se trocasen en individualidades verdaderas, como es frecuente encontrar entre ciertas tribus o razas primitivas educadas en general igualdad de condiciones en la porfía contra la Naturaleza.

Las masas son, pues, en su estado gregario común, un producto más artificial que natural y todas las posibilidades buenas no son inexistentes en ellas. Hallamos en su vida, sus costumbres, sus actividades generales bases firmísimas de sociabilidad y de civilidad. Las instituciones de apoyo mutuo creadas en todas las épocas, que señalan los derroteros del porvenir, fueron y son su obra.

Las minorías pueden crear en lo abstracto; investigar y descubrir en la ciencia; innovar en el arte; pueden anticiparse por centurias en una multitud de cosas. Las masas, sin caminar tan aprisa, nos retienen a los conceptos y los hechos terrenales, al *humus* fecundo de la vida total. Desconocer su obra a lo largo de la historia, es transformar a ésta en una fantasmagoría.

Es así como tienen sus sobresaltos que no fueron suficientemente valorados por el intelectualismo egocéntrico. Estos sobresaltos son, sobre todo, las revoluciones. En éstas, las facultades creadoras de las masas se multiplican y exaltan. Al prolongado letargo durante el cual fué asimilada, consciente o inconscientemente, inadvertidamente o no, parte de la prédica progresiva, sucede el despertar en el cual se da nuevo impulso a la historia. Entonces, de un solo salto, la sociedad progresa por siglos.

Concepto de las minorías.—Pero esto es, en gran parte, fruto de la siembra de ideas hecha durante el letargo por las minorías inquietas. Proudhon y Bakunin, con sus pocos, pero buenos amigos —sobre todo los tuvo el segundo—, crearon el movimiento libertario; Marx y Engels, con Thompson, Considerant y otros que les sirvieron de modelo, crearon el socialismo llamado científico. Se inspiraron también en Hegel y Feuerbach, no en las masas.

Tal es, en síntesis, el papel de las minorías: ser la sal, la levadura de la historia. Su misión consiste, ante todo, en cuanto a sociología, en dar a los pueblos conciencia de su valer y de su poder. Impulsando unas veces soluciones nuevas;

enseñando, sistematizando otras, prácticas que, universalizadas, transformarían en edén un mundo donde reinan los zarpazos innumerables.

Las minorías existen, por ahora; son un hecho. Todo hombre que se esfuerza por hacer entender a sus hermanos una verdad que no comprenden, para hacerles adoptar una actitud más categórica en pos de realizaciones superiores, se adelanta a ellos, quiéralo o no. Pero esto no da al más pronto despertado derecho de pisotear a los dormidos. La minoría aristocrática que adopta esta actitud evidencia no haber salido aún de la masa. Porque no la ha superado. Al contrario, está en un nivel inferior, pues no cumple, como ella, un papel útil, no se entrega a la fecunda labor diaria que nutre a la especie. Es la parte peor, es la submasa.

Idénticamente en los movimientos políticos de la historia, los hombres que se encaraman sobre los pueblos so pretexto de dirigirlos por ser inconscientes; los numerosos audaces que se erigen en mentores, con el secreto fin de satisfacer su vanidad o sus apetitos, constituyen no la *élite*, sino el bajo fondo de las masas a las que explotan en nombre de su redención.

Sólo pueden considerarse superior a ellas los que piensan y meditan, no los vociferadores; los que obedecen al impulso de su corazón henchido de amor, no de sus rudimentarios instintos; los que ven, por encima de sí mismos, y que sienten agitarse en sí los problemas de la especie, no los ególatras; los que viven la inquietud eterna del momento fundido en la eternidad, del lugar de residencia, plataforma de la contemplación cósmica, del infinitamente pequeño al universo gigantesco que repercute y vibra en lo íntimo del alma.

Lo demás es pululación de gusanos o vuelo de buitres.

Mayorías y minorías en la revolución.—

Actualiza la dilucidación de este problema las posibilidades de transformación social a que España está abocada.

¿Cuál ha de ser el papel de las mayorías?
¿Cuál ha de ser el papel de las minorías?

Los valores contradictorios de las primeras dieron origen a opiniones también contradictorias de los libertarios. Queriendo libertar a las masas y no ser ungidos por ellas en los pináculos del Poder, y no hacer de ellas simple grey electoral o carne de dictadura, los anarquistas les han dicho muchas veces crudas verdades sobre su inconsciencia y su cobardía. Pero simultáneamente, comprendiendo todo su valor intrínseco, han defendido su causa frente a los explotadores de toda laya. Han procurado sacudirlos; les han echado en cara sus defectos para incitarlos a corregirse. Han sufrido de su insensibilidad y han maldecido.

Otros, en cambio, las han adulado siempre. Son los que precisaban sus hombros para izarse al poder en las contiendas de los partidos parlamentarios. Fueron los dictadores hábiles. Son hoy también los que necesitan de ese mismo punto de apoyo para desempeñar su futuro papel de mandones infalibles.

Escuchad cómo siguen, sirenas del siglo xx, pero viejas ediciones de sirenas tiránicas anteriores, adudanlo, adulando, adulando. ¡Dictadura del proletariado, dictadura del proletariado, dictadura del proletariado! A fuerza de tanto

repetirlo, acaban por convencer a las masas que, hecha la revolución, ellas forjarán por sus medios un mundo de justicia y libertad.

Pero quien ha estudiado un poco actuaciones, doctrinas y programas, sabe que no mandará el proletariado, sino una fracción ínfima de él, el Partido dictatorial; que, dentro del Partido, otra fracción se impondrá, se impone ya a las otras por todas las tretas de la política autoritaria; que dentro de esta fracción un grupito tendrá la dirección y, dentro de este grupo, un hombre, con su policía especial, un dictador supremo, al cual todos sin excepción deberán acatamiento ciego.

La minoría que utiliza semejantes engaños; esos aspirantes a dictadores nacionales y a dictadorzuelos locales, que para conseguir sus anhelos desfiguran en tal grado la verdad, no constituyen, ni por asomo, una *élite superior*; salvo excepciones impotentes, son también un aspecto de las más bajas emanaciones de las masas. Colócanse ellas también en actitudes aristocráticas. Desprecian, en el fondo, a esos peldaños humanos, a esa carne de experimentación. Créense superiores, como la aristocracia. Un mismo espíritu alienta al superhombre nietzscheano que reclama un látigo para el pueblo y al dictador.

Las minorías verdaderamente selectas son las que antes y después de la revolución siguen iluminando los caminos; los hombres cumbres son los hombres faros, no los hombres lobos o perros. No los hombres de presa. Estos son subhombres, aun cuando se revistan mañosamente del manto apostólico.

En el período que ha de ser decisivo, invitamos a las personalidades ganosas de ser útiles, y convencidas de poderlo ser por haberse adelantado mental, cultural, científicamente al conjunto de los restantes hombres, a desempeñar ese papel noble, fuente de una verdadera estimación de sí mismo. A ser colaboradores, no jefes; guías, no amos. A ayudar como técnicos, como inteligencias despiertas y previsoras. A fundirse con las masas sin perder su personalidad adultánolas ni aplaudiendo sus errores.

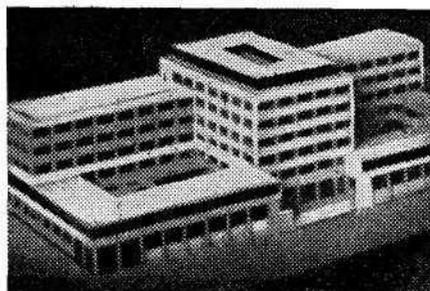
A incitar a esas masas a dejar de serlo. A instigarlas en perseverar en el primer arranque para construir por ellas y para ellas el nuevo orden del amplio socialismo. Del socialismo sin castas, sin capas, sin primera, segunda y tercera clase, como tienen hoy, cual símbolo de todo un régimen, los trenes de Rusia. Del socialismo que tienda a hacer desaparecer las diferencias entre mayorías y minorías, elevando las primeras hacia las segundas mediante la inmediata práctica de la dignidad colectiva, de la responsabilidad y la libertad de todos.

Le proporcionará utilísimos conocimientos de inapreciable valor, la ANTOLOGIA DE LA FELICIDAD CONYUGAL. Debe adquirir estos libros, que harán de su hogar un nido de felicidad amorosa y desterrarán para siempre las inquietudes derivadas de la inarmonía sexual.

Precio, UNA peseta.



Grandezas y miserias de las urbes



Luis Hernández Alfonso

Impresión

CUANDO entramos por vez primera en una ciudad nos impresionan sus plazas, sus paseos, sus grandes edificios. Deambulamos por las vías céntricas, frecuentamos los mejores cafés, concurrimos a los teatros... y cuando abandonamos la población y regresamos a nuestra residencia habitual solemos decir que conocemos una ciudad más. Nos engañamos; hemos visto lo que nos han querido enseñar. La vanidad de nuestros amigos ha hurtado a nuestro conocimiento el espectáculo doloroso de los suburbios. Hemos visto las calles amplias y los edificios suntuosos; no las encrucijadas ni los chamizos. Búscase, a toda costa, que el visitante reciba impresión grata. Y así ocurre no pocas veces que haya quienes juzguen a Londres, por la City; a Nueva York, por la Quinta Avenida; a Roma, por el Vittoriale; a París, por los Campos Eliseos; a Berlín, por la Wilhelmstrasse; a Viena, por el Prater, etc. Megalomanía semejante a la infantil inclinación al encomio de los juguetes propios en menoscabo de los ajenos. En nuestro país, como en todos, las ciudades se muestran orgullosas de sus perspectivas modernas: Madrid ostenta su Gran Vía, sus calles de Alcalá, Goya, Príncipe de Vergara, Francisco Giner...; Barcelona, sus Ramblas, Plaza de Cataluña...; Valencia, su Plaza de Castelar, su Gran Vía; Zaragoza, su Coso, su Plaza de la Independencia, su Cabezo de Buena Vista; Bilbao, su Plaza Elíptica, su Arenal; Gijón, su Calle Corrida y su Avenida de Rufo Rendueles; La Coruña y El Ferrol, sus Cantones; Oviedo, su Parque... y así sucesivamente.

Lejos de las miradas inquisitivas, ávidas de conocer de los visitantes, se quedan los barrios miserables, en los que se amontonan los seres famélicos, no sólo olvidados por la fortuna, sino ultrajados por ella en un contraste de lujo y pobreza terriblemente injusto, fomentador de explicables odios. Cuando caminamos, acompañados por amables cicerones a lo largo de un hermoso paseo, no sabemos qué tal vez nos bastaría andar quince metros a derecha o izquierda para descubrir, junto al esplendor de la urbe moderna, el rincón maloliente y sucio de un barrio paupérrimo, cuyas viviendas proveen abundantemente a prostíbulos, hospitales y prisiones.

Contrastes. — Sin necesidad de recordar el Whitechapel londinense, ni la ya casi extinta *bandieu* parisiense, podemos comprobar la exis-

tencia de esos contrastes urbanos. En Madrid, junto a la Gran Vía, ornada de amplios y monumentales edificios, iluminada por la noche con centenares de anuncios rojos, azules, blancos, verdes..., hay callejuelas oscuras, formadas por casuchas inmundas, por cuyas desvencijadas escaleras se sube a lamentables burdeles. De ellas salen las tristes sacerdotisas del mentido culto a Venus, y llegan a la moderna calle en busca de clientes, como los pescadores se aventuran al mar libre para regresar después a su refugio de la costa. Encrucijadas apenas conocidas por los que nunca *salen a pie*; envueltas en la penumbra favorable al amor mercenario y a los desafiados de chulos y hampones.



A la espalda de estos grandes edificios, construcciones suntuosas, se hallan las callejuelas inmundas, campo de acción del amor mercenario.

Los privilegiados, los que pasean en lujosos automóviles el necio orgullo de su dinero (precio, no pocas veces, de su indignidad, su crimen y su falta de escrúpulos) no ven ese aspecto de la ciudad; no conocen —o no quieren conocer— esa llaga en cuya formación y pervivencia tanta responsabilidad les cabe. Porque para que ellos triunfen y gocen de los placeres que su posición social les proporciona, es preciso que otros seres, con iguales derechos a la vida que ellos, arrastren una existencia miserable y sin horizontes.

Paradoja de la ciudad.—Los arquitectos municipales de las grandes urbes proyectan reformas, casi siempre monumentales; se trazan amplias vías que, cruzando distritos viejos y sucios, encauzan la circulación entre edificios enormes, majestuosos, detrás de los cuales quedan ocultas las zahurdas donde vegetan los desheredados. Todas las ciudades pueden atravesarse en cualquier sentido por calles decorosas; y los visitantes ingenuos, los viajeros ilustres y los turistas de agencia y *autocar* adquieren el convencimiento de que la población visitada es un modelo de higiene y un ejemplo de urbanización.

Mas en lo que se hace de mayor fuerza la paradoja es en el desarrollo paralelo del lujo y la miseria en las urbes. Cada nuevo paseo, cada edificio suntuoso, comprime a la población de los barrios pobres, la condena en menor espacio o la arroja a las afueras, lejos de los centros vitales urbanos, determinando el surgimiento de chozas apenas habitables o cuevas en solares y desmontes.

Teóricamente, los beneficios de la reforma son inmensos para la ciudad. Los técnicos, planteando el problema de manera arbitraria, dan a cada uno de los términos del mismo un valor divorciado de la realidad. Según ellos, se higieniza la población, sustituyendo el dédalo de infectas calles y las vetustas y hediondas casucas por grandes vías y edificios técnicamente irreprochables. Pero no dicen que en esas vías y en esos inmuebles no pueden hallar acomodo sino los potentados, las empresas potentes, los comercios lujosos, las bancas, los círculos aristocráticos.

Tampoco dicen que los humildes habitantes de las zahurdas destruidas han de refugiarse en las que aun quedan en pie. En las nuevas construcciones las tarifas de alquiler son prohibitivas, inaccesibles para quienes sólo cuentan con



En las escalerillas de la ciudad vieja, a pocos metros de las modernas vías duermen los que carecen de hogar.

el mezquino jornal o el mísero sueldo para sustentarse.

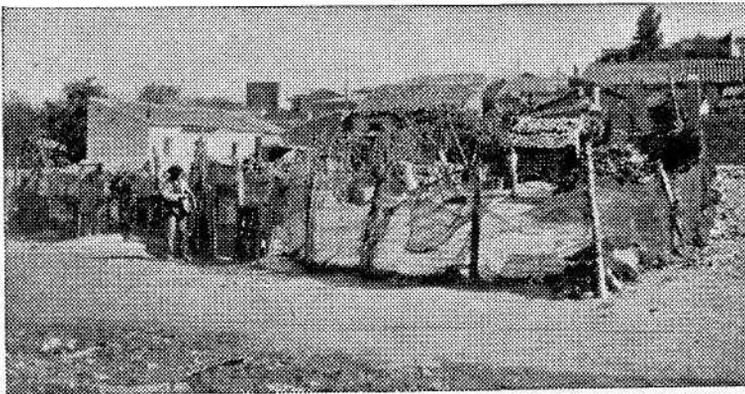
Cierto que las casas infectas eran antihigiénicas, inaceptables desde los puntos de vista sanitario y estético; pero también es cierto que, por ser viejas y malas, costaban menos que las más baratas que ahora se construyen. El dilema es éste: o privarse de comida para vivir en nueva finca, o cobijarse en chavolas lejanas, en las que la higiene y la pulcritud son prácticamente imposibles.

La higiene y el lucro.—Además de cuanto antecede debemos tener en cuenta si, en efecto, los inmuebles que, para viviendas, se construyen gozan de las condiciones higiénicas apetecibles. Gran parte de los cuartos se hallan privados de luz; unos, por estar situados en sótanos; otros, por recaer a patios minúsculos. Constan de tan escasas piezas que es problema de difícilísima solución instalar en ellos a familias medianamente numerosas. Las habitaciones son reducidas hasta lo inverosímil; no cabe en ellas el más indispensable mobiliario.

El inmoderado afán de lucro hace que se *acomoden* cien cuartos donde sólo debieran instalarse diez. Se *aprovecha* el terreno hasta lo absurdo; se emplea en la construcción el material más barato y peor. El frío y la humedad no hallan, por ende, obstáculos para penetrar en las viviendas.

Propietarios y contratistas sólo buscan obtener el máximo beneficio. Como, dada la escasez de cuartos económicos (relativamente económicos, desde luego) tienen la seguridad de alquilar sus fincas, les da igual que tengan o no condiciones de habitabilidad. Si hubieran de dárselas, la renta bruta sería menor; y eso perjudicaría sus *sagrados intereses*.

Por eso la elevación de nuevas fincas no mejora las condiciones de vida de todos los habitantes de la ciudad, sino que, sin resolver el agudo pro-



Esta es la ciudad que no ven los visitantes de las poblaciones. Zahurdas y mechinales en los que toda incomodidad tiene asiento y donde la higiene es algo quimérico.

blema de la vivienda para los humildes, les fuerza a desplazarse a los barrios extremos, aumentando las distancias que han de recorrer para acudir a sus lugares de trabajo.

Mientras las reformas urbanas solo sirvan para proporcionar pingües ganancias a los especuladores, las poblaciones presentarán —a los ojos de quienes las estudien con algún detenimiento— esos rudos contrastes. En o r m e s edificios, donde, con lujo estrepitoso, funcionan grandes almacenes, teatros, salones de té y joyerías, junto a casas vestustas, resquebrajadas, infectas, colmenas incómodas en las que los pobres esconden su miseria.

El derecho a vivir.—En ningún sitio como en las ciudades populosas se hace evidente la obstinada negación del *derecho a vivir*. Una minoría encumbrada, poderosa y sin escrúpulos, reina, con olímpica arbitrariedad y oprime —horra de sentimientos— a los parias. No hay espectáculo que más favorezca el surgimiento de la rebeldía que ese contraste doloroso. Irrita ver a criaturas descalzas, famélicas, atenazadas por el frío y las privaciones, contemplar, con mirada triste —mezcla de envidia, rencor y desesperanza— el paso de lujosos vehículos en cuyo interior, cuidadosamente caldeado, mujeres inútiles y hombres ociosos, muñecos de una odiosa comedia, se encaminan a lugares de esparcimiento, vedados para quienes, sin culpa que purgar, cumplen esa condena de perpetua privación, impuesta por los fuertes, cuyo capricho es ley.

Diariamente son desahuciadas de sus viviendas familias desventuradas. Los Ayuntamientos, deseosos de ocultar esas tragedias que dan la nota de pobreza en pleno panorama urbano, recogen los humildes enseres y los depositan en los almacenes municipales. Lo que principalmente importa no es, por lo visto, evitar los desahucios; lo principal es que no se perturbe el aspecto de prosperidad de las vías públicas. De igual manera se persigue la mendicidad: se combate a los mendigos, no a la miseria. *Es antiestético* el desfile de menesterosos por las calles céntricas. Molestan los pordioseros a los señoritos que toman su vermouth o su cocktail en la elegante terraza de los cafés de lujo. Los agentes de policía urbana han emprendido muchas veces persecuciones encarnizadas contra los pordioseros; en las entradas de todas las ciudades, grandes carteles prohíben la mendicidad.

Interesa a los privilegiados mantener ocultas las plagas que minan el régimen social por ellos impuesto y fomentado. Cuando dicen que desean exterminar aquéllas, no mienten; mas, como para conseguirlo habrían de abandonar sus prerrogativas injustas, limitan su esfuerzo a perseguir los síntomas de un mal, de cuya causa no quieren prescindir. Esto sucede en la vida ciudadana.



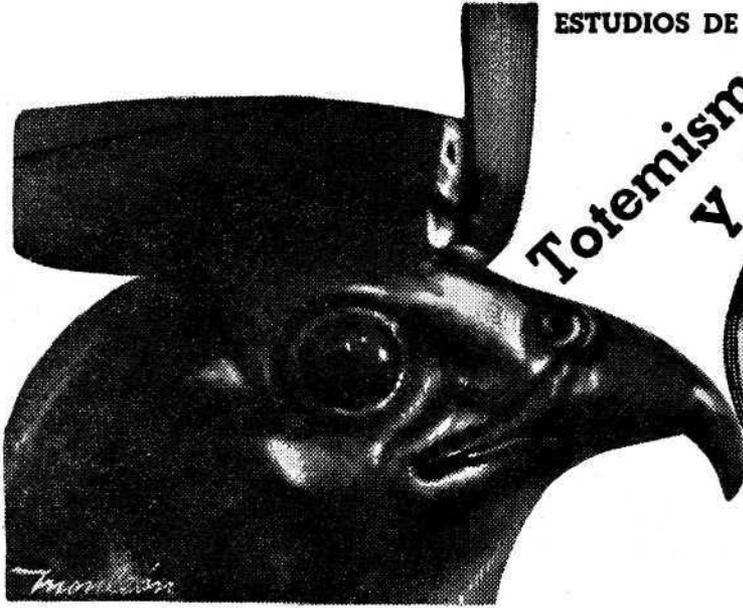
Los más dichosos crían animales que *viven* mezclados con las personas en las míseras chozas.

Saneamiento.—Algunas veces, los Ayuntamientos *recuerdan* que una de sus obligaciones es mantener en estado de higiene la población; y *recuerdan* también que el amontonamiento de chozas en los suburbios da a los viajeros que entran en aquélla una mala impresión, perjudicial para la industria turística. Es preciso evitar esos *escaparates* de miseria. Los técnicos redactan magníficos informes en los que demuestran la incompatibilidad de esos hacinamientos suburbanos con la salubridad y la estética. El Ayuntamiento delibera y acuerda demoler las chozas para que, en su lugar, puedan construirse casas modernas, dotadas de condiciones higiénicas y decorativas. Y los bomberos, en unas horas, hacen desaparecer el infecto barrio. La Corporación y los técnicos municipales descansan, satisfechos. Han cumplido uno de los deberes que sus cargos les imponen. La prensa elogia su actividad, su interés. Los vecinos que no conocen la situación exacta de los términos del problema se felicitan de que la población se vea libre de esa mácula que la afeaba.

Lo que muy pocos tienen en cuenta es la suerte de los infelices que en aquellas fermentadas chozas se guarecían para mitigar su frío. Unos se cobijan bajo los puentes; otros se acomodan en las cuevas de los desmontes; otros, en fin, duermen en el quicio de las puertas o arimados a las tapias, siempre temerosos de que interrumpa su sueño el sereno celoso o el guardia diligente.

Recordemos que, en plena ciudad, en la capital de un Estado moderno, en Madrid, los menesterosos, privados de vivienda, se refugiaban en las fosas del abandonado cementerio de Magallanes, y que, más de una vez, fueron extraídos cadáveres de vagabundos, sepultados por el derrumbamiento accidental de su macabra residencia. Estas noticias, en fuerza de repetirse, se incorporan, como algo *natural*, a la acostumbrada serie de sucesos cotidianos y llegan a no atraer la atención de los lectores de periódicos.

No hace mucho tiempo, en plena calle, una infeliz mujer, carente de hogar, se quedó con su



Totemismo Y Exogamia



Dr. E. Arias Vallejo

EL camino que recorrieron los hombres primitivos en su desarrollo nos es conocido por los monumentos y utensilios que nos han legado, por los restos de su arte, su religión y sus costumbres que han llegado hasta nosotros directamente o transmitidos por la tradición en las leyendas y los mitos, y por las supervivencias de su mentalidad que encontramos aún en nuestros propios usos e ideas. Hemos de reconocer, que no nos hallamos tan alejados de estos nuestros antepasados como a primera vista parece. Existen en la actualidad determinados pueblos salvajes en fases tan primarias de su desarrollo psíquico, que muy bien podemos considerarlos como herederos directos de los primeros pobladores de nuestro planeta. La vida psíquica de estos pueblos adquiere para nosotros un interés particular puesto que puede revelarnos, a poco que la estudiemos, la psicología original de los primeros hombres.

Cualquier observador que se detenga ante uno de estos pueblos encontrará en seguida que aun dentro de cada colectividad, general, de cada

tribu, los individuos están clasificados en pequeñas agrupaciones denominadas «clanes». Estos clanes llevan cada uno un nombre distinto, que por lo general es el de un animal, más raramente el de una planta. Y los individuos que a ellos pertenecen ostentan el nombre de este animal como si se tratase de un apellido. Este animal no es sino un «totem».

La palabra «totem» fué introducida en 1791 por el inglés J. Long, que la tomó de los pieles rojas de América del Norte. Su definición nos es exactamente dada por Frazer en su primer trabajo sobre estas cuestiones, *Totemismo*, en 1887. Nos dice este autor: «Un totem es un objeto material al que el salvaje testimonia un supersticioso respeto porque cree que entre su persona y cada uno de los objetos de dicha especie existe una particularísima relación. Esta relación es reciproca; el totem protege al hombre y el hombre manifiesta su respeto hacia el totem de diferentes modos; por ejemplo, no matándole cuando es un animal o no cogiéndole cuando es una planta.»

hijita muerta de frío en brazos. A pocos metros de donde ocurrió el drama, había hermosas mansiones dotadas de calefacción, residencia de vidvidores, cocotas o estafadores disfrazados de financieros.

Porvenir.—Si se quiere que la sociedad humana cumpla sus fines; si se aspira a que todos los hombres encuentren en ella la solidaridad a que tienen derecho; si ha de terminarse el vergonzoso espectáculo de la miseria y el dolor de los más en contraste con las comodidades y el hartazgo de los menos y peores; si esas lamentaciones que lanzan quienes dicen preocuparse del bienestar general han de tener otra eficacia que la de banales explosiones de un trasnochado lirismo, ha de emprenderse, con mano firme y

recta voluntad, la obra magna de sustituir, pese a quien pese, una organización colectiva injusta por otra más equitativa, que garantice a todo ser humano la satisfacción de sus necesidades. La exacerbación de la codicia, del egoísmo de los poderosos ha producido el estado actual de antagonismo irreductible. Es ya inútil pretender conciliar intereses basados en el azar, el fraude o la violencia, con los naturales e indiscutibles de quienes hasta ahora no reciben de la sociedad otra cosa que penalidades, dolores y miserias.

Ha de concluir la terrible anomalía de las ciudades, colmenas cuyas mejores celdas están ocupadas por los ociosos zánganos, mientras las abejas, a cuyo trabajo debe su vida todo el enjambre, carecen de sustento y de hogar.

De manera que los individuos que pertenecen a un clan reconocen a su totem como a un ser superior del cual se consideran descendientes y al que es necesario respetar. Se distingue de los fetiches en que no es un sujeto único, sino una especie entera. Es decir, que el individuo perteneciente a un clan totémico ha de observar todas las obligaciones y restricciones que le impone este sistema social no con un solo animal determinado, sino con todos los de la especie a que pertenece su totem.

El totemismo es, pues, un sistema a la vez religioso y social. Es religioso si se consideran las relaciones de mutuo respeto y consideración que impone entre el hombre y su totem. Es social si se tienen en cuenta las obligaciones que crea entre los miembros del mismo clan, obligaciones que describiremos más adelante y que como veremos son de sumo interés.

Hemos dicho que el respeto y veneración de los individuos por su totem les lleva a creer que descienden de él. Y que se prohíben *enérgicamente* a sí mismos el hecho de cazarle o darle muerte e incluso a veces tocarle y aun en algunos casos hasta mirarle. La transgresión de estas prohibiciones protectoras del animal es castigada severamente por el clan con fuertes penas, a veces con la muerte. Hasta se admite que en aquellos casos en que se infringen estas prohibiciones y no llega a conocimiento del resto de los individuos del clan, el castigo sucederá inexorablemente en forma de enfermedad que acabará con el culpable.

Frecuentemente el clan sustenta y mantiene en cautividad algún individuo de su especie totémica. Los lobos enjaulados en la escalera del Capitolio de Roma y los osos del foso de Berna son, probablemente, reminiscencias de este sistema. Si uno de estos animales muere, es llorado y enterrado con gran pompa y ceremonia como un miembro, el más importante, del clan. La tribu espera siempre de su totem protección y respeto. Si se trata de un animal peligroso (serpiente, tigre, cocodrilo) se le supone incapaz de perjudicar a los miembros de su clan, y si, cosa frecuente, esta creencia queda contradicha, la víctima es expulsada de la tribu bajo pretexto de una desconocida culpabilidad que el totem se ha visto en la precisión de castigar. En muchas circunstancias importantes, los miembros del clan procuran acentuar su parentesco con el totem haciéndose exteriormente semejantes a él, esto es, cubriéndose con su piel o tatuándose en el cuerpo la imagen del mismo. Para ciertos fines mágicos o religiosos se bailan danzas en el curso de las cuales todos los miembros de la tribu imitan los movimientos y ademanes que caracterizan al animal totémico.

El totem se transmite a los individuos que nacen en el clan por herencia. Pero esta herencia sigue siempre la línea materna. Ello es natural si tenemos en cuenta que, conforme nos han demostrado Malinowski, Nieuweulmis, Spencer y otros biólogos que han estudiado de cerca estas cuestiones, los individuos de los pueblos salvajes ignoran la paternidad y no establecen conexión alguna entre las relaciones sexuales y la reproducción, creyendo que la madre por sí sola se basta para formar al hijo y admitiendo cuanto más, en lo que se refiere a fecundación, colaboraciones más o menos fantásticas de los es-

piritus de los muertos o de elementos de la Naturaleza: el aire, el agua del mar, los rayos solares. Esta es cuestión muy interesante, que hemos de estudiar en artículos sucesivos.

● ● ●

Hemos dicho que el totemismo tenía, además del religioso, un contenido social, y así es, efectivamente. Y de tal magnitud, que su cumplimiento entraña aun más importancia que todas las obligaciones que hasta ahora hemos descrito. Se trata de una determinada y rigurosísima restricción: la de que los miembros de un mismo clan no pueden contraer matrimonio entre sí y deben abstenerse, en general, de todo contacto sexual. Esta es la llamada ley de la «exogamia» que aparece en todas, absolutamente en todas las instituciones totémicas.

La violación de esta prohibición es asimismo castigada con severidad. El clan entero ha de vengarla, como si se tratase de un peligro que amenazara a la colectividad o de una falta que pesase sobre ella. Fazer, en su obra ya citada, nos describe así una muestra de la severidad con que se castigan estos actos entre las tribus de Nueva Gales del Sur: «En Australia las relaciones sexuales con una persona de un clan prohibido son regularmente castigadas con la muerte. En las raras ocasiones en que el hecho se ha producido en la tribu Ta-ta-thi, que nosotros estudiamos, el hombre ha sido condenado a la última pena y la mujer, mordida y acribillada a lanzazos hasta dejarla casi expirante. Si no se la ha matado en el acto ha sido por considerar que pudo ser forzada.»

En algunas ocasiones la pareja culpable procura evitar el castigo recurriendo al suicidio. «Si una pareja que hubiese cometido semejante falta fuese descubierta, se atraería la cólera de toda la comunidad, sería profundamente mortificada y se cubriría terriblemente de vergüenza. Cuando yo preguntaba: —¿Qué harían ese hombre y esa mujer si fuesen descubiertos?—, me respondían invariablemente que se suicidarían arrojándose desde la cima de un cocotero. Este método bien conocido de escapar a una situación desagradable se llama «lo'u». (Malinowski, *La vida sexual de los salvajes.*)

Es curioso, maravillosamente curioso, que en la vida psíquica de estos pueblos salvajes, de los que no podemos esperar moral sexual alguna, hallemos esta restricción tan enérgica y tan profundamente arraigada. Desde luego su primera consecuencia es evitar las relaciones incestuosas de los varones con sus madres y sus hermanas. Pero es preciso considerar que un clan es algo más que una familia, que es una colectividad de individuos que numerosas veces se cuentan por centenares y que, por tanto, los hombres que pertenecen a él verán prohibidas sus relaciones sexuales no sólo con las mujeres más próximas de su familia, sino aun con las más lejanas (hermanas de la madre e hijas de las hermanas de la madre), y lo que es peor aún: con aquellas a las que no les unen lazos familiares. Y asimismo resulta paradójico el hecho de que por transmitirse el totemismo, como ya hemos dicho, por línea materna, el padre no pertenecerá al mismo clan que las hijas, aun viviendo en comunidad con ellas, y por esto no

serán reprochables las relaciones incestuosas entre ambos, tipo de relaciones que se encuentra frecuentemente en la vida de estos pueblos.



Indudablemente el sistema totémico y la exogamia constituyen una etapa del desarrollo psíquico de todos los pueblos. Aboga en favor de esta idea el hecho de que estas instituciones que acabamos de describir no son un hallazgo aislado sino que se encuentran por todos los autores y en todos los estudios que de todos los pueblos se han hecho.

En la corta extensión de este artículo no podemos detallar las investigaciones que sobre este particular se han realizado. Pero sí debemos mencionar que a idénticas conclusiones, en lo que respecta a la existencia del totemismo, se ha llegado en estudios hechos por Frazer, en Nueva Bretaña, Este del Africa, Islas Banko, Port-Patterson y Fuentes del Nilo; por Storfer y Spencer, en Australia; por Codrington, en la Melanesia y Nueva Caledonia; por Peckett, en la Península de las Gacelas (Nueva Bretaña); por el P. Fison, en las Islas Fidgi y Nueva Sumatra; por Junod, en la Bahía de Delagoa (Africa); por Ribbe, en las Islas Salomón; por Malinowski, en el Noroeste de la Melanesia; por Long, entre los pieles rojas de la América del Norte; por Wirz, en Nueva Guinea; por Banton, entre los hotentotes y cafres del Africa, y por Nieuweulmis, entre los dayaks del centro de Borneo, los esquimales de Groenlandia y los indios del Ecuador y Méjico.

Pero lo más importante es conocer la causa por la que estas instituciones, el totemismo y la exogamia aparecieron entre los hombres primitivos.

Hemos visto que la base de ellas son dos severas restricciones: matar o hacer daño al totem, y tener relaciones sexuales con las mujeres del mismo clan totémico. Lo natural es que estas dos leyes deban su aparición a la existencia de dos fuertes tendencias opuestas a ellas. Así, hemos de admitir en la vida psíquica de los hombres primitivos dos deseos constantes e intensos: uno el de matar al totem, otro el de apropiarse sexualmente a las mujeres del clan. Y si consideramos que el totem es un ser superior al resto de los individuos de la colectividad, del cual esperan siempre protección, y del que se consideran descendientes, comprenderemos por fin que no es sino una sustitución del padre. Y que este odio hacia el totem, esto es, hacia el padre, junto con el deseo sexual por las mujeres de la colectividad, son exactamente los mismos sentimientos que experimentaron sus anteceso-

res, los primeros hombres sobre la tierra, al matar al padre en la horda primitiva, devorando después su cadáver. (Véase nuestro anterior artículo «El primer drama de la humanidad».)

Entonces el paso desde aquel hecho hasta el totemismo comienza a aclarársenos. Desde ahora podemos ya afirmar que las raíces del sistema totémico son éstas. Sabemos ya que el acto de la muerte del padre a manos de los hijos trajo como consecuencia el nacimiento en ellos de un sentimiento de culpabilidad, de un remordimiento. Esto debió hacerse en extremo intenso. Entonces, de esta conciencia de la culpabilidad hubo de surgir la religión totémica como una tentativa de apaciguar este remordimiento y como un afán de reconciliación con el padre muerto, por medio de la obediencia retrospectiva. Entonces hubo de aparecer el mito. Y si el «mito no es sino expresión y símbolo de una realidad interior que el hombre tiende originariamente a exteriorizar proyectándola sobre la pantalla del mundo y reincorporándola luego como un fragmento más de la realidad externa» (Novoa Santos, *La inmortalidad y los orígenes del sexo*), no puede extrañarnos que la conciencia de aquellos hombres buscara una sustitución del padre encarnándole en el animal totem, ya que una necesidad interior les unía a él, algo así como un contrato en el que prometía a los hijos su protección y su cariño a cambio de que ellos no renovasen el acto que costó la vida al padre verdadero. E igualmente, por el mismo proceso afectivo, hubo de nacer en ellos la idea de la exogamia, ya que el padre muerto había de ejercer en su imaginación un poder mucho mayor del que había poseído en vida. Así, lo que el padre había impedido anteriormente, por el hecho mismo de su existencia, se lo prohibieron luego los hijos a sí mismos renunciando a recoger los frutos de su crimen, esto es, rehusando el contacto sexual con las mujeres accesibles ya para ellos. Pero esta prohibición creemos presenta también una gran importancia práctica. La necesidad sexual, lejos de unir a los hombres, los divide. Los hermanos asociados para suprimir al padre, tenían que convertirse en rivales al tratarse de la posesión de las mujeres. Cada uno hubiera querido tenerlas todas para sí, y ello no podía acarrear más que una lucha general que hubiese acabado con la especie. Así, si querían vivir juntos no tenían otra solución que instituir, después de haber dominado quizá grandes discordias, la prohibición del incesto, con la cual renunciaban todos a la posesión de las mujeres deseadas, móvil principal del parricidio. De este modo y solamente por él pudo salvarse la organización social de la humanidad en aquellos momentos.

BREVIARIO DEL AMOR EXPERIMENTAL

(primer volumen de la colección *Antología de la Felicidad Conyugal*)

Se trata de un trabajo insuperable por su belleza de estilo y por sus utilísimas enseñanzas para el logro de la dicha amorosa.

Pídase en los puestos de venta de ESTUDIOS.

La lucha por la vida: IV.-La transformación de la materia



Pocos hombres, al contemplar una máquina moderna, se paran a observar la cantidad de experiencia humana que reside en su complicado organismo mecánico. La historia de la máquina es la historia del hombre mismo, la expresión moderna del triunfo del hombre sobre la Naturaleza. Las primeras industrias prehistóricas se remontan a los orígenes biológicos de hombre, más allá de la aparición de la «conciencia» en su cerebro. En la escala zoológica son muchos los casos de animales que utilizan medios de nutrición o defensa extraños a su propio organismo, pero el más significativo es el del orangután, que desgaja ramas de los árboles para servirse de ellas como recurso de defensa. Al hombre de las cavernas le encontramos ya utilizando las esquirlas de pedernal encontradas al azar como arma contundente o arrojadiza, bien para defenderse de sus enemigos o ya para proporcionarse los alimentos. Más tarde, mucho más tarde —el ritmo de la evolución de la técnica en aquella época se contaba por miles de años— le vemos ya con toda una técnica industrial, transformando estas mismas piedras, modelándolas, puliéndolas, adaptándolas en forma y calidad a sus necesidades. Son éstos los precursores de la industria humana. Llegó a tal extremo la perfección en la elaboración de armas y utensilios de todas clases talladas en piedra o en hueso, que llegaron a servir de objetos de cambio, de «monedas», creando así nuevas relaciones entre los hombres y abriendo las puertas de la Historia hacia nuevas formas de vida.

profesión no son en verdad ejemplos de virtud—, pero en sus comienzos no se despoja de su pudor más que ante el artista. El célebre pintor francés Ingres tenía un modelo que tranquilamente se colocaba desnuda ante cincuenta discípulos ; pero al notar en una de las sesiones que a través de una ventana la observaba un operario que se encontraba en el tejado de una casa próxima, levantóse gritando y procuró esconderse. El pudor que había subsistido junto a la impudicia adquirida en la profesión, pero limitada a ésta, habíase despertado súbitamente en ella. Es de notar que a la prostituta, en la cual el pudor está extinguido de un modo mucho más radical que en la modelo, el oficio de ésta le parece impúdico en sumo grado, y piensa : « ¡ Qué horror ! ¡ Una mujer que se muestra enteramente desnuda en presencia de hombres que no son siquiera sus amantes ! » Y es que en su concepto la desnudez no es lícita más que con el objeto de producir la excitación sexual. Por una razón análoga no le place a la prostituta, en lo más mínimo, la visita médica, no sólo por las múltiples molestias que le ocasiona, sino porque ella, que desconoce el pudor ante el hombre que la solicita atraído por el ansia sexual, se siente avergonzada ante el médico serio y de severo continente, que no la desea y con el que no se encuentra, por lo tanto, en un pie de igualdad. Es además muy sabido cuánto se avergüenzan de la menstruación la mayoría de las prostitutas.

El sentimiento del pudor es, por lo tanto, según hemos visto, divisible y susceptible de descomponerse según la profesión, la educación, la índole y el ambiente, y puede en el mismo individuo ya aparecer, ya anularse. Una severa educación clerical, que condena y proscriba como pecaminosas hasta las palabras más inocentes, puede en ciertas naturalezas femeninas, inclinadas a la pereza y a la lascivia, crear tipos de mujer cuya sensualidad rechaza todo adulterio, pero que en completa buena fe quedan sumidas en deliquio tan sólo al oír pronunciar ciertas frases, solicitando vagamente cosas que siempre están prontas a hacer ; su pudor no se aviva más que por efecto de las palabras ; ante los hechos se oculta. Un pudor evidentemente unilateral es el que se puede observar en los hombres sexualmente anormales. Juan Jacobo Rousseau refiere, en sus *Confesiones*, que durante su estancia en Turín, en 1728-29, habíase abandonado al exhibicionismo, mientras que después, en su trato con las mujeres, aun cuando hubiese logrado su consentimiento previo, no era capaz, tanta era la vergüenza que sentía, de la menor iniciativa sexual. De modo que juntábase en él la más grande impudicia a la moderación más ver-

gonzosa. Naturalezas más elevadas pueden, en fin, avergonzarse de acciones que no juzgándolas por sí mismas inmorales son, sin embargo, por sus efectos, socialmente peligrosas y pueden provocar a posteriori un sentimiento de vergüenza : como el adulterio de aquella mujer de quien refiere Mauricio Donnay que no amaba a su marido y tenía por moralmente justificada su conducta, pero que experimentó un profundo arrepentimiento al notar que su hijita, ya algo crecida, no ignoraba su secreto y se complacía en secundarla oculta-mente, tomando parte en los subterfugios de su madre como en un juego infantil. Aquí se trata, pues, no del pudor físico, sino del pudor psíquico. Citaremos aún otro caso : un pudor de carácter estético que podría incluso llamarse social, el cual, aunque no puede provocar, cuando falta, un pudor sexual verdadero, influye, no obstante, en el acrecentamiento sexual del individuo, determinando por reacción una especie de pudor sexual artificial. Así, el hombre que se pone una camisa sucia renunciará a una conquista que en otro caso realizaría sin escrúpulos. La muchacha que ha sustituido la liga rota por un cordón deshilachado, se guardará muy bien de una caída.

El pudor sexual presenta conformación distinta no sólo según la profesión, sino según la clase social. Junto al pudor y la impudicia profesional están el pudor y la impudicia de clase. La esfera de influencia del ambiente no se circunscribe únicamente a la economía y a la política, sino que se representa vigorosamente hasta en las costumbres y en los usos de la vida cotidiana. Permítaseme esclarecer brevemente esta tesis con algunos ejemplos entresacados del casi inagotable material que existe referente al importantísimo tema de la moral sexual de las varias clases sociales.

En las solemnidades mundanas, en todas las ocasiones de fiestas y de bailes, las mujeres de las clases cultas y pudientes en todos los Estados de la Europa cristiana se muestran al público en trajes raros y realmente ridículos ; brazos y espaldas, y con frecuencia hasta el pecho, hasta cerca de los pezones —todas esas partes del cuerpo que en el lenguaje técnico «de sociedad» se comprenden con el nombre genérico de «cuello»—, están al descubierto y expuestos a las miradas de los presentes.

Se pretende que este uso es de un bello efecto estético. En donde hay una flor, se dice, debe haber un tallo. Preténdese también que tal costumbre ofrece un alivio, un refrigerio físico a las damas en tal guisa «vestidas» en los salones de invierno de temperatura excesivamente elevada. Como quiera que sea, lo cierto es que, en todo caso, ni

las señoras aludidas ni los representantes masculinos de su clase encuentran nada de indecente ni de inmoral en aquellas exhibiciones del desnudo, ni siquiera de los tiernos cuerpos virginales. Antes bien sucederá —y acerca de este punto podría aducir algunos casos de mi propia experiencia en la *life in society*— que el presentarse en un baile una señora sin descote sea juzgado por los huéspedes absolutamente como una inconveniencia. Supongamos, sin embargo, que la mujer proletaria, en un país cualquiera, tenga la posibilidad de ver a sus colegas de sexo de las clases superiores en su semidesnudez, y las vea, en efecto, por necesidad profesional, por ejemplo en su calidad de modista, camarera o cocinera; esa proletaria, mientras de buen grado las imite en todo lo demás, por aquel servilismo que aun impera en las clases sociales inferiores, se guardará muy bien de imitarlas en este punto, exceptuando, naturalmente, a las mundanas de oscuro nacimiento, pero de alto copete, quienes por las costumbres de su vida están adscritas al mundo de los ricos. La proletaria acudirá a las numerosas diversiones de su clase con blusa cerrada hasta el cuello y vestida con arreglo a la moral más rígida. La razón de tal fenómeno no debe buscarse, como los ingenuos podrían argüir, en la circunstancia de que las muchachas de las clases inferiores no conocen la camisa descotada por razón de economía —ya que el descote supone menor cantidad de tela y puede, además, aplicarse hasta en la camisa de algodón— o en la suposición de que los hombres de la clase trabajadora pueden resistir más difícilmente, por su menor moralidad sexual, el espectáculo de la desnudez femenina que los hombres pertenecientes a la clase señorial, sino que debe atribuirse más bien al hecho de que a la proletaria no le parece jamás moral ni decente aparecer semidesnuda en público.

El segundo ejemplo que deseo aducir en apoyo de mi tesis concierne a la moral de los novios. En las clases acomodadas de las poblaciones europeas se considera la virginidad como un capital. Perderla equivale a una pérdida financiera, a una rebaja en el valor de la mercancía mujer en el mercado del matrimonio.

El reflejo de estas relaciones económicas, en la esfera de la moral, se llama «honor virginal». El convencionalismo de las clases superiores exige, por lo tanto, categóricamente, la pureza física de la mujer núbil. La novia viene a ello obligada hasta que el matrimonio se realice; se le prohíbe severamente toda relación sexual, y si a pesar de ello se efectúa, la novia pasa por «deshonrada». La cosa no cambia de aspecto ni siquiera en el caso de que salga a luz el *corpus*

delicti, o sea ella desposada del modo más solemne. Y la misma moral manda que los dos jóvenes se unan sexualmente, con gran pompa, en un día previamente fijado y festejado públicamente sin ninguna de las delicadas transiciones que son, no obstante, moralmente tan necesarias en las relaciones amorosas, o sea, en una palabra, de un modo más bien brutal. Así lo dicta el código de las costumbres de la burguesía internacional europea. Es, por el contrario, muy distinta la moral del noviazgo en el proletariado internacional. En éste, por universal consentimiento, generalmente no se considera inmoral que dos novios vivan juntos como marido y mujer ya antes de celebrarse la boda civilmente. Ni siquiera, en algunos países, se considera vituperable que conviviendo de tal modo tengan hijos. La moral del noviazgo para la clase obrera está contenida en el solo y único postulado de que los dos novios que cohabitan conyugalmente acaben un día por casarse, esto es, apenas hayan conseguido una posición material suficiente.

Por lo que concierne al pudor en el acto mismo del abrazo, no existe diferencia alguna nacional ni de casta. Sólo en algunos pueblos primitivos el acto sexual suele realizarse públicamente. Pero en todos los pueblos de la civilización antigua los amantes se apartan y se aíslan para celebrar el culto divino en una especie de santuario celosamente cerrado a las miradas profanas. Este santuario consiste acaso en un fragante césped en la floresta, donde el monaguillo, el sacerdote y las irisadas mariposas posadas en las corolas de pintados colores actúan de testigos; y es tal vez el sitio más bello que Eros haya podido escoger jamás, sitio el más preferido de las parejas legalizadas o no legalizables; pero que a veces no desdeñan los esposos de inclinaciones poéticas o románticas. Tal vez el lugar del amoroso convite es un granero o un pajar en el campo, un paseo en la ciudad, un discreto pórtico veneciano durante la noche; pero las más de las veces será, sin embargo, un rinconcito en el interior de la casa, en la intimidad familiar del diván, en cómodo y seguro refugio, debajo del baldaquín de la alcoba. Mas siempre un lugar apartado, solitario, discreto y libre todo lo posible de la mirada de los hombres: un escondrijo.

Para explicar este fenómeno precisa recurrir de nuevo al sentimiento general del pudor. El amante erótico no rehuye en el éxtasis y en el orgasmo del acto sexual desnudarse ante el cómplice necesario; pero la vergüenza sexual no disminuye en relación a este respecto a toda otra persona. La presencia de testigos durante la cópula puede ser, para los hombres libidinosos, un refinamiento sexual; pero se-

mejantes perversiones son reprobadas por la generalidad, y ocurren por una de aquellas extrañas amalgamas de indignación moral y de especulación sin escrúpulos de que es capaz el espíritu humano, realizada por complacientes propietarios de *hôtels* que redoblan los precios. La soledad de los amantes es natural; la presencia consabida de un tercero es contraria a la naturaleza.

El sentimiento del pudor va acompañado de toda una serie de otros momentos psicológicos que exigen el aislamiento completo de la pareja amorosa. El acto sexual supone, por lo menos de parte del hombre, tranquilidad y recogimiento y, ante todo, que se concentre la energía del cuerpo y del espíritu, que se transfunda todo al objeto amado y una intensidad de atención que no debe ser perturbada por la presencia de extraños. Hasta el temor a los celos de los demás y a las perturbaciones y luchas que podrían originarse poniendo en peligro tal vez hasta la posesión de la amada, aboga en favor del aislamiento durante el coito. Es muy significativo que hasta una nación como la italiana, que tan amplia tolerancia concede en materia de amor, hasta el punto de que su ley, aunque sólo por lo que concierne al hombre, considera el adulterio como probado y jurídicamente eficaz sólo cuando se haya realizado bajo el techo conyugal, conmina, en cambio, con las penas más severas a los infelices pecadores que hayan cometido un acto impúdico cualquiera que sea sorprendido por una tercera persona, aunque tal acto diste mucho de revestir los caracteres de un delito a tenor de la ley. Ya solamente el besarse y abrazarse en público se considera una gran inconveniencia en los pueblos meridionales. La mutua expansión que las parejas legítimas alemanas y las ilegítimas francesas se prodigan públicamente las califican los viajeros italianos de nauseabundas, provocadoras e indecorosas. Es peligroso en sumo grado, en cualquier parte que sea, el ofrecer a la curiosidad de los extraños el acto sexual mismo, no tanto por el posible castigo en que se puede incurrir —que los guardadores de la ley, en una sana comprensión de lo que es humano, a menudo tienen un ojo cerrado—, como por los riesgos de naturaleza física a la cual se exponen los amantes. La vista del abrazo erótico determina en el espectador un sentimiento que oscila entre el celo lujurioso del bruto y una indignación hipócrita y le arrastra a cometer actos que pueden poner en peligro hasta la vida de los amantes que él ha sorprendido. Baste recordar aquel pacífico tendero —un bávaro, si no me equivoco— que en la primavera de 1910 encontré casualmente, andando de caza por el campo, con una pareja que gozaba del amor;

ante aquella vista acometióle una cólera tan furiosa, que descargó el fusil contra los amantes, hiriendo al joven y matando a la muchacha.

Conviene, pues, hasta por un instinto natural de seguridad, que los enamorados, para llevar a cabo el acto procreativo, y, en general, para entregarse a sus efusiones íntimas, busquen un tranquilo refugio. A lo cual debe agregarse que el acto sexual significa para el hombre, como es de todos sabido, el momento en el cual él es físicamente más débil e inerte frente a las posibles violencias de una agresión repentina.



LA CONCEPCION materialista de la Historia

Julían Boschardt

NOSOTROS vemos en la Historia la *evolución* de la humanidad. Aunque cada generación, en sus actos, no piense sino en sí misma y en sus propios intereses pasajeros, sin cuidarse absolutamente nada de lo que han hecho sus antepasados ni de lo que hará la posteridad, de tal modo que se creería que los actos de las diferentes generaciones, es decir, los sucesos históricos, no tienen ninguna relación entre sí, observamos que, al fin, el conjunto de estos sucesos forma una cadena, que cada fenómeno se presenta como la consecuencia de los fenómenos anteriores y lleva en sí el germen de los sucesos ulteriores, o sea, que el conjunto de los fenómenos históricos se presenta a nuestra vista como la *evolución* de la humanidad.

¿Cuál es el principio de esta evolución? ¿Cuál es la fuerza articulada que determina su dirección?

He ahí el gran problema que se le plantea a la ciencia histórica propiamente dicha.

Frecuentemente se ha puesto en duda que la Historia sea una ciencia y se le ha atribuído un círculo de actividad bastante modesto. Se la ha definido como el simple relato de lo que ha pasado.

Protestamos, por nuestra parte, contra esa limitación de la Histo-

ria. Para nosotros, la Historia es una ciencia ; esto quiere decir que no ha de ser una simple descripción, sino que ha de investigar las relaciones constantes de los fenómenos, relaciones que nosotros llamamos leyes, con objeto de hacer que estas leyes sean útiles a la humanidad.

Claro está que para encontrar las leyes es necesario empezar por la descripción de los fenómenos. Es exactamente el mismo procedimiento que se usa en las ciencias naturales. Por de pronto, es necesario describir los fenómenos tan perfectamente como sea posible ; después, describir del mismo modo las condiciones en las cuales los fenómenos se han presentado ; luego, distinguir, por medio de la observación y de la experimentación, las condiciones accidentales de las condiciones esenciales, hasta que se encuentre la condición o las condiciones sin las cuales los fenómenos no se presentarían. De este modo se puede llegar a construir lo que nosotros llamamos una ley. Cuando se conoce una ley es necesario seguir estudiando para conocer —y, si hay medio, medir— la influencia de las condiciones accidentales, que pueden llamarse condiciones perturbadoras. Únicamente de esta manera es posible llegar a comprender un fenómeno ; y sólo después de haberlo comprendido se puede hacer útil para la humanidad, como demuestra el ejemplo de las ciencias naturales.

Afirmamos, pues, que la Historia es una ciencia con derecho al mismo título que las demás, y que su misión es descubrir la ley o las leyes de la evolución histórica, con objeto de que estas leyes sean útiles a la humanidad.

De acuerdo con lo que se acaba de decir, el procedimiento de la ciencia histórica sería éste : ante todo, describir los fenómenos históricos y las condiciones en las cuales esos fenómenos se han producido. Es lo que han hecho los historiadores hasta el presente ; hasta ese punto ha llegado la ciencia histórica.

Ahora se trata de distinguir, entre esas condiciones, las que son accidentales y las que son esenciales.

Como medios de distinción, ya se han indicado más arriba la observación y la experimentación.

Es ocioso decir que la experimentación propiamente dicha no es aplicable en la Historia sino muy raramente, o acaso nunca. (Por lo demás, es necesario no olvidar que la experimentación es sólo una forma especial de la observación.) El historiador debería, por consiguiente, limitarse casi exclusivamente a la observación.

No obstante, sucede casi siempre que la primera observación no es suficiente para hacernos distinguir las condiciones esenciales de las

Los pecados capitales: La Ira



En nuestros tiempos, LA IRA —cuarto pecado capital— es una de las más intensas manifestaciones humanas. En esta época, gestadora de un mundo nuevo, más humanamente fecundo, más feliz, los intereses opuestos de clases sociales antagónicas se definen clarísimamente, adquieren el máximo relieve y se entabla la más violenta y la más humana batalla de la Historia. Hasta el predicador de la Bondad y de la Humildad se cansó un buen día y, como un vulgar guardador del orden, de los que hoy disfrutamos, arremete contra los mercaderes y, a rebencazos, trata de convencerles de su razón. Su Ira, aquel su gesto, completamente humano, se perpetúa, a través del tiempo, hasta nuestros días. Sus discípulos, representantes y apologistas vienen empleando los mismos métodos de convicción y la Ira está profundamente arraigada en el metálico corazón de los poderosos de hoy. Las guerras, que benefician máximamente a los grandes tiburones del capitalismo, son la máxima expresión de La Ira, y esa misma ira toma ya forma concreta en la conciencia de las masas oprimidas y explotadas... Y, un día próximo, esas masas, cansadas de tanta ira y tomando el ejemplo de Dios —hecho hombre—, tendrán que emplear la violencia para terminar con todos los mercaderes de sangre proletaria para que con ellos terminen todas las causas que engendran LA IRA.



Las esclavas modernas

Cómo ejerce el señorito el derecho de pernada

A. Martín de Lucenay

Hambre en el agro

La tierra no es de quien la trabaja. La tierra pertenece a los explotadores de quienes la cultivan, a los que sólo pasan en el agro de pagos y haciendas los días que dura la recolección de las pródigas cosechas, porque la tierra, que para unos es una buena madre, para otros no es más que una mala madrastra. Y es que aún, por estos campos de España, se vive igual que en los tiempos de la Edad Media, de los feudos y los señoríos. No hay más que unos amos y una legión de esclavos que nacen, viven, luchan y mueren bajo el signo denigrante del bestial poder del amo que dicta normas, impone leyes, cobra rentas, diezmos y primicias, engorda con el sudor y el hambre de sus vasallos por cuya multiplicación aboga o procura directamente, ya que aun mantiene en sus fueros el derecho de pernada...

Por aquí se va creyendo que la esclavitud está a punto de ser abolida, y mientras la realidad llega, se sigue muriendo de fatiga y de hambre, y no de frío porque unas cuantas damas menopáusicas y delirantes de catolicismo regalaron al cura del lugar unas prendas de abrigo que fueron repartidas entre estas pobres gentes atardecidas, que acaso quisiera mantenerse vivas para el día de las elecciones, porque cada bufanda, cada manta o cada par de alpargatas simbolizaban, en teoría, la obligatoriedad del voto. Las damas desaparecieron y los votos también: el cura no se explica el milagro...

Y es porque en lo más medular del alma de estas gentes palpita un sentimiento instintivo de aversión hacia eso que se llama orden en la moralidad oficial y en la justicia que imponen los que se creen más fuertes y más sanos dentro de la podredumbre mefítica yapestante de la sociedad burguesa.

Algunos señoritos de estos contornos feudales arremeten contra sus mesnadas de esclavos que no correspondieron a la munificencia catequista, con despidos y reducciones de salarios. El hambre se hace más aguda, el malestar más denso y las intenciones más feroces. El presidio y la cárcel son mejores mil veces que la férula de los amos medievales de estas tierras malditas empapadas en el sudor de fiebre de los campesinos atados al feudo por un jornal de hambre. Ellos esperan, no obstante, tiempos mejores. Pero ellas, estas pobres muchachas que no son más

que una carga en el mísero hogar donde muchos días no se enciende el fuego, porque nada hay que guisar ni leña que encender, no tienen más recurso que Madrid, a unos kilómetros solamente, brindándoles la promesa del yantar caliente y del lecho limpio a cambio de su esclavitud doméstica, hecha de humillaciones e insultos. Pero es que cualquier cosa es preferible a morir de hambre.

Con lo puesto y un duro hay para llegar y aun sobra para comprar un periódico y ver la dirección de una agencia de colocaciones o de cualquier anunciante que solicita criada. En los alrededores de las estaciones y de los mercados, las muchachas que llegan de los pueblos a la conquista de la gran urbe se enjugan las últimas lágrimas de dolor del éxodo.

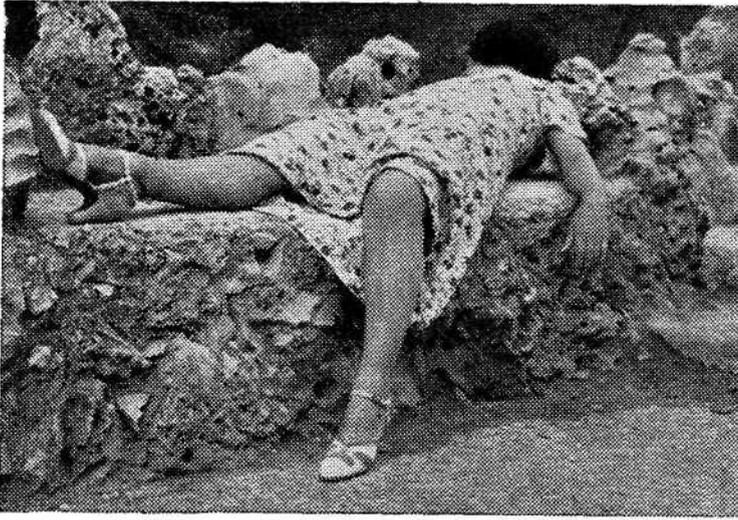
Los fueros del señorito. — Ella se conforma con poco y no pone límite a su trabajo. Hay que levantarse a las seis y acostarse a las doce. En el pueblo lo hacía a las cuatro y a las diez, respectivamente; es igual. Materialmente, entre la esclavitud del agro y la sumisión de la ciudad la infeliz advierte muy gratas diferencias.

Cada dos domingos, cinco horas de asueto: de tres a ocho, bajo la amenaza de perder la colocación al menor retraso, porque lo que sobran son muchachas de servir y «doncellas para todo»...

En la ciudad todo cambia de aspecto moral, porque los prejuicios seculares de la vida bucólica no rezan en el materialismo crudo y frío del ambiente superurbano. La esclava ha de comprenderlo así para no perder su puesto, sabiendo que al someterse a las condiciones impuestas por la señora acató tácitamente el significado de las miradas y amabilidades del señorito y de todos los hombres de la casa, entre los cuales la campesina resulta ser tanto como una fruta jugosa y fresca, plétórica de fragancias inéditas y de rudas promesas sensuales.

Aquel sentimiento de la honra que fué todo su orgullo, se ha convertido en la nueva existencia en el más voluminoso y bestial obstáculo que se opone al desarrollo de las ideas de honestidad y emancipación de la sufrida moza, harta de trabajar como una pobre bestia bajo las reprimendas e insultos de la señora y de las brutales acometidas de los señoritos en los pasillos...

Un día, saliendo por los fueros de su primitiva y rústica honestidad, repele la ofensa del seño-



en el banco de un pasco suburbano, donde le fué más fácil ocultar su dolor...

rito con un insulto o un grito. Pero lo oye la señora, que inquiere los motivos de aquellas voces. La infeliz esclava acusa, pero su agresor se defiende, a lo mejor, con un argumento infame. Y, naturalmente, el despido es inmediato. El motivo, ya lo vemos, bien simple: ser honrada, pretender conservarse pura, porque allá en el pueblo hay un mozo que la espera con el noble y puro afán de hacer de ella la madre de sus hijos.

Aquella noche ha dormido en el banco de un paseo suburbano donde le fué más fácil ocultar su dolor y su vergüenza, después de haber impenetrado un poco de piedad y de justicia de un dios que no parece ni piadoso ni justo, ya que así deja de su mano a las criaturas buenas, honradas y humildes.

Otra nueva colocación. Las condiciones las mismas y los peligros iguales. ¿Pero a qué sortear más riesgos?... Resiste cuanto puede, y como el señorito no deja de amenazarla con el despido y en cambio le promete su cariño y su apoyo, ella se entrega. La honra y el pan son incompatibles: ya lo ha visto. Es la sierva de la señora y la barragana del amo, del señor de la casa, que ejercita en la muchacha sus derechos de pernada.

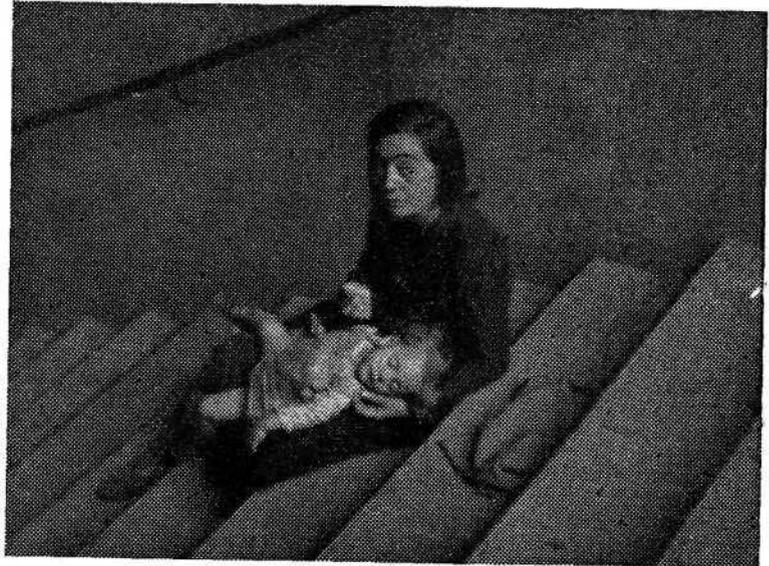
La madre Naturaleza, omnipotente y sabia, ¿qué sabe de hipócritas leyes morales? El resultado de aquella forzosa sumisión carnal ha sido un embarazo que asusta al señorito. El contratiempo sólo puede remediarlo cualquier abortadora; pero la futura madre, que, a pesar de todo, conserva aún en su moral los apoyos más sanos del instinto de hembra, pugna por oponerse a lo que considera un abominable crimen.

La señora, que a lo peor forma en las filas de una entidad catequista, católica y sentimental, comprueba que la muchacha lleva en las entrañas el fruto de «su vicio», de su crimen, de todo lo más horrendo y deshonoroso. Y sin piedad para ella ni para el inocente fruto de su esclavitud doméstica, la insulta, la maldice y la tira a la calle como a un animal inmundo, por no haber sabido o querido observar las reglas de castidad que prescribe la sana moral católica, tan brutal y anti-higiénica al propio tiempo.

Ella protesta, suplica y llora, pero guarda su secreto: todo inútil. Por otra parte, ¿qué puede conseguir con su protesta? La justicia de los hombres no siempre falla a favor de los pobres que litigan con los ricos...

Maternidad, vergüenza, miseria... — En la estructuración de la moral burguesa, faltan siempre conceptos humanos. Es una moralidad que huele a incienso y a falta de higiene íntima, porque el más insigne de los principios ascéticos consiste en proclamar que para que el alma esté limpia es condición precisa que la suciedad envuelva al cuerpo. Sobran, entonces, conceptos divinos...

En virtud de esa moral, en nuestro país no existen instituciones adecuadas para recibir en su seno a las madres solteras. Por lo menos, el acceso es difícil, los trámites enojosos y la previa investigación vergonzosa y humillante para la desdichada que llama a las puertas de una casa de Maternidad con el ferviente anhelo de parir un hijo.



... en la entrada de la fosa del «Metro», bajo cuyas ruedas no se ha precipitado...

Socialismos parciales de hoy y primeros pasos del Socialismo



Aquiles Loria

EL Socialismo, en su evolución varias veces secular, presenta diversas formas, esencialmente distintas desde los puntos de vista cuantitativo y cualitativo.

En el cuantitativo, distinguimos el socialismo *total* del socialismo *parcial*, según combate una forma de la propiedad o todas sus manifestaciones. Así, por ejemplo, el socialismo agrario es parcial, porque combate la renta de la tierra, e intenta confiscarla por medio de un impuesto único, en tanto que declara intangible y legítimo

Al fin alumbra al fruto de sus entrañas y de la injusticia de todos, en la Maternidad o en el quicio de una puerta. Si quiere trabajar habrá de desprenderse de su hijo, porque, como ya sabemos, la sociedad no perdona nunca a una soltera el supuesto crimen de haber sido madre. Otra solución sería la de volver al pueblo de donde salió huyendo de la miseria. Pero, ¿cómo ha de volver al triste hogar de los viejos, a salpicarles con el lodo de su deshonra y con una boca más?...

Desde lo más profundo de la conciencia el instinto de su maternidad clama por el amor del hijo, porque entre estas gentes casi primitivas las intransigencias de la moral se armonizan siempre con las más inflexibles leyes de la biología. Pero la criatura es un estorbo en la ciudad y un baldón en el pueblo: es un eslabón más en la terrible cadena de su esclavitud, porque ni el recurso de la prostitución le queda.

Un día se lanza al arroyo con su hijo en los brazos. En una sociedad que no fuese tan hipócrita, el hecho natural de haber parido un hijo la llenaría de orgullo y de alegría; mas en el seno mojado y estúpido de las costumbres actuales la joven madre se ahoga de tristeza y de vergüenza, de rabia impotente, de todo el hondo y trágico dolor de las renunciaciones.

La caridad callejera le permite la ficción de vivir para que el hijo no muera, y en la puerta de una iglesia, allí donde está Cristo, o en la entrada de la fosa del «Metro», bajo cuyas ruedas no se ha precipitado por aquel ser inocente que duerme en sus brazos, implora una limosna por el amor de un dios feroz y vengativo, inhumano e injusto que acaso no sea mejor que aquellos señoritos a quienes se entregó sumisa al derecho de pernada...

el provecho del capital. Un socialismo de esta naturaleza es el que defiende, entre otros, M. Samter, el rico banquero alemán que ataca la propiedad territorial y la declara injusta y usurpadora, a la vez que proclama santa e inviolable la propiedad mobiliaria. ¡No es cantidad ésta despreciable para un banquero! El socialismo de Adolfo Wagner es más restringido todavía: quisiera expropiar a los propietarios de las casas, pero sin causar extorsión a los poseedores de la tierra o los capitalistas. Por otra parte, el socialismo católico, revoltillo multicoloro de terratenientes, de preceptores de familias nobles y de sacerdotes, combate, es cierto, las ganancias de la industria y del comercio, pero declara inatacable y sacrosanta la renta de la propiedad territorial. Como ha demostrado perfectamente M. Nitti, esto no es más que un socialismo unilateral y aristocrático. El antisemitismo, que un eximio alemán definió: «el socialismo de los imbéciles», combate el capital de los circuncisos para sostener y santificar las ganancias del capital bautizado. Podríamos multiplicar los ejemplos de esta singularísima crítica, que anatematiza una parte de la injusticia social y hace apología de la otra: precisamente, de aquella que funciona en favor de sus corifeos; pero entiendo que bastan los citados para dar idea de tal doctrina.

Desde el punto de vista de su calidad, puede dividirse el Socialismo en dos grandes categorías: el utópico o fantástico, que ocupa una vasta época, desde los tiempos más remotos hasta mediados del pasado siglo, y el Socialismo científico, nacido a mediados del siglo pasado y ya maravillosamente desarrollado. Puede afirmarse, respecto al caso, que las evoluciones del Socialismo corresponden rítmicamente a las de la ciencia económica, de la que depende tan necesariamente como el hueco de una medalla depende de su relieve. «Es lo mismo, sino que es todo lo contrario», decía con gracia un autor, y con más profundidad de lo que parece a primera vista. En efecto, el Socialismo presenta un carácter utópico durante todo el período en que la economía se pierde en fantásticos desvaríos, y no se transforma ni adquiere verdadero carácter científico y exacto sino cuando la economía se convierte también en ciencia positiva.

Los orígenes del Socialismo fantasista se pierden, cabe afirmarlo rotundamente, en la noche

de los tiempos. Puede asegurarse asimismo que, bajo esa poética forma, el Socialismo aparece con la primera lágrima que la miseria o el hambre arrancó a la humanidad desventurada. Mi amigo M. Cognetti de Martiis ha demostrado ya, con originalísima erudición, que se conocen escritores socialistas, desde los tiempos primitivos, en China y la India: esos autores combaten la propiedad y piden su supresión. Pero ese socialismo chino o hindú no solamente es utópico, sino parcial, pues si quiere la igualdad entre propietarios, admite y aun exige la existencia de una clase privada de bienes y de libertad, una clase de parias o de esclavos. Sanciona la desigualdad fundamental entre propietarios y proletarios, y tiende sólo a evitar semejante desigualdad entre los miembros de la clase privilegiada. No hay necesidad, pues, de gran estudio para comprender que la reforma pedida por ese socialismo es poco importante y lleva en sí una contradicción, pues si la desigualdad fundamental es legítima, si es justo que los propietarios lo posean todo y los esclavos nada, no es injusto tampoco que algunos propietarios posean menos que otros.

Estas mismas críticas pueden aplicarse al socialismo griego y a su más genial teórico, el divino Platón. En efecto, éste admite y aprueba también la esclavitud. Condena a los artesanos a una situación social inferior, y quiere que la República ideal contenga tres clases, además de la de los esclavos: la del pueblo, la de los guerreros y la de los magistrados. El producto del trabajo de los esclavos y de los artesanos debe ser monopolizado y consumido por las otras dos clases; esto es justo y legítimo, según Platón. En las dos clases superiores, nada de división de la propiedad; además, las mujeres deben ser comunes. Platón quiere abolir el matrimonio duradero y reemplazarlo por una especie de voluntariado de un año, que permitiría obtener, por el cruzamiento de razas, productos de calidad superior. En apariencia, sólo la suerte decidirá de esas uniones inestables; pero, en realidad, los magistrados, por medio de un fraude patriótico, guiarán los pasos de la Fortuna y acomodarán las parejas de manera que se obtengan las mejores condiciones de reproducción; luego, aplicarán a la especie humana la selección artificial que los criadores ingleses practican hoy con tanto éxito en las ovejas y los toros. Los niños no conocerán a sus padres; quedarán depositados en asilos públicos, donde sus madres, transformadas en nodrizas públicas, los amamantarán, y, más tarde, recibirán, siempre a expensas del Estado, instrucción completa. A los niños que nazcan deformes se les dará muerte, y se hará abortar a las mujeres que conciban después de los cuarenta años, porque no podrían dar a luz hijos robustos.

Este es el socialismo platónico en toda su rigidez primitiva; más tarde, cuando Dionisio de Siracusa, después de haber llamado a Platón a su corte, rehusó aplicar su sistema, el filósofo trató de modificarlo y reducir las bases a fin de hacerlo más aceptable. Imaginó entonces, en su libro de las *Leyes*, una reforma más modesta, susceptible de ser inmediatamente adoptada, desechando el comunismo real y absoluto que, en todo caso, se podría practicar más tarde, en época indeterminada, cuando el buen juicio y la cordura de los hombres los hiciera capaces de

comprenderlo y aceptarlo. Después de haber restringido así prácticamente las reformas deseables, Platón pedía que se hiciese aplicación de ellas en ciertas partes incultas de la isla de Creta, donde quería fundar una colonia modelándola con arreglo a su sistema. Pero, menos afortunado que el doctor Hertzka, Platón no halló personas con valor suficiente para intentar la experiencia.

El comunismo de Platón lo combatió Aristóteles, algo socialista también, por su parte, y lo ridiculizó Aristófanes, caricaturizándolo en su comedia *La Asamblea de las Mujeres*, lo mismo que ha hecho Richter en nuestros días con el socialismo de Bellamy.

Estos sarcasmos son impotentes, sin embargo, para conseguir la desaparición de la idea socialista, la cual reaparece entre los estoicos, y, luego, gracias al cristianismo y a su gran maestro. Jesús, en efecto, muéstrase toda su vida, segada en flor, socialista ferviente, y sus doctrinas comunistas no son en verdad ajenas a su trágico fin. Después de él, y no menos explícitamente, la propiedad es condenada por los Padres de la Iglesia. San Juan Crisóstomo dice: «Nadie dé el nombre de propiedad a ninguna cosa, sea la que fuere; lo tuyo y lo mío son mentiras.» Y en San Basilio encontramos: «Todo rico es un ladrón.» «La riqueza es producto del robo», exclama San Jerónimo. «La tierra —dice San Ambrosio— ha sido concedida en común a los ricos y a los pobres: ¿por qué, pues, ¡oh ricos!, la consideráis propiedad exclusiva vuestra? La Naturaleza ha creado el derecho común, y la usurpación, el derecho privado.»

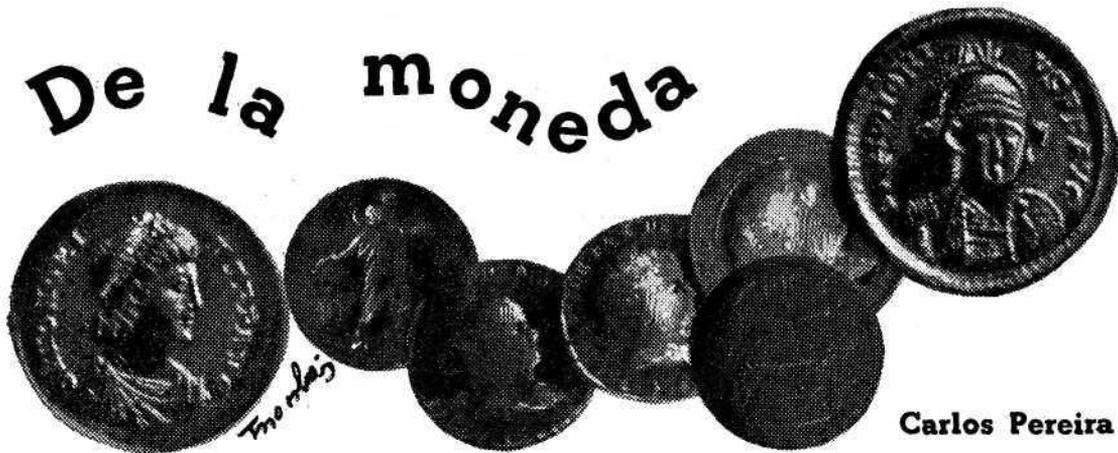
Estas declaraciones del cristianismo naciente inspiran el socialismo sentimental, poco desarrollado en la Edad Media y durante los primeros siglos de los tiempos modernos. Entre sus más convencidos campeones, citemos a Campanella, monje napolitano que en su *Città del Sole* describe una constitución comunista donde el mundo enjero ofrece el aspecto de un claustro, constitución que algunos siglos después fué aplicada por los jesuitas en sus establecimientos del Paraguay. Giordano Bruno defiende también el ideal comunista, mientras que el canciller Thomas Moro imita la República de Platón, en su *Utopía*. El también, como su maestro, admite la esclavitud; pero, en oposición a la opinión del filósofo griego, excluye el comunismo de las mujeres y se limita a exigir que los prometidos, en traje de Adán, puedan examinarse antes del matrimonio, a fin de comprobar *de visu* la ausencia de defectos físicos.

Para todos los casos de anormalidad fisiológica, la colección **CONOCIMIENTOS UTILES DE MEDICINA NATURAL** es insustituible.

Cada tomo está escrito expresamente para esta colección por un médico naturista especialista en la dolencia o enfermedad tratada.

En su hogar debe tener siempre a mano estos tomitos, como salvaguardia de su salud y la de los suyos.

De la moneda



Carlos Pereira

Preliminares

ANTES de entrar a explicar el origen de la moneda es necesario hacer una distinción fundamental entre la mercancía que podríamos llamar moneda primitiva, primaria o preliminar, y cuya función esencial era el servir de tipo de relación para la fijación de valores de cambio de los diferentes productos, y la moneda propiamente dicha en la que se aprecian unas características nuevas: sirve de cambio con un valor fijo, y se emplea como medio legal de pago con peso y calidad garantizados.

Son muchísimos los estudios que se han hecho para investigar, no el origen, sino la época de aparición de la primera moneda. Se observaron detenidamente el nacimiento, proceso y desaparición de las más primitivas sociedades del hombre, pero nada en concreto ha podido obtenerse. Ahora bien; si no es posible señalar la época, puede, sí, asegurarse con qué hechos económicos de la vida del hombre antiguo tuvo su aparición la moneda. La moneda, tal y como la conocemos en su primer período de existencia, surgió en los primeros momentos del cambio.

El hombre primitivo vivía aislado y sin otras preocupaciones que procurarse el alimento necesario para la vida y defenderse de los animales que con él compartían la Tierra. A medida que fué asociándose con sus semejantes, su actividad creció, junto con sus necesidades, porque siempre aquella fué la inevitable consecuencia de éstas. Pero, desde un principio, un «algo» había de servir de eje a todos sus movimientos: la propiedad, que no nace con la apropiación individual de tal o cual trozo de terreno, sino con la ocupación colectiva derivada de una primitiva utilización colectiva también. Antes de que ningún individuo se erigiese en amo y señor privó, durante muchos siglos, la explotación colectiva en la que tomaban parte todos aquellos hombres que, por diferentes causas, estuviesen unidos, ya fuera por el vínculo familiar, ya por el no menos sagrado entonces de miembro del clan o tribu.

Pero aquel derecho de gentes que regulaba de modo tan admirable todos los actos de las asociaciones primeras no podía evitar que el sentido de propiedad fuese en aumento, aunque ésta

fuera esencialmente distinta a la que hoy perdura como base de cualquier sistema económico. Quizá la primera manifestación de la propiedad así interpretada nace con el hombre mismo, que aplica este concepto a sí y a los suyos. El se defiende de los animales, se resguarda del frío, de la lluvia y de otras mil calamidades que le acosan en su primitiva soledad, utilizando armas que fabrica a tal fin y refugiándose en grutas o cuevas en las que se cree a salvo. Unas y otras las utiliza como suyas y como tal las considera hasta el momento en que, no encontrándoles ya un valor práctico, las abandona. Es indudable que el mismo concepto de utilidad que entonces le merecen las cosas que le rodean lo lleva a establecer inconscientemente el sentido de propiedad, que se agrava y agranda a medida que evoluciona a través de la Historia (1).

Ya el principio de propiedad estaba muy arraigado en las primeras instituciones sociales, cuando hizo su aparición el cambio. No obstante, la adquisición de productos pudo tener lugar, mucho antes de que el cambio fuera admitido como norma jurídica de costumbres, por medio de ciclos ignorados que eran producidos, además de por los impuestos de diferentes clases, establecidos por los primeros amos, por los numerosos actos de rapiña, que eran llevados a cabo con harta frecuencia, según refiere la Historia, y los cuales dieron lugar a que alguien sentase el principio de que el comercio tuvo su origen en el robo. Además, había una modalidad de cambio, que podría llamarse tácito, y que se verificaba por medio de la tan extendida costumbre del intercambio de presentes. Aun hoy, si nos hacen un regalo, en cierto modo nos creemos obligados a hacer otro a aquella persona de la cual lo recibimos. Ahora bien: ¿cómo ha de ser este contrarregalo nuestro? No cabe discutir que en la medida de nuestras posibilidades, todos procuramos que nuestro presente tenga un valor lo más aproximado posible al del que se nos hizo.

En aquellos tiempos, la costumbre de hacer regalos era originada precisamente por el deseo de recibir otro de valor equivalente, y llegase a

(1) Obsérvese que hablo de la propiedad como sentimiento y no como norma jurídica. Creo que, en este caso, sería más adecuada la palabra «pertinencia».

asegurar que en algunos lugares existieron normas fijadas por la costumbre y que regulaban la relación de valor que existía entre los presentes más comúnmente utilizados. Estas normas consuetudinarias habían de ir ampliándose y, a su medida, el cambio hacía su aparición por tomar estado natural, y aun legal, el trueque de las mercancías. ¿Y cómo se presenta el primitivo cambio legal regulado? Ya queda dicho que el trueque de productos, llamado también permuta, nació de la costumbre de hacer presentes y obsequios con miras a recibir otros de valor semejante (1), y así, a medida que la noción de valor que se reconocía a las cosas regaladas y recibidas fué tomando cuerpo y extensión, dando lugar a que lo hasta entonces producto de la amistad pasase a ser norma general de conducta, fué preciso ampliar y regular convenientemente la relación de valor que pudiera existir entre unos y otros productos.

Dice el economista sueco Gustav Cassel que la fijación de tasas para la determinación de los valores relativos a las distintas mercancías fué una necesidad económica manifestada en el estado más primitivo de una costumbre cambiaría en desarrollo, habiendo llegado a nosotros el conocimiento de la existencia de tales tasas reguladoras, no sólo por inscripciones, sino por ciertas economías de tipo primario que aun subsisten en la actualidad.

Las tablas de cálculo. — Naturalmente que una tarificación de los valores de cambio atribuibles a cada uno de los productos susceptibles de pasar de un dueño a otro por este procedimiento había de ser extensísima o imposible, ya que las mercancías cambiables eran cada vez más numerosas. De aquí, créese, nació la costumbre de relacionar los valores de todos los productos con el valor de un producto tipo fijado de antemano; y las tarifas establecidas para las diferentes clases de bienes fueron unificándose poco a poco, llegándose a la constitución de las llamadas tablas de cálculo, en las que aparecían series enteras de valores unidos por relaciones correspondientes, pero en las que subsiste siempre el producto tipo o base de relación. Una de estas tablas es la usada en Annam (Indochina) y en la cual se establece la siguiente relación de productos:

1 esclavo (varón) =	6 ó 7 búfalos
1 búfalo =	7 cántaros
1 cántaro =	1 «muk»
1 «muk» =	4 «mat»

La significación de «muk» no se conoce actualmente; el «mat» es un azadón para las faenas agrícolas. Todas las mercancías restantes se estiman con arreglo a las cinco aquí señaladas, empleando una o varias a la vez.

En tales tablas, cuyo empleo estuvo generalizado, intervenía siempre una mercancía fija, cuya general aceptación la hacía servir como tipo de relación para las demás. Esta mercancía era comúnmente el ganado (2). Y tan afirmado

(1) En esta costumbre nació también la noción de valor, en cuanto al cambio.

(2) Me parece oportuno el advertir que la palabra latina correspondiente a «dinero» es «pecunia», la cual se deriva, a su vez, de la raíz *pecus*, que significa «ganado».

estuvo el uso de estas cadenas de relaciones cambiarías, que se observa, en muchísimos casos, cómo, a pesar de que los productos figurantes en ellas cambian o desaparecen algún día, sigue subsistiendo la tabla de tarifas, quedando entonces imaginaria su unidad de cálculo.

Jevons, en su obra *Moneda*, dice que en las tierras de la Bahía de Hudson se contó, durante mucho tiempo, en «skins». El sentido originario del «skin» es piel de castor; pero la unidad de cálculo ha adquirido poco a poco el valor fijo de dos chelines, mientras que la verdadera piel de castor se cotizaba, naturalmente, mucho más alta.

Sabiendo esto se comprenderá que si tales unidades abstractas de cálculo sirven para estimar el valor de las demás mercancías, es evidente que no representan sino un precio, y las tablas de cálculo son, por consiguiente, tablas de precios.

Así fijados los precios de cada producto con arreglo al valor que señale la tabla de cálculo en uso, el trueque de las mercancías se hace cambiando una por aquella otra para la cual la tabla asigne el mismo «precio».

Supongamos que A, por ejemplo, compra a C una mercancía a la que la tabla de tarifas señala el precio (valor equivalente) de dos bueyes. Al mismo tiempo, C le comprará a A otro producto cuyo valor de cambio esté señalado por la tabla en dos bueyes también, y, de este modo, paga A a C con su mercancía el valor de la que C le entregó. Esto hecho en la forma más simple. Veamos ahora cómo interviene y qué función desempeña la llamada mercancía tipo.

Cuando A cambia con C sus productos procura que éste le entregue aquellas mercancías que, teniendo el mismo precio en las tablas, sean de su utilidad (éste es, además, el principio elemental y fundamental del cambio). Pero puede muy bien ocurrir que los productos que tuviese C no le conviniesen a A y entonces el cambio puede hacerse de dos maneras: o bien empleando el cambio indirecto, o utilizando la mercancía tipo (que viene a ser una derivación de aquél). En el primer caso, C entregará a A una mercancía que interese a un tercero, E, con el cual piense cambiar A más tarde. Así, en el supuesto anterior, si A tiene trigo de sobra y, necesita telas busca quien tenga éstas y carezca de aquél. Si C precisa el trigo de A, pero no tiene telas que darle a cambio, puede entregarle otro producto, pieles, por ejemplo, el cual interese a E, que tiene las telas necesitadas por A. Hecho este cambio, A permutará sus pieles por las telas de E, quedando, de este modo, verificado el ciclo de cambio tal y como las necesidades económicas individuales de A, C y E lo demandaban.

En el caso de que se empleara la mercancía «standard» o tipo, el cambio se verificaría del mismo modo, pero C le entregaría a A por sus productos lo equivalente en dicha mercancía, cuya aceptación y utilidad generalmente admitida puede permitir a A el desprenderse de ella en cualquier momento a cambio de los bienes que necesite.

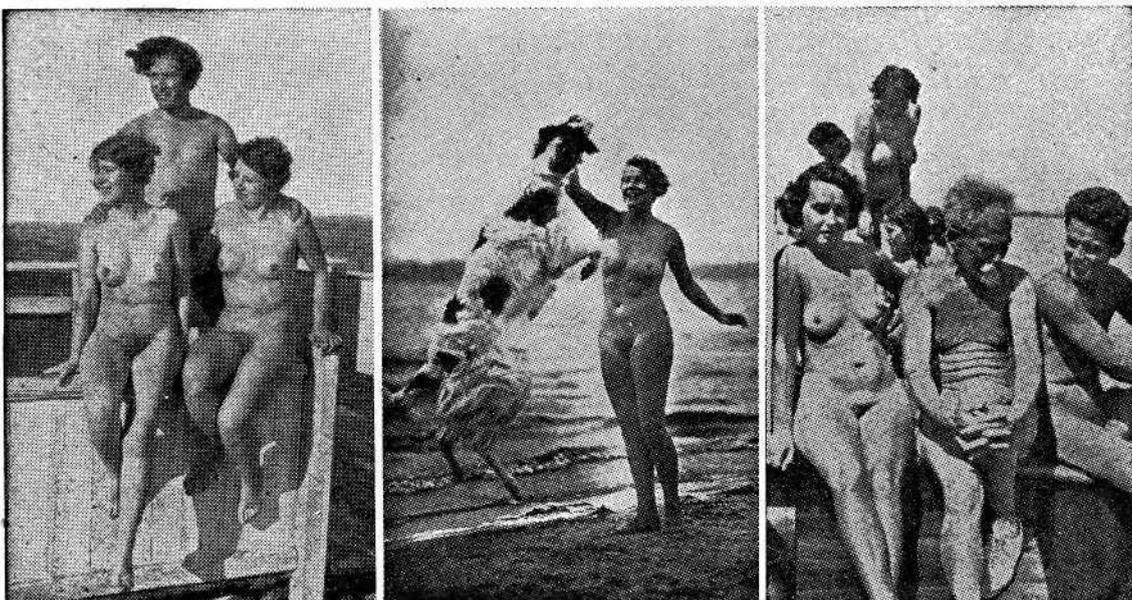
El cambio indirecto (que a veces tenía ciclos larguísimo) exigía que las mercancías cambiadas fuesen de fácil transporte y conservación, a fin de que su valor de cambio no menguara mientras pasaban de mano en mano hasta ser

«Sex-appeal» y moral

José Bejer

LA esplendorosa industria yanqui produce autos standard, neveras standard, habitaciones standard, en fin, todo aquello susceptible de excitar la codicia de comodidad del honorable ciudadano del mundo y de sacarle los dólares, las pesetas o las libras del bolsillo. ¿Por qué no producir —se pregunta el buen

serán adoptados en gran escala por los señores técnicos del *sex-appeal*. ¿A qué santo varón disgustará el contemplar a las preciosas *girls*, nuevecitas, acabadas de hacer, sin defecto alguno, con sonido perfecto para que oigamos su sensual retozar, colorido exacto y «con todos sus relieves naturales»?



Babbit en la versión americana del pensador de Rodin— mujeres standard? Como buen psicólogo que es —condición precisa a todo industrial norteamericano— la debilidad de los hombres a este respecto le es bien conocida.

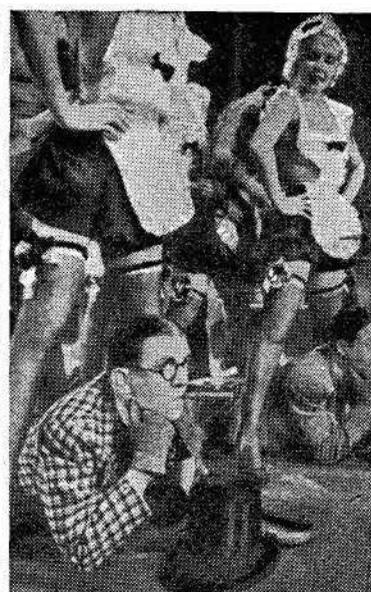
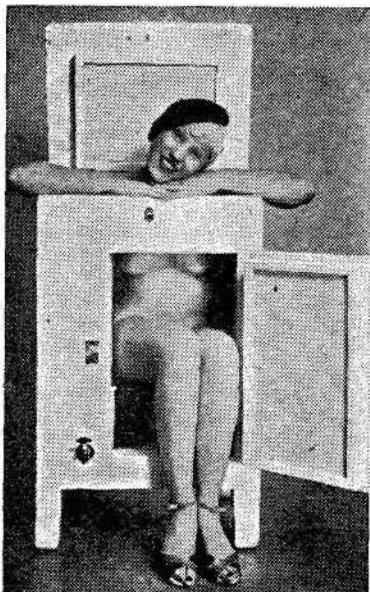
Tenemos exportación de mujeres al por mayor. Y así como en los tiempos de la Inquisición se quemaba a los herejes en efigie, cuando no se podía hacerlo en carne y hueso, la industria cinematográfica se encarga de esta exportación de *sex-appeal* (1) en efigie como complemento y extensión de la trata de blancas.

La clásica *girl* norteamericana es un producto más para la exportación al extranjero. Producto de la más refinada técnica industrial. Mujeres-objetos, como diría Dalí, el pintor surrealista. Pero ahora se dice que la técnica del cinema ha dado grandes pasos de perfección: colorido perfecto, sonido exacto, «relieve natural». Seguramente todos estos adelantos de la ciencia mo-

Como en los autos, las neveras, y las habitaciones standard, toda una organización de eminentes filósofos, escritores, periodistas, artistas, etcétera, se encargará de pregonar las excelencias del producto. Y millones de revistas, de periódicos, de carteles le gritarán a usted, le coaccionarán, le perseguirán por todas partes. Los diputados y senadores discutirán y votarán leyes de contingentes para proteger tan floreciente industria nacional. Hollywood representa el templo de la magnificencia y de la moral para todo ciudadano digno. No en balde Hollywood quiere decir, traducido literalmente, Bosque-Santo.

«La necesidad crea el órgano», dice cierta enunciación de la embriología. Por esta causa, en este caso no faltan los humanistas de nuevo cuño, de conceptos adaptados —¡naturalmente!— a los intereses supremos de la economía nacional. Hablan en sus preceptos «morales» de nuevos pasos saludables del progreso hacia la eliminación de los prejuicios, hacia la renova-

(1) Atracción del sexo



ción de las costumbres. Y habrán gentes lo bastante estúpidas o lo bastante intoxicadas para que piquen en el cebo y se congratulen con las excelencias y los «sanos» esplendores de la civilización capitalista, que es, a fin de cuentas, lo que se trata de demostrar.

Por eso, si consideramos la enorme influencia que las costumbres yanquis han conquistado en el mundo, la influencia del *esprit* norteamericano —o de la falta de *esprit*— en una parte considerable de nuestra juventud, llegaremos a dibujar en nuestra mente la imagen de un nuevo imperialismo, de una nueva colonización espiritual y moral por medios técnicos de coacción en las costumbres a través del gran opio del pueblo que es el cinema yanqui y sus derivados

de otras naciones. Pero no es nuestra intención hablar aquí de cinema.

La gran consecuencia y contradicción que podemos deducir es que la vieja Europa, con un profundo y antiguo sentido de humanidad se deje colonizar por la frivolidad inhumana y a veces criminal del capitalismo yanqui. Se podría justificar la americanización de nuestras costumbres por la necesidad evidente de truncar la base de la moral tradicional. Los europeos, cargados de historia, de tradición, de prejuicios morales, recibimos con los brazos abiertos la iconoclasta moral que sopla de fuera, de pueblos más elementales y progresivos.

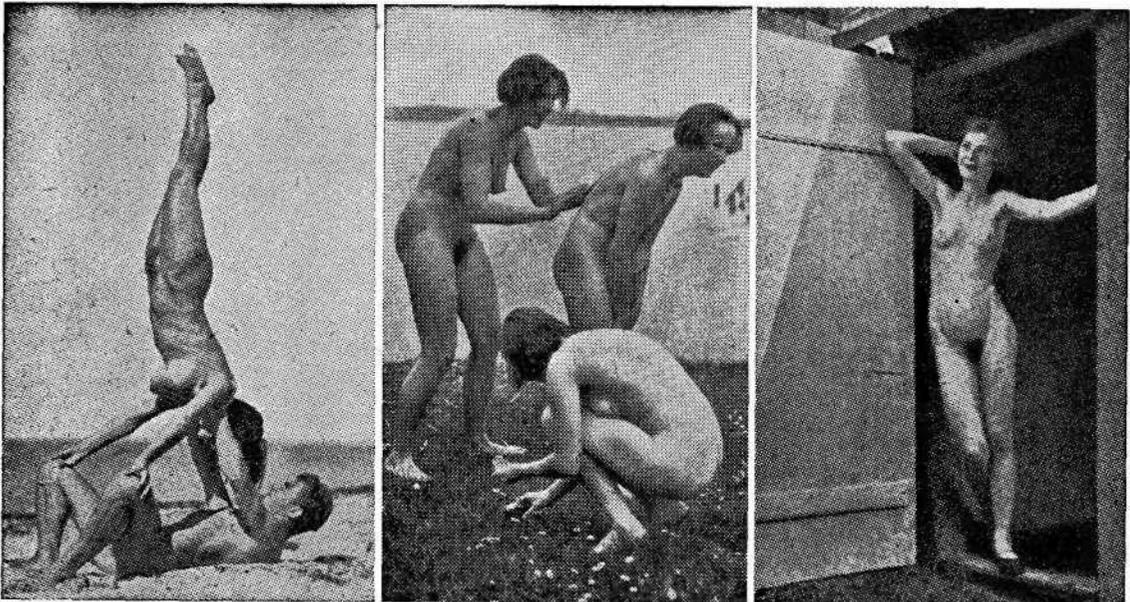
Pero no se producirá este fenómeno sino a costa de la subestimación de nuestro propio va



tor, sino a costa de olvidar que Europa ha incubado una nueva moral que nada tiene que ver con la pornografía de nuestros cabarets, con el cultivo del *sex-appeal* y sí con la emancipación social de la mujer y con la caída vertical de los prejuicios morales. El ciclo de revoluciones y convulsiones sociales por que ha pasado la vieja Europa desde hace casi dos siglos, ha determinado el crecimiento y desarrollo de una nueva clase social —el proletariado— que ha dictado las normas de su propia y nueva moral, fundada en una profunda revisión de los conceptos éticos tradicionales. A más del movimiento nudista, que ha llegado a alcanzar gran desarrollo —y que sólo el advenimiento del fascismo en varios países ha frenado, lo que explica su gran contenido revolucionario— el magnífico ejemplo de la realización de una nueva estructura social en la U. R. S. S., con su secuela de libertad

la calle misma, son escenarios de esta nueva prostitución refinada y escandalosa que es el *sex-appeal*.

La mujer del mundo capitalista, lejos de haberse emancipado moralmente de su complejo de inferioridad ante la sociedad y ante el hombre, ha caído, hoy más que nunca, en la condición de «objeto», en materia prima para una industria de gran rendimiento económico, que haciendo resaltar y desarrollando artificialmente su condición de «hembra» con sal y pimienta despierta sentidos masculinos, enervados por la sobreexcitación nerviosa producida por el ritmo violento de la vida moderna. La industria del *sex-appeal* sería la derrota de la mujer, la caída de su personalidad y la muerte de sus facultades femeninas si no conviviese, al lado de este fenómeno negativo, el positivo de una nueva moral sexual que emana del desarrollo y pre-



sexual y de emancipación total de la mujer, nos da la pauta precisa.

Aunque todos estos hechos señalen un creciente resquebrajamiento «general» de la moral clásica, tanto en el seno de la burguesía como en el del proletariado, hoy menos que nunca podemos hablar del hombre en general sin tener en cuenta la división de la humanidad en dos clases antagónicas. Debemos tener cuidado en sacar conclusiones demasiado generales y meter en un mismo saco fenómenos sociales de tan distinta significación histórica como los enunciados. Las clases dominantes, la gran burguesía, han sufrido una gran transformación en sus propias costumbres. El cultivo del *sex-appeal* en sustitución de los antiguos preceptos de la virtud y de la honestidad, ha tomado cuerpo consustancial con la «práctica» de la vida moderna de las altas clases sociales, influenciando a las de abajo. Y aunque las leyes y los preceptos de la vieja moral sigan en vigor sobre el papel de las leyes, el cinema, el teatro,

ponderancia cada vez mayor del proletariado. Porque la sociedad burguesa actual no camina por la vía hacia la libertad, sino por la vía del libertinaje, de la depravación de las costumbres. Estas fuerzas sociales llevan un oscuro juego de destrucción de «su» propia moral, sin crear una nueva que la sustituya —pues la burguesía es ya incapaz de crear nada— y a los márgenes de su histérica y alocada carrera, van quedando los cadáveres de los más altos valores humanos.

Las *girls* standarizadas de los cabarets franceses o de las revistas pornográficas del cinema americano, no tienen nada que ver con la desnudez de los hombres y mujeres en plena Naturaleza, así como la promiscuidad viciosa y «financiera» de las costumbres del mundo capitalista que agoniza son contrarias por completo con la nueva moral proletaria de libertad sexual, ensayada en todo el mundo por las clases humildes.



El ídolo de la cultura fascista



María Lacerda de Moura

Los responsables de la entronización del fascismo son los intelectuales. Es la literatura de los «superelefantes» d'annunzianos, la literatura de la crueldad refinada, del orgullo del dominio, de la vanidad egoísta, de la voluntad de hacer escuela y ser aclamado y vencer por la originalidad sádica, por la voluptuosidad feroz.

Adaptar un ideal a la bestialidad humana; cultivar cuidadosamente la perversidad para extraer beneficios cuantiosos en nombre de teorías, principios o tesis de idealismo; hacer descender los ideales y ponerlos de acuerdo con los instintos bajos, tal ha sido, hasta ahora, el servicio más destacado de la cultura reaccionaria, del intelectualismo cursi, que simula obrar en nombre de cuanto es noble, santo y puro.

Tiene razón Romain Rolland.

El intelectual comienza queriendo ser sincero. Después, si todo ya fué dicho, necesita hallar la manera de parecer original. Exagera, deforma, principia a mentir. Luego se adapta, porque despertaron sus instintos inferiores. Y ama la crueldad, venera la astucia y la hipocresía y adapta las frases nobles y los sueños delicados a la lujuria, al erotismo, a la crueldad sádica, y consigue la armonía deseada entre la forma bella y la acción que envilece.

Y la crítica le cubre de alabanzas, proclamándole «humano»... y realista.

Tal es el proceso de los «superelefantes», cuyo tipo representativo es D'Annunzio.

Este, con Papini, Marinetti, Pirandello, Coppola, Moraso y todos los escritores supernacionalistas italianos, constituyen la legión de los «superelefantes» del dominio, son los forjadores de Mussolini, cuya cobardía se alimenta de la literatura romanamente carnavalesca e imperialista de los intelectuales legionarios de la «Italia d'oggi», disfrazados para lanzarse a la conquista universal.

D'Annunzio, en *El Fuego*, «con el prestigio del ritmo y bajo el velo de las alegorías seductoras», en su estilo volcánico, confiesa repetidamente que sólo puede hablar de sí mismo; que en la tierra nada hay digno de él si no es su propio arte, su música, su poesía, su estilo fulgurante. Dice: «No existe desacuerdo entre mi arte y mi vida.» Esta confesión es la condena de su arte y de su vida.

Canta gozos sádicos y victorias sobre gargantas cortadas, vientres abiertos y miembros en-

sangrentados, tirados en pedazos a los pies de los vencedores. Habla, en la «isla ardiente de las fogatas», de la «sangre de la virgen que manaba al golpe certero del bello soldado pagano». «Una sangre tan roja en una carne que parecía de leche. Una matanza que es un festín: soldados de armas elegidas, vestidos riquísimos y actitudes elegantes. El efebo de cabellos de oro traspasando con flechas mortíferas el cuerpo de la mártir, con un gesto altivo lleno de gracia»...

«Cual Eros adolescente, ese precioso matador de inocencias (tal vez su hermano), dejando el arco se entregará, a la mañana siguiente, al encanto de la música, para soñar un infinito paraíso de voluptuosidad.»

Esto no es más que una muestra. En cada página de sus obras maestras campea igual sadismo feroz, la embriaguez de la sangre y la carne lacerada, el goce sensual arrancado mediante el dolor del semejante.

La crueldad de la «Italia d'oggi» es hija de D'Annunzio.

Este delirio de imperialismo epiléptico, marcado a hierro y fuego en la tragedia fascista, ese orgullo del gesto, de la actitud, de la elegancia en distribuir el sufrimiento, está delineado en cada página de su literatura ardiente de feroz voluptuosidad.

Cojamos, al azar, un párrafo de su obra *El Fuego*:

«El orgullo y la embriaguez del duro y perseverante trabajo; la ambición sin freno y sin límites, cultivada en un círculo estrechísimo; la severa intolerancia de la vida mediocre; la predilección por los privilegios principescos; el gesto disimulado para cuanto le arrastraba hacia la multitud, como hacia la presa preferida; el sueño de un arte más bello, más soberbio, a un tiempo haz de luz y cetro de imperio en sus manos: todos esos sueños grandiosos de púrpura la sed insaciable de preeminencia, de gloria, de placer, removieron un confuso tumulto, le deslumbraron y le sofocaron.»

Así son todos sus héroes y todos sus sueños. Y esa sed de dominar a la multitud por sus pasiones frenéticas le llevó a destrozarse el corazón de la Dusequex «en la sencillez de su ropaje parecía llevarle, recogida y silenciosa», para entregarse a la agitación delirante de los aplausos retumbantes y apoteósicos prodigados a su arte fulminante.

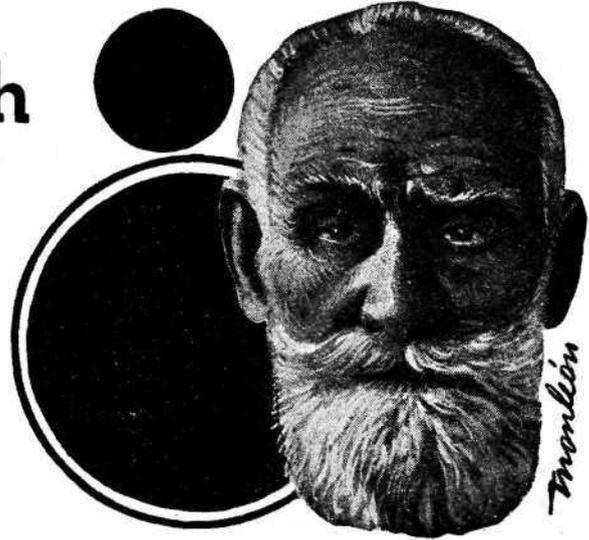
En la Duse amó la gloria.

J. M. Martínez

Ivan Petrovich Pavlov

EL GRAN FISIÓLOGO

EL 27 de febrero de 1936 la ciencia perdió uno de sus más denodados paladines: Ivan Petrovich Pavlov, decano de los fisiólogos. Pocos hombres llegan a edad octogenaria (86 años) con la agilidad y agudeza de mente que Pavlov mantuvo hasta sus últimos días; y pocos hombres también viven una vida tan fructífera y ejemplar. Nadie mejor que H. G. Wells ha expresado la admiración y homenaje del mundo hacia el sabio ruso: «Una estrella que alumbra al mundo sobre parajes inexplorados.» Wells no exagera. Mientras los físicos como Jeans Eddington y Millikan se remontaban a los confines del universo, pasando con una facilidad pasmosa de la ciencia a la metafísica y la teología, Pavlov exploraba algo más importante que las galaxias y nebulosas: los antros cerebrales y nerviosos del hombre, desterrando de sus dominios ese fantasma que desde tiempo inmemorial ha dominado, esclavizado y torturado el cuerpo, el alma y señalando nuevos derroteros a la fisiología y a la psicología. Pavlov ha contribuido más que ningún otro a la destrucción de ese dualismo de cuerpo y mente que desde los tiempos de Descartes ha dominado la



psicología. Recientemente escribió: «Está cerca el momento en que la fisiología y la psicología se reunirán, y el contraste doloroso entre mi cuerpo y mi mente habrá sido eliminado para siempre.» Su descubrimiento de los reflejos modificados proveyó los cimientos para la fundación de la escuela psicológica conocida con el nombre de objetivista. Para esta escuela la mente, la conciencia y la subconciencia son palabras vacías que más bien enredan e involucran que resuelven los problemas que pretenden solucionar. En vez de usar el viejo y engañoso método introspectivo, los objetivistas estudian al hombre observando sus reacciones y comportamiento hacia los diferentes estímulos que continuamente obran sobre él. Mantienen que el único modo de saber lo que existe en la mente o cerebro del individuo es observando sus movimientos y re-

Le llevaba la voluptuosidad del dominismo, la ferocidad de la primacía, el ansia de aniquilar las energías de su entorno y saborear el sufrimiento ajeno.

El fascismo, en su delirio erótico de crueldad, es el hijo amado de la lujuria de D'Annunzio.

D'Annunzio es el hijo predilecto de la «Loba Fascista». Pero, como sea que todo es romano en la «Italia d'oggi», resulta que D'Annunzio es un prisionero...

Fiume comenzó la experiencia y las maniobras del fascismo y abrió el paso a Mussolini con el «alalá» d'annunziano... (Véase la obra *Mussolini en chemise*, traducción francesa, con prólogo de Han Ryner, editado por Rieder en París, 1932, y cuyo autor es Armando Borghi, ex secretario general de la Unión Sindical Italiana.)

Pero, precisamente por esto, D'Annunzio representa un peligro para Mussolini. Se le ha elevado a la dignidad de príncipe, pero se le vigila fascistamente.

Artista de la sensualidad mórbida de los romanos de la decadencia, goza, por lo menos en la literatura, del placer de exterminio, y pone la sensualidad sádica de los Borgia, así como la libidinosidad de las huestes romanas, al servicio

de su genio, cuyas características se concentran en el saqueo y en la rapiña artística...

El paraíso de D'Annunzio es un paraíso musulmán. «El paraíso a la sombra de las espadas» es uno de los versos de la *Canzone d'oltremare*, que se calificó de plagio, pero que en realidad es un robo descarado hecho a Nietzsche, y que todos los italianos «d'oggi» recitan como símbolo del gran poeta soldado.

La «bestialidad compacta» italiana es la expresión de la «voluntad de potencia».

El estilo de D'Annunzio alucina, corrompe, exalta y transporta la imaginación a conquistas brutales con objeto de alcanzar la gloria de mandar y la vanidad de llevar las pasiones humanas al paroxismo del delirio, a fin de revolcarse sobre los propios instintos bestiales por la gloria de ser fuerte, de dominar, de provocar la exuberancia apasionada de la admiración y el loor, crear una época y pasar a la Historia, inmortal entre los inmortales, «Magnífico», conquistador y vencedor, emperador del Arte de las Letras y de las multitudes, romanamente voluptuoso y exaltado teatralmente, absorbente en su narcisismo de ferocidad elegante.

acciones físicas, pues toda actividad mental es el resultado de un estímulo y tiene que manifestarse en actividad fisiológica. Aunque los objetivistas son acusados de extremistas y nihilistas, ni aun sus enemigos pueden negar que han aportado datos y principios muy valiosos a la psicología moderna.

En 1904, Pavlov recibió el Premio Nobel por sus investigaciones sobre las glándulas salivares. Pero aunque el mundo le colmó de honores, Pavlov, como verdadero hombre de ciencia, los puso a un lado y continuó su labor investigadora con la mirada fija en su meta: la Verdad.

De sus estudiantes y compañeros de investigación, Pavlov pidió la misma disciplina que él se imponía sobre sí mismo. Durante la revolución continuó imperturbable y con la misma regularidad sus tareas en el laboratorio, teniendo que trabajar con un abrigo de pieles debido a la falta de calefacción. Como Tolstoi bajo el viejo régimen, Pavlov poseía un poder moral superior que le conquistaba el aprecio general.

Cuando Lenin, deseando ayudar a Pavlov, ordenó que se le diese todo el alimento y carbón que necesitase, Pavlov rehusó la oferta diciendo que quería compartir las privaciones de sus compañeros científicos.

Pavlov caminaba cuatro millas todos los días en la ida y vuelta a su laboratorio, no importa el tiempo que hiciese. «La política es una cosa y la ciencia otra», decía.

Cuando celebró su ochenta cumpleaños (80) en 14 de septiembre de 1924, rehusó toda celebración oficial dando como razón al Soviet el que «la Revolución de Octubre era un acontecimiento deplorable en la Historia». Pero cuando cumplió ochenta y cinco años el Soviet le asignó una pensión de 20.000 rublos al año, creando además seis becas Pavlov de 6.000 rublos cada una para aquellos que se distinguen en fisiología, y se formó también una reserva de un millón de rublos para el uso de los laboratorios de Pavlov en Leningrado. Al honrar a Pavlov los bolcheviques se han honrado a sí mismos.

Pavlov opinaba que el cuerpo es una máquina, y su descubrimiento e investigación de los reflejos modificados han aducido vasta evidencia en su favor. Tragar, pestañear y el movimiento involuntario de la pierna cuando se golpea ligeramente debajo de la rodilla, son reflejos no modificados. Pero si al dar el alimento a un perro tocamos una campana, repitiendo esta asociación un buen número de veces llegará un tiempo en que al sonido de la campana sólo la boca del perro se aguará y su estómago secretará los jugos gástricos como si el alimento estuviese a su vista. Esto es lo que se llama un reflejo modificado. En sus experimentos más recientes Pavlov llegó a demostrar que no hay necesidad de que el estímulo modificador sea externo, como una campana o una luz. Este estímulo puede ser una irritación de la membrana del estómago. Pavlov y sus asistentes inyectaron una cultura muerta de bacteria en el peritoneo (la membrana que envuelve el abdomen) de un conejo con definidos efectos químicos y fisiológicos. Después precedieron la inyección tocando una campana. Bastaron unas diez o quince repeticiones de este experimento para que la campana sola fuese suficiente para producir los mismos efectos que producía la inyección.

Después de muchos experimentos Pavlov que-

dó convencido de que toda acción puede ser trazada al cerebro y de que todas nuestras actividades son pura y simplemente químicas y mecánicas en carácter. Según él, la ira, el apasionamiento y la melancolía son el resultado de dos efectos: excitación e interrupción. Las interrupciones pueden ser internas y externas. Por eso Pavlov trabajaba en un laboratorio completamente aislado del ruido y de otros estímulos que pudiesen influenciar sus experimentos.

Pavlov reconoce todavía otro efecto interruptivo: un efecto que se manifiesta cuando el estímulo excede la resistencia. En este caso hay completa cesación de la actividad mental. Pavlov considera esto como una protección automática del protoplasma cuando éste es amenazado de un daño severo o destrucción.

Las enseñanzas de Pavlov que el cuerpo es una máquina que piensa, han iniciado una serie de experimentos en busca de una máquina artificial que imite el cuerpo y exhiba reacciones idénticas. Ya hoy tenemos artefactos eléctricos que pueden ser entrenados a que les guste o disguste una cosa, a que aprendan y olviden y solucionen problemas: la teoría de los reflejos modificados llevados a la ingeniería. ¿Y quién pondrá límites a la ciencia?

En Pavlov tenemos una anomalía, pues mientras éste y su escuela proclaman la unidad de la vida, la mente y la materia, tratando el alma como el resultado del mecanismo del cuerpo y éste como una máquina, los físicos matemáticos, con Schroedinger a la cabeza, desdeñan la ley de causalidad y la concepción mecanista del universo como nociones infantiles, y dicen que la «máquina» no existe por ninguna parte, que hay sitio para el espíritu en el cosmos y que la vida es incognoscible. Bueno será recordar que la concepción mecanista del Universo ha sido bien fructífera, pues a ella le debemos la teoría electromagnética, la radio, el teléfono y muchas conquistas demasiado numerosas para ser enumeradas.

Pavlov puede muy bien compararse a Darwin, pues así como Darwin inició una nueva era con su libro *El origen de las especies*, así Pavlov imprimió una nueva dirección a la fisiología y a la psicología con su descubrimiento de los reflejos modificados. Descubrimiento que ha abierto nuevos horizontes a los educadores al mostrar la posibilidad de moldear y modificar el carácter y conducta del individuo. Las consecuencias filosóficas y sociales de la obra de Pavlov son tan vastas que pasará mucho tiempo antes de que sean debidamente evaluadas y reconocidas.

Con Pavlov la Humanidad ha perdido uno de sus mejores y más valiosos miembros; ojalá que no falten otros que mantengan la antorcha encendida por Pavlov y continúen alumbrando al mundo.

Dos nuevas reediciones de ESTUDIOS:

DIOS Y EL ESTADO, por M. Bakunine
Precio, una peseta.

CAMPOS, FABRICAS Y TALLERES,
por P. Kropotkin.—Precio, 1'50 ptas.

Esmeradamente impresos, con portada a tricolor.
Pidanse en los kioscos y puestos de venta de
ESTUDIOS.



La Pantalla

Lo que le falta a la producción cinematográfica española

HACE UNOS tres años que se inició el movimiento cinematográfico español, y en todo ese tiempo, no se ha producido ni una sola obra definitiva, ninguna película maestra, ningún modelo, ningún acierto completo, ningún film de envergadura temática y formal.

Aciertos parciales, sí, tenemos algunos. De Florián Rey, Paco Elías, Eusebio Fernández Ardeván, tenemos pruebas de que saben realizar. Pero nada más, hasta la fecha.

La producción española sigue tan desconcertada en el día de hoy, como hace tres años. Limitándose a versiones de obras teatrales, cuando no a *refritos* de viejos temas, muertos ya (y enterrados) cuando su versión silente. Si alguna vez se acerca a la novela (de algunas mayores posibilidades fílmicas que el teatro), lo hace eligiendo lo peor en todos sentidos.

No os molestéis en mostrar vuestra disconformidad con esta manía que les ha entrado a los productores, hinchados de idiotéz.

Lo que le sobra al cinema español es sentido común. Arriesgar poco y poco hacer. No salirse de los trilladísimos caminos teatrales, o de la comedia frívola, o la zarzuela «castiza». Nada de buscar valores nuevos, en temas y personas. Nada de ir a buscar las palpitaciones del auténtico pueblo español, bucear en sus inquietudes, en sus afanes, en sus miserias y en sus dolores. Convencionalismo y nada más. Mediocridades por doquier.

Ciertamente, ese pecado pertenece a todos los cinemas capitalistas. Pero en otras partes hay más audacia para lanzarse a grandes obras, a producciones de gran envergadura, aunque luego todo se quede en agua de borrajas. Además, en otras partes hay tres o cuatro directores: un René Clair y un Duvivier, en Francia; un Pabst, alemán (que ya no produce en Alemania); un Borzageo, un Charlot, un John Mc Stahl, un King Vidor, en los Estados Unidos de América, que nos dan producciones llenas de luces cinematográficas, regadas con la sangre vital característica del auténtico y humanísimo arte.

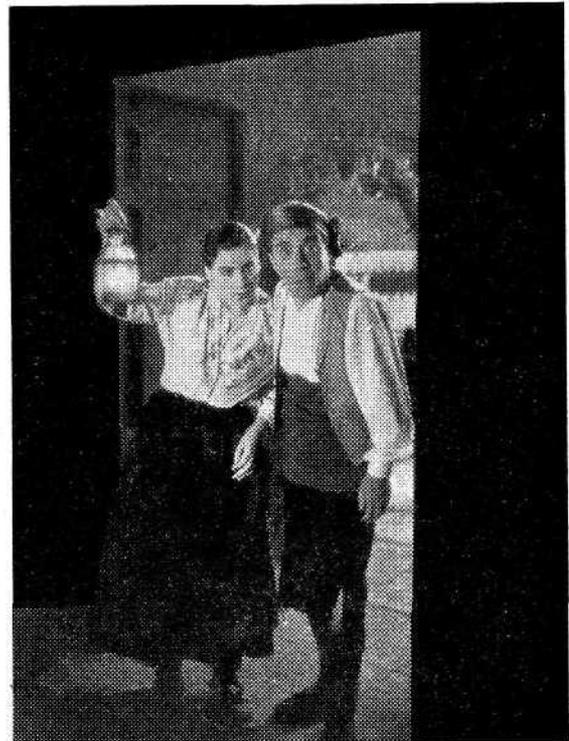
Cuando la cámara se decida a perder el sentido común...

Cuando el arte nuevo del nuevo tiempo, ese tiempo presente en el corazón de las generaciones jóvenes, llegue a una plenitud de formación,

cantará en las pantallas del mundo para quien quiera escucharle.

No es el cinema de ésta o la otra clase, como pudimos pretender en tiempos pasados. Será sólo el cinema hecho joven por vez primera. El *kinema*, movimiento. No un simple movimiento de traslación, para los ojos, sino interno, de corrientes arteriales vivificadoras del cerebro y del corazón: Vida.

Una prolongación de la Naturaleza, pero más viva, si cabe, más exaltada, aun cuando cante a veces con acentos contenidos, más rica, más bella, más impetuosa. Lucha, pero lucha noble. Depuración y estilización. Acumulamiento de



Noblezá baturrea, de Florián Rey



Es mi hombre, de Benito Perojo

energías internas, síntesis. Desintegración de vidas y problemas vitales, análisis.

Locuras del nuevo tiempo, pero anormalidades generosas, no enfermizas, mezquinas, mediocres.

Criminal hasta matar a Dios, pero respetuoso con la hormiga que arrastra su grano de trigo.

Con héroes, todos héroes y heroínas, guerreros labrando la tierra, oradores en acción, ricos de corazón solicitando misericordia, sujetos de pobreza cordial dándose enteros para recibirse nuevamente en doble riqueza.

Y todos cantando. Que no dejen nunca de cantar. No dejemos de hacer oír nuestra voz, por inarmónica que parezca. Alto, muy alto. Que nuestra canción llegue a oídos de las estrellas (pero no las falsas del cinema). Que sepan de nuestra existencia, porque estamos gozosos de vivir y, si aun no lo estamos, conquistaremos ese gozo con nuestra fuerza, con nuestra pujanza, antes de que nuestros veinticinco o treinta años se marchiten, se enquisten bajo la cubierta rutinaria de la vejez. Conquistaremos nuestro lugar, y loaremos precedentemente las excelencias del sitio que con el tiempo lograremos ocupar.

Nos daremos todos, y todo pediremos. Seremos tan exigentes como desprendidos.

Tiraremos tierra a los ojos del que tiene la Verdad.

Pero abrazaremos con cariño al caminante que la busca.

Derrotaremos y daremos muerte al superhombre para comer todos de su corazón y repartir todas sus reservas energéticas entre todos nosotros.

A quien nos presente su fórmula maravillosa, su unguento mágico para todas las heridas, le escupiremos carcajadas a la cara:

—Eres un charlatán. Tengo yo mil infalibles recetas para conservar o adquirir la salud, pero me basta con mi voluntad de estar sano para no necesitar de ellas. Y, por añadidura, se me dará el mundo.

A los que nos presenten un certificado de aptitud, quitándoselo, lo desgarraremos, aventaremos al aire sus mil pedazos, y le gritaremos, cuando marche cabizbajo:

—¡Pruébanos ahora tus habilidades! Trabaja en el trapicio, cava, escribe, fabrica, calcula, corre.

Y nos marcharemos, riendo de su compungido gesto, alegres de nuestra juventud.

Cuando lloremos (pues, aun cuando hombres, lloramos una vez por año), tendremos lástima de los espectadores de nuestras lágrimas, porque son incapaces de comprenderlas.

Cuando hablemos, serán las palabras tesoros nuestros que echaremos al viento del Sur, para que calienten las frialdades del septentrion, o para que las lleve a perderse en los oídos de los que se atravesien en el camino del aire. En todo caso, será nuestro el tesoro que derrocharemos, sabiendo bien que, al escuchárnoslas a nosotros mismos, damos impulso a nuevas vidas muy hondas, a más imágenes

a más conceptos, a más determinaciones.

Nuestro pensamiento será profundo y serio cuando reflexionemos sobre cosas fútiles, para darles gravedad y asentarlas sobre su base. Mientras que las ideas y las palabras aletearán ingravidas cuando se posen en graves cuestiones doctorales, para darles levedad, hacerlas volar como palomas, y, trasladándolas de postura, resolverlas.

Y cuando hagamos un mundo a nuestro gusto, conseguiremos que los intelectuales piquen grava en la carretera; que los ingenieros peroreen en el foro; que los cardenales y las beatas conduzcan carros de mulas por el camino real, para que aprendan dignamente el arte de blasfemar; que los jueces —tan duchos en el Debe y Haber— lleven la contabilidad de los negocios manejados por autores de poesías líricas; que los ministros se dediquen a «pispar» relojes y plumas estilográficas, mientras los guardias dicen misa y los barrenderos dirigen los destinos sagrados del Estado; que el mundo entero ande patas arriba, pues que en la posición que llaman normalidad los del sentido común no marcha bien del todo.

Una cruzada así, hecha desde el púlpito del cinema, conquistaría todas las simpatías, aunque no todas las adhesiones. No habría cuestiones políticas que dividieran en bandos a los espectadores.

Nos dejarían franco el paso —todos esos imbéciles—, porque no son capaces de sospechar de una cara sonriente, ni tener en cuenta que cuando al vecino le hacemos una reverencia es para que no nos vea en los ojos el puñal que llevamos en el bolsillo.

Nuestra avalancha pasará, por sonriente y por alud. Pasará para conquistar al Universo. Y si no lo conquista, no será suya la culpa. Por lo menos dejará preparado el terreno para la siembra.

Desde las pantallas del mundo sonreiremos a los ojos del espectador vicioso de sombras, con sonrisa cínica y despreocupada.

Hasta que, ya advertido, ahuyentaremos al espectador mayor de treinta años, que escapa-

Dr. Félix Martí Ibáñez

Consultorio Psíquico-Sexual



PREGUNTA: Admirado doctor: Recorro a su profunda cultura psicológica y sociológica para formularle esta pregunta:

Hace dos años que tengo relaciones amorosas platónicas con una chica, con la intención de unirnos cuando nuestros recursos lo permitan.

Hasta hace unos cuatro meses todo ha sido armonía y compenetración. En la actualidad, en apariencia, continúa, pero me sucede un hecho raro: A su lado estoy amable, pero, por esfuerzos que hago, no llego a estar apasionado y amoroso como yo desearía. Me alejo de ella convencido de que no la quiero ya, y cuando estoy solo en mi casa siento renacer mi amor y me arrepiento de mi frialdad, prometiéndome a mí mismo remediarla al día siguiente. Vuelvo a su lado y no puedo realizar nada de lo que soñé; apenas me aparto de ella se reproduce el proceso, me siento enamorado. Ella lo nota y está acojonada, aunque nada me dice. Ambos somos jóvenes (veintiséis y veinticuatro años) y sanos. ¿Qué significa todo esto a su entender? Yo vivo en un mar de confusiones.—Un socialista marxista (Oviedo).

RESPUESTA: En psicología amorosa observamos frecuentemente que lo que una persona estima angustioso problema peculiar de ella, no es sino la expresión individual de una cuestión genérica que agobia a otros muchos seres.

rá a su casa, y se agarrará a las faldas de su madre:

—¡Mamá! Aquellos hombres me querían comer. No los dejes. Son muy malos. Se reían satisfechos mirando mis músculos, mientras frotaban tenedor y cuchillo.

Y con cuchillo y tenedor en la mano, seguiremos avanzando, hasta llegar a la calle, mientras los otros se acurrucan en los rincones más oscuros de sus casas, lamentando que los edificios tengan tan pocos misteriosos escondrijos.

Ese es el servicio social del cinema y que el cinema no hace. Y el español, menos que ninguno.

Levantar corazones, desintoxicarlos de venenos presentes y pasados, impulsar optimismos cordiales y cerebrales, no estupideces y mediocridades y sueños. Fuerza para conquistar al mundo, aunque no sea un arma.

Su cuestión me ha sido preguntada en diversas ocasiones, verbalmente y por escrito.

Ante el fantasma de la desunión amorosa, el que fué enamorado reacciona de modo simplista con arreglo a esa tendencia inconsciente, yacente en todos nosotros, de acudir en demanda de auxilio a quien creemos puede facilitárnoslo. El creyente corre a buscar su confesor, el torturado por una duda fija sus ojos inquietos en la figura del médico, del que espera que en una bella taumaturgia sustituya las tinieblas psicológicas de un problema por la luz blanca de la comprensión.

Por eso usted, en busca de una rendija de luz, recurre a mí para orientarse en el laberinto de sus preocupaciones.

Y el hilo de Ariadna, que en este caso nos llevará hacia la dulce o amarga, pero siempre luminosa, Verdad, es su propia inquietud. Usted sufre porque a veces cree que se le escapa de entre sus manos el pájaro azul del amor, que desde hace dos años revoloteaba cantarin de modo perenne en amor, preocuparse de si se ama o no, implica que el amor ha desaparecido o está en vías de hacerlo como tal amor.

Todos los tratadistas, desde Ovidio a Proust, pasando por Stendhal, han coincidido en afirmar que la esencia psicológica del amor es la entrega, la donación involuntaria y arrebatada de la personalidad. Por eso en los viejos mitos persas se representaba el amor como un viento huracanado que, descuajando árboles, los impelía hacia lejanos lugares.

Amar no puede ser reflexionar. Amar es ceder involuntariamente las riendas de nuestra personalidad a la propia pasión erótica, es dejarnos conducir por el loco potro de la tendencia amatoria y no por la brida serena de la razón. Quien como usted razona amargamente, está en trance de perderlo o ha perdido ya el amor. Hace dos años no se le hubiera ocurrido esa pregunta que hoy se atreve usted a colectivizar al hacerla pública, porque ya se la ha formulado mil veces en la intimidad de su pensamiento. Hoy duda usted, y la duda fué siempre en religión y en amor el comienzo del supremo derrumbamiento de una convicción.

Sin embargo, usted, que al lado de su novia está indiferente, con una fría amabilidad, se siente transido de cariño hacia ella cuando se aleja y está solo en la intimidad de su cuarto.

Se queda solo, es decir sin la presencia física de ella, conservando tan sólo su recuerdo, la vivencia sentimental que ella despertó en usted a copia de dos años de convivencia. Entonces la ama.

Pero, fíjese en esto y tendrá la solución de su problema: ¿A quién ama usted entonces? ¿A ella? No, sino a su recuerdo, a la imagen estilizada, al arquetipo ideal que su persona forjó en la mente de usted. Ante esa adorable representación mental, usted vuelve a ser el de antes, a amarla y a trazarse planes idílicos. Pero al volver a hallarse junto a ella, al sustituir el recuerdo ideal por la encarnación plástica del mismo, el aluvión amoroso se troca en riachuelo. Y retorna la indiferencia sentimental, pese a sus esfuerzos para combatirla.

Se ha producido un fenómeno de *desdoblamiento psíquico de la persona amada*. En un comienzo, nuestro amor es una proyección hacia fuera de nuestras íntimas vivencias sentimentales. Amamos un arquetipo ideal, que superponemos a la figura de la persona amada. En realidad, no amamos tanto al ser objeto de nuestro amor, sino a la *imagen ideal* que de él llevamos formada en nuestra personalidad psíquica profunda. En el amor genuino, la imagen ideal y el objeto amado se fusionan, lo cual asegura la supervivencia de nuestro amor. Pero en ocasiones, se desdobra en nuestra mente la representación real, la imagen que nuestros sentidos nos suministran de la persona amada, del sutil arquetipo que en un comienzo bordamos sobre aquélla. Entonces surge el conflicto. Seguimos amando nuestro ideal, pero ya nos deja indiferente la persona sobre la cual lo proyectábamos. En semejante tesitura de ánimo, lo mismo da aquélla que otra persona. El maniquí nos es indiferente, colgaríamos nuestro vestido sentimental sobre otra persona. Ese es su caso. En la actualidad ama usted la bella imagen de amor que usted mismo se creó en un comienzo. Por eso cuando está solo siente o cree que la ama como al principio. Pero no es a ella, no es a la persona real de su novia, *es al mito, es al ideal de amor al que aun sigue fiel usted*. Por eso se traza planes cuando está solo, que no puede realizar cuando la tiene a su lado, porque entonces, al parangonar mentalmente la imagen real de su novia y la imagen ideal, palidece la primera y resulta fría e indiferente junto a la otra. Al volver a quedarse solo brilla su ideal, y la falsa vivencia amorosa renace en su espíritu.

Esta es la verdad de su caso, a mi juicio. Reflexione sobre ello. Yo sólo deseo darle una orientación en el dédalo de sus inquietudes.

Si mi teoría es real (probablemente ya lo pensó usted, pero no se atrevió a meditarlo, pues le dolía hacerlo), entonces, amigo mío, sea valiente. Usted no tiene la culpa de haber perdido el amor. Pero no sería recto, ni leal, ni digno de un hombre mantener un mito, por un falso concepto de sus deberes. En amor, la caridad sentimental es un desatino y una humillación. Como lo es siempre la caridad. En su lugar, sinceridad y justicia. Háblele sinceramente a su novia. Intenten ambos volver a fusionar las imágenes, real e ideal de su amor. Si no lo consiguen, sepárense lealmente. Conservando el dulce recuerdo de lo que fué y con la vibrante esperanza de lo que acaso venga.

PREGUNTA (resumida): *¿Le interesará este caso? En mi pueblo (Sangüesa) existe la superstición de que mediante palabras dichas al casarse dos personas, quedan éstas atadas e incapacitadas para toda relación sexual, hasta que no se rompa la atadura por quien la echó. Yo no creo en esto, pero un primo hermano mío se casó y fueron de viaje sin poder tener la relación conyugal por incapacidad de él, a causa de una «atadura» que les echaron. En vista de los fracasos, marchó él al campo y no volvió a casa, y, en un momento dado, experimentó algo extraño en su cuerpo y corrió a casa; en el camino halló con sorpresa a su mujer, y allí mismo pudieron romper la «atadura». Otro amigo mío, a los ocho meses de casado, sin poder tener relación física, consultó a un amigo de edad, el cual los tranquilizó e indagó el caso. Un día, sin saber cómo ni por qué, estando trabajando se fingió enfermo y marchó a casa, y la mujer le dijo que sabía a lo que iba, y realizaron el acto. ¿Es verosímil que tres palabras y tres nudos puedan «atar» dos personas?—A. M. Sangüesa (Navarra).*

RESPUESTA: Por interesarme sobremanera para mis trabajos sobre Historia de la Medicina la rica cantera del folk-lore popular, hace tiempo que tengo recogidos en mis archivos hechos similares y supersticiones parecidas a ésta, ya que la superstición, como expresión del inconsciente colectivo, es semejante en los diversos pueblos.

En tribus actuales de Centro-Africa, la vieja superstición de la «atadura», que incapacita sexualmente a los recién casados, es un dogma imperante. Un amigo alemán, que ha podido observar a las tribus de los Bantu y Bayanzani, me refería hace meses casos interesantes de «atadura» conyugal practicados por el brujo de la tribu.

En toda superstición existe un fondo de verdad indudable. Frente a la opinión del doctor Marañón, que las trataba con cierto científico desdén, sostuve yo enérgicamente en el X Congreso Internacional de Historia de la Medicina mi tesis de que toda superstición tiene un trasfondo científico de alto valor, en cuanto se le sabe revelar.

En Sexología, las más absurdas supersticiones ocultan un rescoldo de firme realidad.

La «atadura» fué siempre uno de los motivos de miedo en la colectividad, semilla engendradora de pánicos ancestrales.

Los casos de incapacidad sexual por aquélla determinados tienen una positiva existencia.

¿Cómo interpretarlos? Hay que ser muy cautos en la valoración científica de un mito sexual. Los hechos se deforman asombrosamente al relatarlos unos a otros, perdiendo así su autenticidad y, por tanto, la posibilidad de una interpretación científica. Yo poseo un criterio propio sobre la «atadura» sexual y su valor psichistórico, que expondré otro día con extensión; tan sólo diré hoy que en los dos casos que me relata es muy posible que el acto de la boda celebrado en un pueblo empapado (según usted me relata con detalle) de esta superstición, ya situase a los contrayentes en una posición de inferioridad conyugal. Una mirada irónica, un gesto dudoso, un cuchicheo, un rumor que el varón capte entre los asistentes a

su boda, pueden bastar para despertar en él la sospecha de que algún enemigo suyo (¿quién no los tiene en un pueblecito?) le está practicando la «atadura». De la duda a la certeza sólo hay un paso. Sí, él nota algo extraño en su persona. Y esa confusa sensación que le desasosiega y que no es sino su propio miedo, le confirma en sus temores.

Marchan a la realización sexual con el temor de la atadura. El se lo dice a ella o lo calla, pero la sospecha le roe el alma con sus dientecillos afilados.

Después, la timidez inherente a las primeras experiencias conyugales, la posible insuficiencia del marido, el pánico, al conjuro que gravita maligno y aterrador sobre la alcoba nupcial, hacen el resto. Incapacidad sexual, impotencia, relaciones fracasadas, el silencioso dolor de la desposada y la amarga humillación del marido.

La «atadura» ha tenido una realidad psicológica, aunque no la hubiese tenido en la vida práctica. Meses de tortura y obsesión. Un día cualquiera, la sexualidad reprimida y mal satisfecha rompe las vallas mentales que le puso el temor al conjuro. El hombre que dudó de su sexualidad para creer en la atadura, duda ahora del conjuro para creer en su impulso sexual. Corre a buscarla. ¿Se manifiesta en ambos el mismo pensamiento por esa similitud psíquica que se establece en los matrimonios? ¿La ruptura de la idea obsesionante es simultánea en ambos por lo mismo que era un lazo de preocupación el que los ligó unos meses? ¿Recepción telepática? ¿Simple coincidencia? Para valorar los hechos necesitaría más detalles. Lo interesante del caso es que la «atadura» cesa de actuar al dejar de creer en ella. En suma, es el eterno mecanismo de los hechizos y éxorcismos psicológicos, cuya fuerza siempre estuvo en relación directa a la intensidad de la huella que dejaron en la mente de una persona.

Su fuerza de actuación depende de la intimidación con que creemos en ellos. O de la intensidad con que dudamos... y entonces se rompe el conjuro, abriéndose ante el hechizado la pradera de luz de la normalidad.

Y sobreviene la libre realización sexual como en este caso. Claro está que existe algo más que lo dicho. Está el sentido simbólico de la superstición sexual, como manifestación de un inconsciente colectivo, como representación de grandes miedos protohistóricos.

Nuestro temor a los mitos sexuales es un simbólico salto atrás, hacia los viejos temores de los primitivos. Es una reacción arcaica del pensamiento, que analizaremos otro día con más tiempo. Sirva lo dicho hoy como introducción al tema y como manifestación de la trascendental influencia sugestiva de un ambiente determinado sobre nuestra delicada sensibilidad erótica.

DE VAUVEÑARGUES

Muchas incapacidades sexuales responden tan sólo al conjuro de un ambiente deprimente que reúne detalles inhibidores para el impulso sexual.

Agradezco su relato. Enviéme otros si los posee sobre mitos y supersticiones sexuales; ruego que hago extenso a todos los lectores.

La Sexología es una tierra prometida que ha de ser explorada científicamente aún. Vale la pena intentarlo. Hallaremos en ella, no ya los arroyos de leche y miel del mito bíblico, sino la luminosa posibilidad de conocernos mejor sexualmente y, por tanto, poder perfeccionar nuestra vida erótica.

PREGUNTAS: Constituyen consultas, que deben formularse particularmente, las de los consultantes: Una interesada (La Puebla de Híjar); Una admiradora (Madrid); J. P., de Huelva; Un amargado (Alicante). La pregunta de Mervic queda contestada en otra que fué el pasado número. La pregunta de F. C., de Cervera, debe volver a hacérmela con más extensión y claridad. La de Hortensia L., de Madrid, debe formulármela concretamente y con más claridad, pues parece de interés. La de Serafina, debe ser reiterada con más amplitud. Otras preguntas son apartadas por no encajar en la Sección. Ruego a todos los consultantes se atengan al carácter puramente psicológico-sexual de este Consultorio.

UN RUEGO: En la actualidad me hallo realizando un trabajo sobre Psicología de los sueños en un aspecto diferente al psicoanalítico, siguiendo una nueva orientación, de la cual daré cuenta más adelante en artículos a mis lectores. Dicho trabajo va destinado a un Congreso Internacional de Psicología, pero en estas páginas será expuesto a su debido tiempo. A fin de recopilar el mayor material posible, ruego a mis lectores me envíen a mi dirección relatos detallados de cuantos sueños de positivo interés (terroríficos, maravillosos, fantásticos, extraordinarios, mitológicos, etc.) tengan o hayan tenido, acompañados de los datos aclaratorios que juzgan de valor.

Sobre todo me interesan los sueños, fantasías, supersticiones, mitos, leyendas, cuentos, etc., en los que figure el dragón. No ya el dragón zoológico (semejante a la lagartija), sino los dragones legendarios, fantásticos, que tanto papel juegan en muchas fantasías terroríficas y cuentos infantiles.

Así, pues, aguardo de la amabilidad de mis lectores que me remitan cuantos datos posean sobre mitos, sueños y fantasías en los cuales aparezca o juegue papel el dragón. Doy las más expresivas gracias por anticipado a todos los que respondan a mi petición.

Lo más delicioso de la voluptuosidad procede
de la mente y del corazón.

Preguntas

Y

Respuestas

R. Remartínez

Las preguntas (no más de dos o tres), deben redactarse claramente, en papel aparte, y dirigirse a ESTUDIOS, Apartado 158.—Las peticiones de cuestionarios, acompañando sello, deben dirigirse al doctor Remartínez, calle de Salvador Seguí, 19.—No se contestarán más que aquellas preguntas que tengan un interés general y que respondan al carácter divulgador y cultural de esta Sección.—Todas las preguntas se contestan por riguroso orden de recepción.

PREGUNTA: De Odiseo.

RESPUESTA: La luz de Plutón no es posible que pueda verse desde la Tierra; si acaso solamente, y muy débil, desde los planetas más cercanos. Lo mismo le digo de la luz refleja del sol Sirio sobre la Tierra, demasiado débil para ser percibida.

Parece ser que el color de la Tierra, contemplada desde los demás planetas para los que resulte visible, es grisáceo, así como para nosotros, Marte, por ejemplo, es de tonalidad rojiza.

PREGUNTA: ¿Cuáles son las enfermedades orgánicas y cuáles las funcionales?—A. Montero.

RESPUESTA: Esta división, en ocasiones bastante caprichosa por la dificultad de puntualizar ambos conceptos, se refiere a las dolencias en las que existe una lesión apreciable y aquellas otras en que, sin lesión perceptible, existe sólo una alteración del ritmo funcional. Por ejemplo, en el caso concreto de las afecciones cardíacas, una insuficiencia o una estrechez mitrales son enfermedades orgánicas (en ellas hay una lesión de la válvula mitral), y una taquicardia paroxística se incluye entre las enfermedades funcionales.

PREGUNTA: ¿Qué es el lupus? ¿Es curable?—Pedro Martín.
RESPUESTA: Es una afección de la piel, de naturaleza tuberculosa. Es de largo tratamiento, pero suele curarse bien, convenientemente tratada. Uno de los más eficaces recursos es la radiación ultravioletada con aparatos especiales (lámpara de Kromayer).

PREGUNTA: De Luis Riado.

RESPUESTA: Lea usted mi obrita sobre *Calipedia*, recientemente publicada por ESTUDIOS, donde verá lo que hay sobre determinación del sexo de los hijos.

PREGUNTA: ¿Qué es la división congénita del velo del paladar y cómo se cura?—A. Tormos.

RESPUESTA: Es una alteración o suspensión del desarrollo embrional en que ha faltado la soldadura de ambos lados del paladar. Esta anomalía (como la conocida por labio leporino) sólo pueden corregirse en algunos casos mediante una intervención quirúrgica ulterior.

PREGUNTA: De C. Castillo.

RESPUESTA: Dirijase mejor a la Sección «Al día con la Ciencia».

Respuesta colectiva a varios lectores que preguntan sobre precio y fecha de aparición de mi obra de MEDICINA NATURISTA.

El precio de esta obra aun no está determinado, pero la Editorial de ESTUDIOS tratará de hacerlo asequible a todos, y para facilitar su adquisición, en vez de darse la obra en un gran tomo (lo que supondría un costo mayor), irá saliendo en cuadernos quincenales. Muy pronto aparecerá el primero, al que seguirán periódicamente los siguientes, hasta completar la obra, cuya gran extensión, edición cuidadosa y múltiples grabados, figuras y láminas en color, la encarecerían de hacerse de una vez, teniendo que adquirirla en esta forma.

PREGUNTA: Sobre eugenesia. ¿De qué proviene el infantilismo genital? Trabajando en una atmósfera viciada por ácidos, ¿qué debo hacer para contrarrestar sus efectos?—J. C. Bilbao.

RESPUESTAS: A la primera: En mi obrita sobre *Calipedia* que antes recomiendo a otro lector, hallará respuesta a sus dudas.

A la segunda: Obedece a deficiencias de ciertas glándulas endocrinas o de secreción interna. El infantilismo verdadero es prácticamente incurable, pero hay casos relativos o de pseudo infantilismo que pueden mejorar con un tratamiento adecuado.

A la tercera: Lo mejor sería dejar ese trabajo radicalmente de no poderlo efectuar en mejores condiciones de ambiente, higienizando el lugar donde trabaje. De no ser esto, no veo medio alguno eficaz para contrarrestar el daño que esas emanaciones determinen sobre el organismo. Claro que una alimentación sana, el respirar todo el tiempo posible el aire puro, fuera de las horas de trabajo, etc., algo harán, pero, repito, que lo mejor sería cambiar de ambiente.

PREGUNTA: De un pobre sevillano.

RESPUESTA: Creo que el doctor Félix Martí Ibáñez le podrá contestar mejor que yo a esta pregunta y con la debida extensión, que a mí me es difícil por el poco espacio de que dispongo y la enorme cantidad de preguntas pendientes.

PREGUNTA: De F. Muñoz.

RESPUESTA: Sin duda, en el accidente sufrido hubo lesiones medulares. Es posible que dichas lesiones no hayan sido muy graves, como lo demuestra la parcial recuperación de la sensibilidad y el movimiento, y ello permite abrigar la esperanza de que, con un adecuado tratamiento (electroterapia, reeducación motora, etc.), tal vez se lograsen buenos resultados. No puedo decirle más sin un previo y detenido reconocimiento personal.

PREGUNTA: De El lector X.

RESPUESTA: La muerte por intoxicación de morfina se produce por una inhibición del sistema nervioso y del bulbo. Es una especie de sopor o coma profundo en que el intoxicado sucumbe insensiblemente.

La dosis mortal varía de unos individuos a otros según su particular receptividad al tóxico, desde unos pocos centigramos hasta uno y más gramos. Si el individuo era ya de antes toxicómano, la dosis mortal necesaria puede ser muy elevada, por estar ya el organismo previamente habituado al tóxico.

PREGUNTA: ¿Es malo andar con los pies descalzos sobre el suelo mojado después del coito? La leche cruda de cabra, ¿contiene microbios de la tuberculosis? Los plátanos, ¿son alimento completo?—José Dos Santos.

RESPUESTAS: A la primera: Puede resultar perjudicial efectivamente. Después del coito lo normal es observar el reposo durante algún tiempo.

A la segunda: Más que la leche de cabra es la de vaca la que suele contenerlos, en tanto que aquella puede, en cambio, producir la llamada fiebre de Malta. De todas formas, amigo mío, no se preocupe demasiado de los microbios. Los gérmenes por sí solos no son nada si no encuentran un terreno propicio a su medro y desarrollo. En toda infección hay que tener en cuenta dos factores: microbio y terreno, y es éste el más importante y son sus características de resistencia y buenas defensas o, por el contrario, debilidad y pobreza defensiva las que condicionan el que la infección tenga o no lugar. Los microbios desempeñan en el organismo vivo una misión: la de desintegrar detritus y sustancias materiales de deshecho, y cuando en un individuo no hallan el medio adecuado a su desarrollo o aquél cuenta con un organismo fuerte y de vigorosas defensas, los microbios tienen poco que hacer.

Hace algunos años la afirmación de la escuela naturista de que los microbios no eran directamente causantes de las enfermedades, parecía una herejía científica en plena era pasteuriana, pero hoy se habla ya de terrenos más que de gérmenes, de individuos tuberculizantes (en los que se desarrolla el bacilo de Koch), etc. Los estudios sobre inmunidad natural, las observaciones de los llamados portadores de gérmenes (sanos, sin embargo) y otros tantos hechos, han evidenciado la preponderancia del papel del terreno sobre la secundaria del microbio. Y no podía ser de otra manera,

pues que a diario y a todas horas vivimos rodeados de gérmenes que penetran a millares en nuestro organismo no determinando, empero, mal alguno mientras no encuentren el medio apropiado a su metro.

Si le interesa el asunto puede leer la admirable obrita de Hericourt (eminente médico francés) *El terreno en las enfermedades*.

A la tercera: Tanto como un alimento completo no lo son, pero sí un excelente alimento que puede subvenir a todas las necesidades durante bastante tiempo. Su gran riqueza en hidratos de carbono le hacen un energético de primer orden. Desde luego conviene comerlos bien maduros (por lo general se consumen todavía verdes o madurados artificialmente), es decir, cuando ya empiezan a ablandarse.

PREGUNTA: *¿Qué significa la palabra tabú?*—F. Alvarez.

RESPUESTA: Expresa cosa sagrada, prohibida, que nada puede profanar. Le recomiendo lea la obra del profesor Freud *Totem y Tabú*, donde hallará curiosos detalles y particularidades sobre el asunto.

PREGUNTA: *La atrofia del nervio óptico, ¿tiene curación? ¿Es perjudicial comer frutas ácidas durante la menstruación?*—Rosario Rodríguez.

RESPUESTAS: A la primera: Suele ser incurable y determinar la ceguera progresiva hasta ser total.

A la segunda: Las frutas ácidas, por no estar todavía maduras, pueden ser muchas veces perjudiciales, pero no más durante la menstruación que en otro cualquier momento. Si la pregunta se refiere a las frutas de sabor agri-dulce (por ejemplo, naranjas, fresas, nísperos, etc.) no hay el menor inconveniente en comerlas en ese estado.

PREGUNTA: *¿Hay algún medio eficaz de curar la miopía sin usar gafas? ¿Es bueno lavarse todas las semanas el cuerpo con agua y jabón? ¿Es saludable no verificar el hombre el coito hasta el momento de casarse?*—Jus Jim.

RESPUESTAS: A la primera: No, señor. La miopía es un defecto físico de los medios transparentes del ojo, que sólo físicamente puede corregirse mediante la adecuada corrección óptica por los cristales que convenga exactamente. En algunos casos de miopía poco acentuada, en niños o individuos jóvenes, parece ser que se podrían obtener ciertos resultados mediante ejercicios progresivos de visión a distancia, pero ello es incierto siempre.

A la segunda: Es desde luego mejor que no lavarse, pero en general los jabones no suelen ser beneficiosos para la piel. Por otra parte, habituándose al lavado diario de la piel con agua sola, no se precisa de jabón de ninguna clase.

A la tercera: No hay grave inconveniente en ello, pero la abstinencia sexual no es nunca recomendable; esta función, como todas las del organismo, hay que cumplirla dentro del ritmo que la Naturaleza imponga. Puede el hombre obligarse a ser casto, pero no sin inconvenientes, por violar la ley natural.

PREGUNTA: *¿Puede practicarse en España la operación llamada la vasectomía? ¿La ducha después del trabajo será conveniente a un trabajador del campo?*—Juan Catrasco.

RESPUESTAS: A la primera: Desde luego que sí. Cualquier cirujano puede hacerla. Ahora bien, insistiré una vez más en decir que no creo que sea necesario llegar a este extremo recurso existiendo medios anticonceptivos inofensivos y eficaces.

A la segunda: Después de todo ejercicio corporal fuerte en que se produzca sudación suele ser conveniente una ducha fresca muy breve, si no hay nada que la contradiga.

PREGUNTA: *¿Es cierto que una persona delgada tiene siempre las carnes más calientes en verano que una persona gruesa?*—Pepe Málaga.

RESPUESTA: Sí, señor. Ello es debido a que la capa de tejido adiposo sirve como de aislante, pues la grasa es mala conductora del calor y la temperatura del interior del organismo se irradia al exterior más fácilmente en las personas que tienen poco pániculo adiposo bajo su piel.

PREGUNTA: *¿Es posible que un niño que nace a los cinco meses viva luego noventa y cuatro años como yo he leído en un antiguo libro de Medicina?*—Un lector.

RESPUESTA: Es punto menos que imposible. El feto sólo es viable a partir del séptimo mes. Se han dado casos de niños nacidos algo antes, a los seis meses, y que han sobrevivido luego, claro que criados en incubadoras y con exquisitos cuidados; pero antes de esa edad es casi increíble la posibilidad de supervivencia y menos que luego puedan alcanzar vida longeva, por cuanto su organismo será siempre deficiente y débil.

PREGUNTA: *¿Pueden desaparecer las señales que dejan en la cara las viruelas y cómo?*—Salud.

RESPUESTA: Si las señales son escasas, podrían hacerse desaparecer tal vez con un tratamiento helioterápico intensivo o por medio de la cirugía. Mas si las señales son numerosas no hay tratamiento eficaz para suprimirlas.

PREGUNTA: *Una mujer que ha adquirido una blenorragia, ¿puede pasar mucho tiempo sin notar la menor molestia en su aparato genital?*—Una de tantas.

RESPUESTA: Efectivamente. Esto no sólo es posible, sino frecuente, y muchas mujeres padecen dicha afección sin acusar apenas síntomas ni molestias, por lo menos mientras la infección queda limitada al tractus vaginal.

PREGUNTAS: *¿Hasta qué edad debe prohibirse a un niño que beba vino y bebidas alcohólicas? ¿Es bueno beber agua de litinés durante las comidas? ¿Qué es más favorable para bañarse, el agua de mar o la ducha?*—F. Hernández.

RESPUESTAS: A la primera: Hasta siempre. Las bebidas alcohólicas no son nunca recomendables a ninguna edad. El alcohol es siempre un veneno para el organismo.

A la segunda: Durante las comidas no debe beberse agua de ninguna clase, o, todo lo más, en muy exigua cantidad, si se tiene sed. Por lo demás, el agua litinada sólo puede ser conveniente en algunos individuos artríticos.

A la tercera: Por lo general son preferibles los baños de mar; más tónicos que los de agua dulce.

PREGUNTA: De Francisco Jurado.

RESPUESTA: Sin duda alguna, la tierra podría suministrar el alimento necesario para toda la especie humana, sobre todo si fuese cultivada racionalmente.

Su otra pregunta implica una consulta y exige cuestionario.

PREGUNTAS: *El cortar la madera en ciertas fases de la luna, ¿influye en la calidad y cantidad de aquélla? ¿De qué proviene la sangre en la menstruación de la mujer?*—I. Remolar.

RESPUESTAS: A la primera: Indudablemente debe influir en algo, por cuanto aquella norma se halla muy difundida, aunque ignoro la influencia especial que las fases lunares puedan ejercer.

A la segunda: A cada ovulación, que normalmente tiene lugar por períodos de veintiocho días, el útero se prepara para la anidación del huevo en el caso de una probable fecundación; cuando ésta no tiene lugar, la mucosa de la matriz se exfolia y se produce una hemorragia menstrual que constituye un verdadero aborto ovular.

PREGUNTA: *¿Puede quedar una mujer embarazada a los catorce años? ¿Desde qué edad puede un hombre engendrar?*—Un ácrata.

RESPUESTAS: A la primera: Sí, señor. Desde que aparece la menstruación, la mujer puede ser madre, si bien no es conveniente que lo sea demasiado precoz por no haber llegado su organismo a la plenitud de su desarrollo. En la India, donde constituye una característica racial el temprano desarrollo femenino, es frecuente ver madres de doce años y abuelas de veintitantos, ya que allí es corriente concertar los matrimonios de niños apenas púberes.

A la segunda: El hombre es apto para engendrar desde el instante en que hay espermatozoides en el licor seminal.

PREGUNTA: *¿Qué método de gimnasia es más racional para el desarrollo de la infancia?*—A. G.

RESPUESTA: La mejor gimnasia la constituyen los juegos espontáneos al aire libre. En todo caso podría ser útil la gimnasia sueca, con la condición de ser dirigida por persona competente.

PREGUNTA: De Alonso Romero.

RESPUESTA: La esterilidad resultante de haber padecido orquitis doble a consecuencia de una afección venérea, suele ser definitiva e irremediable, no existiendo tratamiento alguno eficaz por cuanto ha quedado anulada la función espermatogénica del testículo.

PREGUNTA: *¿Es posible por medio de la diatermia aumentar el volumen de la matriz para poder tener hijos?*—Una de tantas.

RESPUESTA: No, señora. No obstante, de no tratarse de un verdadero infantilismo uterino, puede ser posible un embarazo, aun con la matriz algo pequeña, si no existen otras causas que impidan aquél.

PREGUNTAS: *¿Un hermafrodita puede desempeñar en el coito el papel de hombre y de mujer indistintamente? ¿Cómo es que un matrimonio que conozco, que ambos tienen salud y robustez perfectas han tenido dos hijos, naciendo el uno muerto y viviendo el otro sólo unas horas?*—J. Anglada.

RESPUESTAS: A la primera: En primer lugar bueno es advertir que los casos de hermafroditismo verdadero son, más que raros, absolutamente excepcionales.

Casi todos los pretendidos hermafroditas son, en el hombre, casos de hipospadias que, coincidiendo con un exiguo desarrollo del pene, simulan unos genitales femeninos, y en la mujer se trata casi siempre de una hipertrofia del clitoris que puede llegar a salir fuera de la vulva, y que al coincidir con cierto aspecto masculino inducen a confusión a un observador superficial. Aparte de esto aun en el caso de tratarse de un hermafroditismo verdadero (repto que excepcionalísimo), como quiera que aquél afecta solamente a los genitales externos no sería posible en ningún caso que un individuo así pudiera desempeñar indistintamente el papel masculino y femenino en la cópula y menos engendrar y concebir.

A la segunda: Falta saber si, pese al buen aspecto y saludable apariencia, ambos cónyuges son efectivamente sanos y carecían de toda tara o anomalía. Pero es que además no basta ser sano, sino que hay que estarlo en el momento en que tuvo lugar el coito fecundante; esto sin contar con que pueden existir anomalías insospechadas que determinen aquél (al parecer) paradójico resultado.

En cuanto a su otra pregunta sobre profilaxis venérea, el preparado que indica es ciertamente eficaz, pero no es



Antonio García Birlán

EL YO Y LO INCONSCIENTE, por C. G. Jung. Luis Miracle, editor. Barcelona.

Lo inconsciente representa en nuestra vida importantísimo papel. La mayor parte de los actos que realizamos son inconscientes. Fácil nos es comprobarlo. Fácil nos es averiguar que en ellos no ha tenido ninguna intervención nuestro juicio. ¿Cuál es el mecanismo de esos actos? Jung trata de explicárnoslo en el libro recién publicado por Miracle, con la pulcritud en éste acostumbrada. Y lo logra, a mi juicio, siempre. Aunque no en todo momento con igual agudeza. Ciertos prejuicios, de los que se defiende, pero que son evidentes, enturbian a veces su mirada. Pocas veces, por fortuna. Así, en general, su obra es una de las más considerables aparecidas hasta hoy en lo que se refiere al estudio de cómo obra lo inconsciente.

Este nos es familiar desde Freud. Antes de Freud sólo se tenían vagas noticias de esa amplia zona de nuestro ser. Conocemos por completo su existencia por la obra ingente del creador del psicoanálisis. Claro está que saber que lo inconsciente existe no es saber qué es lo inconsciente. Pero en la propia obra de Freud hay ya grandes vías abiertas para llegar a este conocimiento.

Jung, que fué en sus primeros tiempos un psicoanalista, se halla hoy lejos de esta escuela, investigando por otros caminos. Sus aportaciones al psicoanálisis fueron valiosísimas, y las que ahora ofrece sobre lo inconsciente, desde otro campo, inaugurado por él, si en parte superan a aqué-

llas, es innegable que en aquéllas tienen su impulso original.

En resumen: conocemos la existencia de lo inconsciente por Freud; por Freud mismo sabemos cuál es su mecanismo en innumerables casos. Jung estudia este mecanismo desde un punto de vista que no es el freudiano. Y descubre perspectivas nuevas, con hondura y claridad. Con tanta hondura y tanta claridad, que su libro será en lo sucesivo imprescindible para cuantos quieran asomarse al problema de lo inconsciente. Problema eterno. Se ventila en él lo que somos realmente. Cuáles son nuestros actos conscientes y cuáles nuestros actos inconscientes. Y por qué aquéllos son conscientes y éstos inconscientes. El rigor científico de Jung en su análisis es de tan elevada jerarquía, que olvidamos pronto los raros momentos en que lo abandona. Aludo aquí a los prejuicios de que ya he hablado.

A *El Yo y lo Inconsciente*, editado por Miracle, ya lo he dicho, pulcramente, le ha puesto un espléndido prólogo el doctor Ramón Sarró.

EL PROBLEMA DEL HOMOSEXUALISMO Y OTROS ENSAYOS SEXUALES, por Alfred Adler. Editorial Apolo. Barcelona.

Circulan por ahí muchos libros sobre el problema del homosexualismo. Todos ellos son superficiales. Así lo creía yo antes de leer el libro de Adler. La lectura de este libro

menos cierto que si se practicase sistemáticamente un buen enjabonado de los genitales tras de todo coito sospechoso, esto bastaría casi siempre para evitar todo contagio.

PREGUNTA: De un figurero.

RESPUESTA: Debe usted operarse. En cuanto a su otra pregunta, contesto que, efectivamente, la sífilis, en sus últimos periodos, suele determinar graves afecciones medulares, sobre todo la parálisis general progresiva.

PREGUNTAS: ¿Es perjudicial para el corazón descansar siempre sobre el lado izquierdo? ¿Puede debilitarse el organismo de una persona que duerme sólo seis horas diarias? ¿Afeitándose siempre después de comer, puede un día ocasionarme algún síncope?—F. Bosch.

RESPUESTAS: A la primera: Es preferible dormir echado sobre el lado derecho, en cuya posición el trabajo del corazón se realiza en mejores condiciones.

A la segunda: Seis horas de sueño diarias pueden ser muy suficientes y no resentirse el organismo lo más mínimo; pero si se trata de un individuo de temperamento nervioso, o que realice un trabajo intelectual intensivo, pueden resultar insuficientes.

A la tercera: No, señor.

PREGUNTA: De Fernando de Aragón.

RESPUESTA: Mi consejo es: que se abstenga de contraer matrimonio en tanto que no tenga la absoluta seguridad de estar completamente curado. No hacerlo así sería un crimen.

PREGUNTA: De M. Gallardo.

RESPUESTA: El tratado de Metapsiquia, de Richey, está editado en Barcelona. Su precio es alrededor de 20 pesetas, pero podría encontrar algún ejemplar de ocasión.

PREGUNTA: De M. V.

RESPUESTA: Traslade su pregunta al «Consultorio psíquico-

sexual» del doctor F. Martí Ibáñez, que podrá darle más amplia información sobre el particular.

PREGUNTAS: ¿El sufrimiento moral puede ser causa que origine la tuberculosis? ¿Qué inyectable será más eficaz para combatir esta enfermedad?—Moreno.

RESPUESTAS: A la primera: Directamente, no, señor; pero como quiera que el sufrimiento puede actuar debilitando el organismo, enervando el sistema nervioso y recargando la sangre de impurezas, puede contribuir, en individuos predispuestos, a preparar el terreno haciéndolo apto para cualquier enfermedad.

A la segunda: En mi concepto, ni en el principio ni en los casos de tuberculosis confirmada se precisa para el tratamiento de esta enfermedad recurrir a inyectables de ningún género. Le recomiendo lea mi obrita sobre tuberculosis y su curación naturista publicada recientemente por la Editorial ESTUDIOS.

En cuanto a su otra pregunta, ya ha sido contestada otras veces.

PREGUNTA: ¿Cuál ha sido el mejor pintor, cuáles sus mejores cuadros y en qué museo se hallan?—Anónimo.

RESPUESTA: Es difícil citar uno solo. La pintura ha tenido nombres gloriosos: Goya, Rafael, Tiziano, el Greco, Murillo, Velázquez, etc. Las principales obras maestras de estos insignes artistas pueden admirarse en el Museo del Prado, de Madrid, aunque algunas se hallan esparcidas por otros museos del extranjero.

PREGUNTANTES QUE POR HACER CONSULTAS DEBERAN PEDIR CUESTIONARIO, SI LO DESEAN: José Mazzini; Henry Chofré; Marcos, de Cullera; C. Rodríguez; Ramón Rofes; Juan Carrasco; Un lector de Estudios, Tuilla; Un barbero rebelde, y Un alarmado.

no ha hecho más que confirmarme en mi opinión. En todos esos libros se sostiene, de una u otra manera, que hay un homosexualismo congénito. Lo cual me ha parecido siempre un error. No poseo el saber especial que me hubiera facultado para probar ese error. Pero de que era un error, no tenía duda alguna. Tal vez por un saber de otra clase, directo. Conozco dos casos de homosexualismo que ninguno de los autores de los libros a que me refiero hubiera vacilado en clasificar de congénitos. Y sé positivamente que ambos homosexuales, educados de otro modo, no habrían llegado a ser homosexuales.

Uno de ellos, hijo único hasta que tuvo doce años, fué al nacer un desencanto para la madre, que descaba tener una niña. No quiso aquélla renunciar completamente a su ilusión, y educó al hijo como si fuera una niña, vistiéndole y adornándole asimismo como si fuera una niña. El padre del muchacho, un hombre sin voluntad, no se opuso en manera alguna a lo que hacía la madre. Cuando el chico tenía doce años, le nació a la madre el segundo hijo: una niña. Vistió ya al muchacho como lo que era; le puso sus primeros pantalones y le quitó los zarcitos y otros adornos femeninos. Pero era tarde ya. El chico, educado como una chica, tenía todas las inclinaciones de una chica. Si hubiera sido sólo esto, tal vez la Naturaleza lo habría corregido. Mas a la educación femenina se añadía una debilidad que los mimos de la madre habían acrecentado en grado sumo. Imposible, pues, que adoptara el papel viril. Había de ser sollicitado, como una mujer. ¿Quién había de solicitarle sino quien sollicita a la mujer? Rehuyó, pues, el trato con las muchachas de su edad, y buscó el de los muchachos. Un día, quién sabe dónde, tropezó con uno que supo interpretar sus miradas. Poco después estaba hundido en el cenagal del homosexualismo más extremo. Vestido de mujer de nuevo, más parecía en efecto una mujer que un hombre. Pero, ya se ve, no había homosexualismo congénito, ni mucho menos.

El otro caso, de índole distinta, provenía también de un error evidente de educación. Nacido el muchacho para ser tratado con ternura, se le trató, desde que tuvo uso de razón, con una severidad sin medida. Llegó a la pubertad expuesto a ser arrastrado por cualquier viento, y lo arrastró el del homosexualismo.

Los casos que refiere Adler, variadísimos, tienen todos parecido origen: una educación inadecuada, un desconocimiento total, por parte de los padres, de cómo debían ser educados sus hijos. Nada, pues, de homosexualismo congénito. Adler niega la existencia de éste rotundamente. Y con pruebas rigurosamente científicas. De las que no existe ninguna, realmente valiosa, en los que afirman, lo contrario.

Los ensayos que completan el libro, el gran libro, puede usarse sin escrúpulo la palabra, en los que se estudian otros temas sexuales, están a la altura de todo lo que ha salido de la pluma de Adler, es decir, a una altura difícilmente superable.

LA ESCUELA PARA LA VIDA, POR LA VIDA, por Polidoro Arellano Montalvo. Publicaciones de la Empresa Editora Holguín y Castillo. Ambato (Ecuador).

El método pedagógico del doctor Decroly, seguido hoy en no escasas escuelas del mundo entero, es expuesto en este volumen con fidelidad y claridad sumas. Los maestros españoles e hispanoamericanos que no puedan informarse directamente de esta nueva modalidad de la enseñanza en los textos decrolyanos, disponen así de una obra que pone a su alcance lo esencial de una de las corrientes pedagógicas modernas de más contenido valioso, tanto en la teoría como en la práctica, ambas estudiadas, hasta en sus menores detalles, en la primera y segunda parte del volumen. Con ser tan importante esta tarea, la de la exposición clara y fiel del método, y la del estudio minucioso de su teoría y su práctica, el autor no se ha contentado con ella. Le añade observaciones personales sagaces y atinadas, hijas de su experiencia pedagógica. La obra, en conjunto, interesa, por tanto, ante todo, a los maestros que deseen saber en qué consisten los centros de interés y las ideas asociadas, fundamentos de la pedagogía decrolyana; en segundo lugar, a cuantos, sin ser maestros, se preocupan de la instrucción de los niños.

LAS GRANDES LINEAS DE LA TECNICA, por A. Martínez Civelli. Ediciones Imán. Buenos Aires.

Comentando las ideas bárbaras de Oswald Spengler y las literarias, más que filosóficas, de Ortega y Gasset sobre la técnica, Martínez Civelli ha hecho un trabajo de largo alcance crítico, que traspasa la mera oposición a lo sustentado por los dos autores citados, y aun el acuerdo, en líneas generales, con otros —con el doctor Nicolai, por ejemplo—, para delinear una interpretación de la técnica libre de los prejuicios capitalistas, de los que no se salva casi ninguna de las existentes. En este camino, Martínez Civelli se encuentra con los teóricos de las doctrinas sociales que propugnan un cambio radical de la sociedad. No podía ser de otro modo. Filosofar es buscar la verdad,

pero el filósofo puede ser nacionalista, como Splengler, y entonces la verdad, en cuanto sea opuesta a su nacionalismo, no habrá manera de que la encuentre. O puede ser capitalista, como lo son no pocos, y en ese caso la verdad que sea opuesta al capitalismo no la encontrará jamás. Sólo los que están más allá del capitalismo, del nacionalismo y de cualquier limitación de esa índole, pueden acercarse a la verdad, no ya respecto a la técnica, sino respecto a la mayor parte de los problemas que tiene planteados nuestro tiempo.

EL ANARQUISMO EN LA INSURRECCION DE ASTURIAS, por Igotus. Ediciones *Tierra y Libertad*. Valencia.

Hacia falta este libro, documento valioso para cuando se escriba la historia de la revolución asturiana, principio sin duda de una nueva época española, que tardará más o menos en abrirse paso, pero que se lo abrirá al fin. La bárbara represión que siguió al levantamiento proletario da idea de cuán hondo y certero fué su ataque al régimen capitalista. Mañana, cuando se haya implantado en España la sociedad que querían implantar los revolucionarios asturianos, el libro de Igotus servirá, entre otros muchos, para trazar con fidelidad el punto de partida y la intervención de cada uno en el movimiento inicial de la transformación entonces llegada ya a madurez. Entretanto, su servicio será de otra naturaleza: evitará que nadie pueda adjudicarse como exclusivos los méritos de un acontecimiento llamado a ejercer tan decisiva influencia en los tiempos que se avecinan.

TEATRO INFANTIL, por Albano Rosell. Publicaciones Analectas. Montevideo.

Reúne Albano Rosell en este volumen la traducción de una obra portuguesa: *Cuando seamos mayores*, de la que es autor Adolfo Lima, y tres piezas originales: *El tío Corneja*, *Los golosos* y *¿Un cuento, abuelito?* Escritas, tanto la obra traducida como las originales, para ser representadas por niños, su sentido es ante todo pedagógico. Lo que no es de extrañar para quien conoce la constante e incansable actividad de Albano Rosell en este terreno, que es su elemento.

LIBROS RECIBIDOS

MI MENSAJE A LA JUVENTUD Y OTRAS ORIENTACIONES, por Santiago Argüello. Tipografía Nacional. Guatemala.

BOTANICA PRACTICA, por el profesor Antonio Valeta. Editorial Higiene y Salud. Montevideo.

PRINCIPIOS SOCIALISTAS, por Miguel Gratacós. Talleres Gráficos Argentinos, L. I. Rosso. Buenos Aires.

ANTOLOGIA HISPANOAMERICANA. POESIAS, por Lucilo Pedro Herrera. Librería y Casa Editora de Jesús Menéndez. Buenos Aires.

SITUACION DEL NIÑO EN LA LEGISLACION ECUATORIANA, por Emilio Uzcategui. Imprenta Nacional. Quito (Ecuador).

HOMENAJE DE LA UNIVERSIDAD DE CHILE A SU EX RECTOR DON DOMINGO AMUNATEGUI SOLAR. Imprenta Universitaria de Valenzuela, Basterrica y Comp. Santiago de Chile.

JESUS I EL RACIONALISME, por E. Sabater i Casals. Edicions «L'Hora». Barcelona.

MODERNISMO Y MODERNISTAS, por Santiago Argüello. Tipografía Nacional. Guatemala.

EL VEGETARISMO, por Carlos Brandt. «Helios». Valencia.

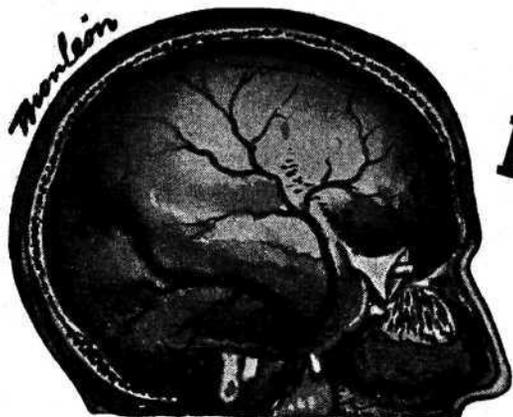
HIGIENE BIOLOGICA, por el doctor Demetrio F. Salas. Editorial Guerri. Valencia.

ENSAYOS SOCIALES, por Miguel Gratacós. La General Impresora. Tucumán.

COMO DIOS NOS ECHO AL MUNDO, novela, por Francisco Mormeneo Franco. Tipografía de M. Serrano Porcell. Zaragoza.

NATURISMO, por el profesor J. A. Esteve Dulín. Publicaciones de la Editorial «Albas». Buenos Aires.

SEAMOS FELICES, por A. de Carlo. Editorial Fénix. Buenos Aires.



De la conciencia

Charles Sedgwick Minot

La conciencia es el problema más oscuro de la biología. De ella se ocupaban sólo los filósofos y últimamente los psicólogos, y no han pasado propiamente de afirmarnos que constituye un criterio final, es decir, un concepto que no puede ya dividirse. En una conferencia que di en 1902, como presidente de la Asociación americana para el progreso de las Ciencias, intenté explicar la importancia de la conciencia en la evolución animal, y hoy como entonces opino que el desarrollo filogenético, particularmente en los vertebrados, descansa en la mayor perfección de la conciencia.

Nos vemos efectivamente obligados a conceder en la evolución un papel director a la conciencia, cuya importancia deriva sólo de su influencia en la vida de los animales. La conciencia es activa, y en mi conferencia de que he hablado expresé mi persuasión de que no puede menos de admitirse como condición causal inmediata de los procesos fisiológicos. ¿Qué es la conciencia? Debemos escoger que yo sepa entre tres explicaciones posibles. Según una de ellas, la conciencia no es un verdadero fenómeno, sino un llamado epifenómeno, un algo que acompaña al fenómeno fisiológico sin ejercer no obstante sobre él ninguna influencia. La conciencia, como me decía un notable psicólogo, es el aspecto opuesto de las transformaciones del protoplasma de las células cerebrales. Según otra opinión, la conciencia es una forma especial de la energía. Esta opinión, estrechamente considerada, es metafísica; yo no conozco, por lo menos, ninguna observación ni experimento que demuestren que la energía pueda transformarse en conciencia. No me inclino, pues, a considerar la conciencia como un estado del protoplasma o como una forma de energía. Si admitimos, no obstante, como debemos, según mi parecer, que la conciencia ocupa un importante papel en la vida, debe, pues, influir en algún modo sobre el cuerpo, influencia que puede sólo manifestarse transformándose en energía en algún lugar del cuerpo. Esto nos conduce inmediatamente a la hipótesis de que la conciencia puede ocasionar la transformación de la energía y de que ella no es energía.

Reconozco la gran importancia y alcance de la teoría mecánica de la vida. Un discípulo de Carl Ludwig no debe abandonar esta teoría de gran valor para la ciencia, y que ha permitido llevar felizmente a término numerosas investigaciones; pero el entusiasmo por este criterio, que debemos principalmente al gran fisiólogo de Leipzig, no debe llevarnos hasta el punto de convertirnos al dogma de que esta teoría sea suficiente para la explicación de todos los fenómenos vitales. Yo no considero al monismo como la filosofía definitiva; es posible, por el contrario, que la solución buscada se halle en la filosofía dualista. Según esta filosofía, encontramos la energía y la conciencia en el universo. Los biólogos no somos, sin embargo, filósofos, y no nos proponemos atribuirnos explicaciones definitivas del Universo. El concepto que yo he expuesto de la conciencia no es una especulación filosófica, sino una hipótesis científica, formulada para explicarnos los fenómenos vitales en su conjunto. Sería interesante saber, y es de esperar que se sabrá en lo futuro, en qué consiste esencialmente la conciencia. La primera cuestión para los biólogos es: la conciencia ¿es realmente una causa?

La vida está ligada a la materia y las manifestaciones vitales son transformaciones de la sustancia viva, que describimos como transformaciones de la energía. Nos hallamos frente a la posibilidad de que la conciencia no pueda explicarse mecánicamente, y no se trate en ella ni de un estado del protoplasma ni de una forma especial de la energía, sino de algo peculiar, incomparable con nada conocido, y que se manifiesta apareciendo como causa de transformación de energía.

NOVELAS, SOCIOLOGIA, CRITICA

De entre el inmenso arsenal literario que integra el acervo intelectual de nuestra época, destacan y destacarán siempre aquellas obras escritas con miras al bien común e inspiradas en un noble anhelo de superación. De estas obras selectamente escogidas por su valor impercedero, está formada la presente sección.

PESETAS

Rústica Tela

La estingie roja, Han Ryner	3'—	4'50
La Montaña, Eliseo Reclus	2'—	3'50
El Arroyo, Eliseo Reclus	2'—	3'50
Evolución y Revolución, Eliseo Reclus	1'50	3'—
Mis exploraciones en América, Eliseo Reclus	1'50	3'—
Los Primitivos, Elías Reclus	3'—	4'50
Anissia, León Tolstói	3'—	4'50
¿Qué hacer?, León Tolstói	2'—	3'50
La transformación social de Rusia, Máximo Gorki	2'—	3'50
Cuentos de Italia, Máximo Gorki	2'—	3'50
La vida de un hombre innecesario, Máximo Gorki	2'—	3'50
Los hermanos Karamazov, Fedor Dostoiowski	3'—	4'50
El botón de fuego, J. López Montenegro	3'—	4'50
Secretos del Convento, Sor María Ana de Gracia	2'—	3'50
El año 2000, Edward Bellamy	2'—	3'50
El dolor universal, Sebastián Faure	2'—	3'50
La vida trágica de los trabajadores, Dr. Feydoux	3'50	5'—
Ideología y táctica del proletariado, Rocker	3'—	4'50
El calvario, Octavio Mirbeau	2'—	3'50
Sebastián Rock (La educación jesuítica), Mirbeau	2'—	3'50
El mundo hacia el abismo, Gastón Leval	4'—	5'50
Infancia en cruz, Gastón Leval	3'—	4'50
Problemas económicos de la Revolución española, Gastón Leval	3'—	4'50
El Prófugo, Gastón Leval	2'—	3'50
El imperio de la muerte, Korolenko	2'—	3'50
Ideario, Enrique Malatesta	2'—	3'50
Crítica revolucionaria, Luis Fabbri	2'—	3'50
Los cardos del Baragán, Panait Istrati	2'—	3'50
La Etica, la Revolución y el Estado, Kropotkin	2'—	3'50
La conquista del pan, Kropotkin	1'50	3'—
Palabras de un rebelde, Kropotkin	1'50	3'—
La Escuela Moderna, F. Ferrer Guardia	2'—	3'50
Las ruinas de Palmira, Volney	2'—	3'50
La Religión al alcance de todos, Ibarreta	2'—	3'50
Como el caballo de Atila, Higinio Noja Ruiz	5'—	6'50
La que supo vivir su amor, Higinio Noja Ruiz	4'—	5'50
Un puente sobre el abismo, Higinio Noja Ruiz	4'—	5'50
Hacia una nueva organización social, H. N. Ruiz	2'—	3'50
Gandhi, animador de la India, Higinio Noja Ruiz	1'50	3'—
La Inquisición en España en el siglo XVI	1'—	—
La desocupación y la maquinaria, J. A. Mac Donald	1'50	3'—
La Muñeca (Drama social en tres actos), F. C. Crespo	1,50	—
El Subjetivismo, Han Ryner	1'—	—
La Internacional Pacifista, Eugen Relgis	1'—	—
Rusia actual y futura, George F. Nicolai	1'—	—
Origen y desarrollo del trabajo humano, G. F. Nicolai	1'—	—
La bancarrota del capitalismo, D. A. Santillán	1'—	—
La Revolución en la práctica, Malatesta-Esteve	1'—	—
Dios y el Estado, Bakunin	1'—	2'50
Campos, Fábricas y Talleres, Kropotkin	1'50	3'—

En preparación :

Yo, Rebelde, F. Martí Ibáñez.
La Atmósfera, Eliseo Reclus.
El Océano, Eliseo Reclus.
Nieves, Ríos y Lagos, Eliseo Reclus.
La vida en la tierra, Eliseo Reclus.

FOLLETOS FILOSOFICOS Y SOCIALES

En esta Colección de Folletos Filosóficos y Sociales están comprendidos diversos temas, a cual de ellos más interesante, tratados por las mejores firmas del campo ideológico más avanzado. Todas las inquietudes del espíritu, todas las manifestaciones del pensamiento renovador y fecundo, palpitan en estos pequeños libritos, muy aptos para el proselitismo de sus tendencias. Estos folletos están magníficamente presentados, impresos en buen papel y con cubiertas a varias tintas, a pesar de su poco precio.

Generación voluntaria, Paul Robin 0'25
Amor y matrimonio, Emma Goldman 0'30
La virginidad estancada, Hope Clare 0'20

Maternología y puericultura, Nelken	0'25
La tragedia de la emancipación femenina	0'20
La prostitución, Emma Goldman	0'25
El matrimonio, Elías Reclus	0'30
La libertad y la nueva Constitución española, H. Noja	0'30
El sindicalismo, Anselmo Lorenzo	0'30
¿Maravilloso el instinto de los insectos?, Lorulot	0'30
La libertad, Sebastián Faure	0'30
El sindicalismo revolucionario, V. Griffuelhes	0'30
El problema de la tierra, Henry George	0'30
Educación revolucionaria, C. Cornelissen	0'30
¿Qué es el comunismo libertario?, Ramón Segarra	0'50
El comunismo libertario, Isaac Puente	0'40
Superpoblación y miseria, E. Lericolais	0'40
Feminismo y sexualidad, J. A. Munárriz	0'50
Los principios humanitaristas, Eugen Relgis	0'50
La propiedad de la tierra, León Tolstói	0'30
La fabricación de armas de guerra, Rocker	0'30
Entre campesinos, Malatesta	0'35
Las fealdades de la Religión, Han Ryner	0'40
La Iglesia y la libertad, Lorulot	0'40
La lucha por el pan, Rocker	0'50
Crainquebille, Anatole France	0'50
La muerte de Oliverio Bécaille, Emilio Zola	0'50
El mareo, Alejandro Kuprin	0'50
Luz de domingo, Ramón Pérez de Ayala	0'50
Infanticida, Joaquín Dicenta	0'50
Urania, Camilo Flammarion	0'50

COLECCION POPULAR

«AYER, HOY Y MAÑANA»

Nos proponemos, con esta colección, dar a conocer en folletos de 32 páginas, presentados como jamás se habían presentado esta clase de publicaciones, al módico precio de treinta céntimos, los juicios más notables de escritores de primera fila de todos los países, sobre temas de palpitante actualidad en cualquier época: temas políticos, económicos, sociológicos, filosóficos, artísticos, literarios, científicos, etc., etc.

El conjunto de estos folletos constituirá un caudal de conocimientos, original y sugestivo, con el que muy pocos podrán compararse. Será, en efecto, una verdadera enciclopedia, redactada nada menos que por las plumas más ágiles de todos los tiempos. Cada folleto encierra tantas ideas como varios volúmenes que traten de lo mismo. Ideas claras, concisas, certeras, creadas por los más altos cerebros de ayer y de hoy.

TITULOS PUBLICADOS

Pobres y ricos	0'30
La política y los políticos	0'30
Democracia, sufragio y parlamentarismo	0'30
Periodicos y periodistas	0'30
Capital, dinero y trabajo	0'30
La guerra	0'30
La sociedad actual	0'30
Criminales, leyes y juzgadores	0'30
Socialismo, sindicalismo y anarquismo	0'30
El amor	0'30
La vida y la muerte	0'30
Patriotismo y nacionalismo	0'30
Libertad, iguaidad y fraternidad	0'30
El derecho y la justicia	0'30
El arte y la ciencia	0'30
Hombres y hombrecillos	0'30
El Estado	0'30
La simpatía y la amistad	0'30
La Historia y los historiadores	0'30
Etica y Moral	0'30
Literatura, Música, Poesía	0'30
La propiedad	0'30
Hombre y mujer	0'30
Cultura, progreso y civilización	0'30
La prostitución	0'30
El placer y el dolor	0'30
Infancia, juventud, madurez y ancianidad	0'30
La educación	0'30
Evolución y revolución	0'30
El teatro	0'30
El lenguaje, la palabra y la conversación	0'30
Error, mentira y verdad	0'30
Retratos de burgueses	0'30
Amor propio, orgullo y vanidad	0'30

Antología de la Felicidad Conyugal

(CONOCIMIENTOS UTILES PARA LA VIDA PRIVADA)



Muestra reducida del segundo volumen. Doble cubierta a tres tintas, dibujada por RENAU.

La Cópula

DR. VAN DE VELDE

Esta bellísima y útil publicación ha sido acogida con gran beneplácito por toda persona culta. El primer volumen publicado, **Breviario del Amor Experi-**

mental, se ha agotado rápidamente, y estamos procediendo a reeditarlos rápidamente para cumplimentar los pedidos que quedaron sin servir.

Las jóvenes parejas, para quienes la inarmonía sexual convierte su vida amorosa en constante motivo de inquietudes y sinsabores, hallarán en estos libritos, escritos con honradez científica y alto espíritu bienhechor, la felicidad suprema a que aspiran todos los seres.

Lector: No deje de adquirir esta preciosa y utilísima colección de libritos.

Van publicados:

Breviario del Amor Experimental, doctor Jules Guyot.

La Cópula, doctor Van de Velde.

En preparación:

La Anafrodisia (aparecerá el 15 de junio).

El Placer recíproco (se publicará el 15 de julio).

COMPRELO EN LOS PUESTOS DE VENTA DE **ESTUDIOS**

Precio de cada tomo: **UNA PESETA**